

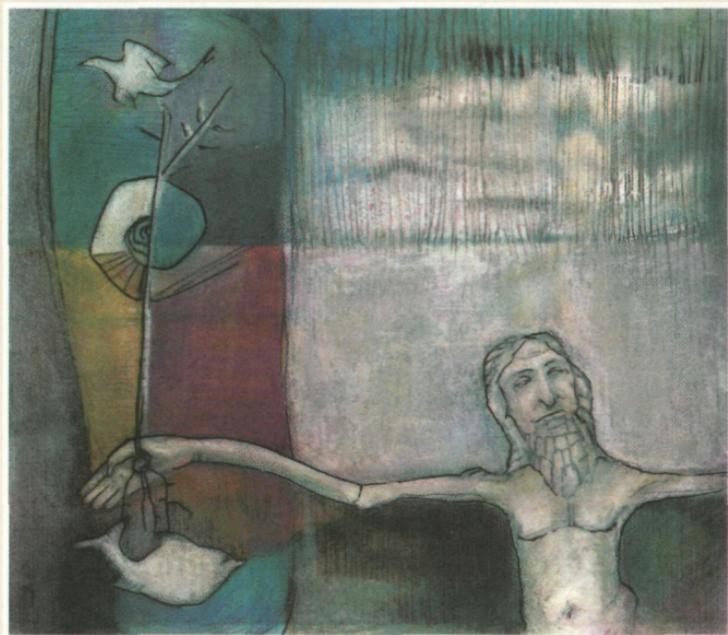
HA HABLADO EL DIOS DE LA VIDA

ITINERARIO DE VIDA CRISTIANA A LA LUZ DE LOS PROFETAS

Francesc Ramis Darder



La Casa de la Biblia



evd

Francesc Ramis Darder



La Casa de la Biblia

HA HABLADO EL DIOS DE LA VIDA

**Itinerario de vida cristiana
a la luz de los profetas**



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
2002



R. 20306

Han participado en la elaboración de las fichas de trabajo:
Florencio Abajo, Rocío García, Carmen Soto, Irene Vega y
Emilio Velasco.

Dibujos y portada: Ana M^a Gallinal

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
Internet: <http://www.verbodivino.es>
E-mail: evd@verbodivino.es

© La Casa de la Biblia 2002

© Editorial Verbo Divino
Avda. de Pamplona, 41, 31200 Estella (Navarra)
ISBN 84-8169-481-9

Fotocomposición: La Casa de la Biblia
Mayor, 81, 28013 Madrid
Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)

Depósito legal: NA. 2.157-2002
Impreso en España

PRESENTACIÓN

Con las páginas de este libro queremos ofrecer al lector un itinerario de vida cristiana, la guía para un camino en el que deberá dejarse acompañar por la voz misericordiosa y exigente de los profetas.

Vamos a comenzar nuestra exposición con un amplio *bloque introductorio*. En él intentaremos clarificar dos cuestiones verdaderamente importantes: qué es un profeta y quién es el Dios que lo envía. Desde el principio debe quedar claro que un profeta no es un adivino. Un profeta es aquella persona que, con lo que piensa, dice y hace, da testimonio de la verdadera voluntad de Dios. Utilizando la expresión acuñada por el Nuevo Testamento debemos afirmar que “*dar testimonio de Jesús y tener espíritu profético es lo mismo*” (Ap 19,10). El profeta es el testigo fiel del amor de Dios entre los hombres de su tiempo.

¿Y quién es el Dios del que dan testimonio los profetas? No debe pasarnos desapercibida una frase enigmática de Isaías: “*Verdaderamente tú eres un Dios escondido: el Dios de Israel, el Salvador*” (Is 45,15). La bondad y la ternura del Señor se ocultan entre las páginas del Antiguo Testamento; la misión privilegiada del profeta consiste en sacar a la luz lo escondido de Dios. Por eso intentaremos conocer algo más de su misterio: Queda atrás la imagen de un ser lejano y difuso, y aparece Aquél que modela nuestra vida amándonos con amor apasionado.

Una vez resueltas ambas cuestiones, iniciaremos un largo pero sugerente camino en el que, de la mano de los profetas, iremos respondiendo a los diversos interrogantes que irán apareciendo.

Dios nos ama apasionadamente, pero ¿cómo actúa su amor en nuestra historia? La respuesta llegará de la mano de dos profetas del siglo VIII a.C.: Amós y Oseas. Amós recalcará con voz atronadora la exigencia divina de justicia, y Oseas, con el testimonio de su vida, mostrará que el Dios que exige justicia tiene entrañas de misericordia.

El segundo apartado propone una nueva pregunta: Dios exige justicia y en sus entrañas palpita la ternura, pero ¿dónde encontramos a este Dios de la justicia y la misericordia? Para responder a esta cuestión vamos a acercarnos a otros dos profetas: la palabra apasionada de *Isaías* proclama que el Señor guarda nuestra vida en sus buenas manos, y la voz, tantas veces desgarrada, de *Jeremías* afirmará que Dios nos protege siempre, especialmente en los momentos más difíciles.

Ciertamente, el Señor nos protege en sus buenas manos y cuida nuestra vida en el tiempo de la dificultad. Pero el amor apasionado de Dios no se contenta con protegernos y cuidarnos: quiere transformarnos a su imagen y semejanza. La parte tercera del libro expone cómo el Señor, mediante la palabra cálida del *Segundo Isaías* (Is 40-55) y el vigor del espíritu invocado por *Ezequiel*, transforma nuestra vida para que demos testimonio fehaciente de su misericordia.

En el apartado cuarto daremos un paso más. En muchos momentos de nuestra vida brota el encuentro personal con el Señor: cuando luchamos por la justicia y vivimos la ternura, al sentirnos guardados y protegidos por Dios, cuando percibimos que Él con su Espíritu y su Palabra transforma nuestra vida... ¿Vivió el pueblo de Israel algún momento privilegiado en su encuentro personal con Dios? Parece que sintió especialmente la cercanía del Señor en los días en los que padeció con mayor dureza el dolor de la prueba: durante la esclavitud en Egipto (Éx 1-15), en los años de exilio en Babilonia (597-538 a.C.) y durante la persecución de Antíoco IV Epifanes (175-163 a.C.). En el libro de *Daniel* se narra el encuentro del pueblo judío con Dios bajo este último periodo de opresión. El sufrimiento llevó a los judíos a un trascendental descubrimiento: Dios no ha modelado nuestras vidas sólo para convertirnos en personas trazadas a su imagen y semejanza, sino que, además, quiere que vivamos para siempre en su presencia, en su Reino.

El Antiguo Testamento nos hace recorrer a la luz de los profetas las diversas etapas en las que Dios modela nuestra vida. Pero, a pesar de todo, sigue manteniendo oculto el rostro de Dios. El Antiguo Testamento desemboca en el Nuevo. *Jesús de Nazaret* con su vida y su mensaje desvela el auténtico rostro del Padre. Por eso, llegando al final del libro, recorreremos la intimidad de Jesús: Él es la presencia encarnada de Dios entre nosotros que modela nuestra vida con amor apasionado.

METODOLOGÍA PARA LA LECTURA Y EL TRABAJO EN GRUPO

La vida cristiana reposa en dos certezas esenciales: la conciencia de que estamos en las manos buenas de Dios, y el compromiso de vivir en nuestra vida el amor que el Señor nos ha entregado primero. Por tanto, al acercarnos a la lectura de la Biblia debemos tener claros estos dos aspectos: es necesario conocer bien la Sagrada Escritura, y es imprescindible vivir la Palabra en la vida cotidiana. La lectura de los profetas nos ayuda a entender la actuación de Dios en la historia humana y a actualizar la tarea divina en el ámbito de nuestra vida.

Ofrecemos dos posibilidades para el trabajo con este material:

- 1.- Utilizar este libro para todos los miembros del grupo.
- 2.- Utilizar este libro sólo para el animador.

1.- Utilizar este libro para todos los miembros del grupo

Cada uno de los temas de este libro se divide en dos partes. La primera constituye lo que podríamos denominar un estudio bíblico. En ella se explican los elementos teóricos que pueden ayudarnos a una comprensión lúcida de la Palabra. La segunda parte propone la lectura de un pasaje concreto con el objetivo de encarnar en nuestra propia vida la palabra de Dios. Ofrecemos una doble propuesta metodológica: la lectura comunitaria y la personal.

a) Lectura comunitaria

La lectura de los libros proféticos que presentamos está pensada para abarcar la duración de un curso. El grupo bíblico puede reunirse dos veces al mes, cada quince días. La primera reunión se dedica al estudio del profeta correspondiente, mientras la segunda insiste en la aplicación a la vida. El grupo necesita un moderador que coordine y anime la tarea.

* La *reunión de estudio* parte de una convicción: una buena comprensión del texto bíblico es esencial para poder

vivirlo y transmitir su mensaje a los demás. Proponemos el siguiente itinerario para la sesión:

- Una vez reunido el grupo, comenzamos con una breve plegaria. El moderador se encarga de realizarla.
- Después leemos el texto indicado del profeta correspondiente. Podemos realizar la lectura directamente desde la Biblia, pero, para que haya un texto uniforme proponemos leer la traducción que ofrecemos, entresacada de la edición de La Casa de la Biblia.
- Seguidamente comentamos las páginas de estudio, intentando comprender todos los puntos. Es importante que, tanto el moderador del grupo como los participantes, hayan leído la explicación con anterioridad, para que puedan compartir lo que han descubierto y aclarar las dudas existentes. Si la reunión no se lleva preparada, la sesión de trabajo se hace lenta, pesada, y apenas se aporta nada al grupo.
- La reunión concluye con una plegaria final.

* No nos acercamos al texto bíblico sólo para conocer lo que Dios dijo a su pueblo en la antigüedad a través de los profetas. Necesitamos saber qué nos dice a nosotros en el momento social, histórico... que estamos viviendo hoy. Por eso, a cada sesión de estudio sucederá otra en la que intentaremos la aplicación a la vida. El método que seguiremos, inspirado en la *lectio divina*, nos ayudará a poner en relación la Palabra con nuestra vida. Al final de cada capítulo aparece una propuesta concreta: una guía para la lectura en grupo de un texto, un itinerario que nos llevará a hacer una lectura creyente de la Palabra y de la realidad.

b) *Lectura personal*

Aunque estos materiales están pensados para el trabajo en grupo, también es posible, y enriquecedor, hacer una lectura personal del presente libro. Esta lectura personal debería tener, como la lectura en grupo, dos momentos, uno de estudio y otro de interiorización:

* *Momento de estudio.* Nos ponemos en silencio ante el Señor y le pedimos que nos permita acercarnos a la Escritura entendiéndola como palabra de Dios. Después leemos despa-

cio el texto elegido. A continuación estudiamos la exposición teórica del tema para captar mejor el sentido del texto.

* *Momento de aplicación a la vida.* Al estudiar el texto hemos podido entender su sentido. Llega la hora de interiorizar y actualizar lo que en él se dice. Para ello podemos utilizar la guía de lectura propuesta al final de cada capítulo, en la que encontraremos pistas para la meditación personal.

2.- Utilizar este libro como ayuda para el animador

En este caso, ofrecemos dos publicaciones. La que tienes en las manos servirá para ayudar al animador a la hora de preparar las sesiones.

* La primera parte, la de *estudio bíblico*, pretende ofrecer al animador una serie de datos que le ayuden a completar las aportaciones de los miembros del grupo. Si lo considera necesario puede incluso leer en la reunión algún párrafo que amplíe o aclare una cuestión.

Pero para las sesiones de grupo debe tener también el libro del participante. En él se explican, con una narración puesta en boca de los distintos profetas, los aspectos teóricos claves para comprender su ministerio profético.

El relato en el libro del participante va marcando pausas que ayuden al contacto directo con el texto bíblico. Estas pausas de estudio y reflexión aparecen resaltadas en letra cursiva y precedidas del icono .

Al final de esta primera parte, bajo el epígrafe "Para repasar lo que hemos aprendido", se encuentran algunas preguntas que ayudarán para retener y comprender distintos aspectos relacionados con el texto profético.

* La segunda parte de ambos libros, el del animador y el del participante, es idéntica. Proponen la *lectura cristiana de un pasaje* concreto. Pretende la encarnación en nuestra vida de la palabra de Dios.

De lo que hemos señalado se deduce que esta segunda propuesta metodológica es conveniente realizarla en grupo. Ello no es impedimento para que pueda llevarse a cabo individualmente.

Para hacernos una idea, señalamos una propuesta de reunión:

– Para la parte de *estudio bíblico*:

Una vez reunido el grupo, se inicia la sesión con una breve plegaria. Puede realizarla el animador u otro miembro del grupo.

Después se lee el relato del profeta correspondiente. Por turnos, los participantes pueden ir leyendo, en voz alta, el relato. Cuando se encuentran con el icono , realizan la lectura del texto bíblico y la actividad que se les sugiere.

Al final de la narración del profeta, responden juntos a las cuestiones del “Para repasar lo que hemos aprendido”. Pueden comentar también otros aspectos que no estén recogidos en este apartado y que les hayan sugerido algo o llamado la atención.

La reunión concluye con una plegaria final.

– Para el momento de la *aplicación a la vida*. En una segunda sesión utilizamos una guía de lectura con un método basado en la *lectio divina*. Esta ficha nos ayudará a repasar algún aspecto del profeta y poner en relación su mensaje con nuestra vida.

Observaciones

1. Al presentar dos reuniones, una de estudio bíblico y otra de *lectio divina*, debemos comprender que se trata de una división metodológica. No puede separarse el conocimiento de la Palabra de su vivencia concreta. Por tanto, notaremos que al realizar el estudio aparecen constantes aplicaciones a la vida, y viceversa: al practicar la *lectio divina* se suscitan interrogantes teóricos acerca del texto estudiado.

2. La lectura del material teórico es importante y no debe descuidarse. Todo cristiano tiene la obligación de saber dar razón de su esperanza. Para ello es esencial comprender bien los detalles del texto y los contenidos teológicos. Debemos aprender a dar razón de nuestra fe a quien nos pregun-

te, y acostumbrarnos a revisar en grupo nuestro compromiso cristiano.

3. Durante los tiempos fuertes del año litúrgico (Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua), es bueno que el grupo se reúna para la celebración de la Palabra o de la Eucaristía.

4. Las reuniones deben realizarse en un clima de oración y compromiso. De ahí la importancia de cuidar la plegaria al principio y al final de cada reunión.

BLOQUE INTRODUCTORIO

¿QUIÉNES SON LOS PROFETAS?

“Después de hablar Dios muchas veces y de diversos modos antiguamente a nuestros mayores por medio de los profetas, en estos días últimos nos ha hablado por medio del Hijo” (Heb 1,1-2)

La Sagrada Escritura no describe la existencia de Dios en la esfera celeste. La Biblia narra la intervención de Dios en la historia humana, actuación de la que Israel, y posteriormente la Iglesia, son testigos privilegiados. Dios es de naturaleza divina no sólo porque sea eterno u omnisciente, sino esencialmente porque, respetando la libertad humana, interviene en la historia.

El arquetipo de la intervención de Dios en el Antiguo Testamento es la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto: *“Nosotros éramos esclavos del faraón de Egipto y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte [...] Y a nosotros nos sacó de allí para introducirnos y darnos la tierra que había prometido a nuestros antepasados” (Dt 6,21-23).*

Pero el momento culminante de la intervención divina lo encontramos en el Nuevo Testamento, en la resurrección de Jesús: *“Cristo Jesús [...] se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de todo nombre, [...] para que toda lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp 2,5-11).*

La intervención divina a lo largo del Antiguo Testamento acontece principalmente a través de mediadores: ángeles, jueces, reyes, sacerdotes y profetas. Sin embargo, aunque con menor frecuencia, Dios también actúa personalmente: libera, acompaña a su pueblo, crea, perdona, y promete la vida.

El Nuevo Testamento une esas dos corrientes de la Antigua Alianza. En la persona de Jesús de Nazaret entronca el mediador divino con la misma presencia encarnada de Dios entre nosotros. Así lo revela el evangelio de Juan: “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, la gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14).

A lo largo del Antiguo Testamento los profetas son los mediadores privilegiados que Dios elige para intervenir en la historia de Israel. El término castellano “profeta” procede de la voz griega “profetes” que es, a su vez, la traducción de la palabra hebrea “nabi”.

El lenguaje coloquial confunde a menudo la misión de los profetas identificándolos con los adivinos o los magos. Sin embargo, un profeta es alguien completamente ajeno a esas comparaciones. El profeta es la persona que el Señor ha llamado para que, a través de lo que piensa, dice y hace, manifieste ante quienes le ven y escuchan la voluntad liberadora de Dios. El profeta es la persona forjada por la Palabra que expresa ante sus contemporáneos la acción liberadora del Señor.

Los profetas comunican de diversas maneras la voluntad de Dios valiéndose de visiones y símbolos, pero el modo privilegiado que utilizan es la fuerza transformadora de la Palabra. El rey es el hombre del gobierno, el sacerdote lo es del culto y el profeta de la Palabra. Detengámonos un momento para apreciar el significado del término “palabra” en el lenguaje de los profetas.

La zona más sagrada del templo de Jerusalén se llamaba “debir”, conocido después como “Santo de los Santos”: era el sector reservado a Yavé, donde reposó el Arca de la Alianza. El término “palabra” se pronuncia en hebreo “dabar”. Notemos la semejanza entre las voces “debir” y “dabar” al tener idénticas consonantes, pues en hebreo el valor de las vocales es poco relevante. El término “dabar” recoge, como el “debir”, la profundidad y santidad del pensamiento de Dios. El “dabar” es la palabra que nace de Dios, alcanza el interior de la persona y la renueva.

La palabra de Dios no es cualquier palabra: es la expresión de la fuerza y la voluntad divinas que llegan a lo más pro-

fundo del corazón y transforman radicalmente a la persona. Por tanto cuando los profetas hablan no se limitan a comunicar información. La palabra del profeta es la voz de Dios que transforma el corazón de la persona y el alma del mundo, siempre y cuando la libertad del hombre se lo permita, pues la palabra de Dios no violenta nunca la libertad humana ni suple en ningún momento la responsabilidad del hombre.

1. Cuatro categorías de profetas

El profetismo es un fenómeno antiguo en la religión de Israel. Simplificando un poco las cosas, podemos distinguir cuatro categorías de profetas:

Los profetas extáticos. Existían en el antiguo Israel asociaciones de profetas que recorrían el país en grupo. Habitualmente danzaban, gritaban, tenían éxtasis y glorificaban al Señor con cánticos y alabanzas.

Individuos especiales. Israel disponía de tres tipos de personajes, además de los sacerdotes, que debido a su piedad y conducta ejemplar eran consultados por el pueblo en muchas ocasiones: los videntes (1 Sm 9,18), los visionarios (2 Sm 24,11) y los hombres de Dios (1 Sm 9,8). De todos modos debemos indicar que las diferencias específicas entre estos tres grupos de personas son difíciles de perfilar, pues a menudo un mismo personaje actúa desde las tres perspectivas.

Los profetas del templo y del palacio. Los monarcas antiguos disponían de un grupo de consejeros denominados, al parecer, profetas. Igualmente los grandes santuarios contaban con una corporación amplia de asesores expertos en interpretar visiones y sueños. El problema estriba en que los profetas de corte o los consejeros del templo, tendían a decir al rey y al sacerdote lo que querían oír, y no comunicaban la palabra transformadora de Dios. Un conflicto característico entre los profetas profesionales y los enviados por Dios acontece en la disputa de Amós y Amasías (Am 7,10-17).

Los profetas verdaderos. Son aquellos hombres llamados por Dios y forjados por su Palabra que, con lo que piensan,

dicen y hacen, muestran claramente ante sus contemporáneos la voluntad liberadora del Señor. Notemos un detalle interesante: Los profetas verdaderos se niegan a menudo a recibir el título de profetas para que el pueblo no les confunda con los profetas profesionales. El ejemplo más claro aparece en el momento en que Amós recrimina a Amasías su conducta diciéndole: “Yo no soy un profeta profesional” (Am 7,14).

2. Criterios para discernir a los profetas

Los diversos tipos de profetismo daban lugar a cierta confusión entre el pueblo. Por eso los mismos libros proféticos, además del Deuteronomio, establecen criterios para diferenciar a los profetas auténticos de los meramente profesionales:

Criterios negativos. Dice Ezequiel: “Y si un profeta, dejándose engañar, pronuncia un oráculo, yo, el Señor, lo dejaré en su engaño, extenderé mi mano contra él y lo eliminaré de mi pueblo, Israel [...] tanto el profeta como quien le consulte serán reos de la misma culpa” (Ez 14,9-11). Es un falso profeta quien incita al pueblo con su mal ejemplo, o alienta a los poderosos a perseverar en el mal.

Criterios positivos. Ofrece garantías de autenticidad el profeta que puede atestiguar que ha oído la voz de Dios, y es capaz de indicar la realización de la voluntad divina en los acontecimientos históricos. Sabe, además, autenticar con una conducta honesta la veracidad del mensaje que ha recibido (cf. Jr 23,25-32).

La utilización de estos dos criterios fue perfilando la distinción entre la simple aspiración a percibir la revelación de Dios, y el hecho de percibirla realmente; es decir, deslindó perfectamente a los auténticos profetas de los meramente profesionales.

3. Profetas preclásicos y clásicos

Los verdaderos profetas de Israel se dividen, habitualmente, en dos grandes categorías.

Profetas preclásicos. Actúan entre los siglos XI-IX a.C. y aparecen preferentemente en los libros que conocemos como históricos: Josué, Jueces, 1-2 Samuel, 1-2 Reyes. En los siglos XI-X a.C. destacan: Aías, Semayas y Natán. Durante el siglo IX a.C. despuntan: Jananí, Elías, Eliseo y Miqueas, hijo de Yimlá.

Profetas clásicos. Corresponden a aquellos cuya predicación ha quedado consignada en los libros bíblicos que llevan su nombre. Nos llegan a través de la comunidad israelita que los escuchó y los valoró. Se formó a su alrededor una comunidad, una escuela, que llevaba desde los orígenes el carisma del profeta histórico. El número de los profetas clásicos es amplio: Isaías, Jeremías, Baruc, Carta de Jeremías, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías.

La lectura de estas páginas mostrará cómo los grandes profetas (Amós, Oseas, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Segundo Isaías [Is 40-55] y Daniel) conducen nuestra vida hasta llevarnos al encuentro personal con el profeta definitivo, con Jesús de Nazaret, la presencia encarnada de Dios entre nosotros.

¿QUIÉN ES EL DIOS DEL QUE HABLAN LOS PROFETAS?

*“Verdaderamente tú eres un Dios escondido:
el Dios de Israel, el Salvador”
(Is 45,15)*

El Antiguo Testamento sitúa la naturaleza de Dios en su capacidad para intervenir en la historia. Este detalle es de suma importancia, pues significa que, en ese contexto, la divinidad de Dios no radica sólo en su ser omnisciente o eterno, sino en su intervención en la historia para propiciar la liberación humana. En definitiva para el Antiguo Testamento, Dios es Dios porque su intervención, respetuosa con la libertad humana, implica siempre la experiencia de liberación.

Ocurre, sin embargo, que el Antiguo Testamento es palabra de Dios escrita con letras humanas. Y demasiadas veces la letra humana ocultó la ternura de Dios o, lo que es más grave, imputó a la decisión divina guerras y calamidades de las que los únicos culpables eran la codicia y la soberbia humanas.

La tarea de los profetas consistió en recuperar la auténtica imagen de Dios que la idolatría humana, centrada en el afán de poder, el ansia de tener y el orgullo de aparentar, había mantenido oculta. Los profetas rescatan el rostro del Señor que libera y exponen su palabra sin ambages. Dios exige justicia, actúa con misericordia e infunde esperanza en todo ser humano que busca en Él su refugio.

Dios reveló al profeta Jeremías la íntima amistad que le unía con su pueblo. Dios habló con un ejemplo al profeta y le envió a casa del alfarero. Jeremías observó cómo el artesano elaboraba una vasija de barro en el torno. El cuenco se estropeó al girar, pero el alfarero no lo desechó sino que volvió a empezar la tarea transformándolo en un vaso distinto. Después dijo Dios a Jeremías: *“Como está la arcilla en manos del alfarero, así estáis vosotros en mis manos, pueblo de Israel”* (Jr 18,6).

Jeremías, mediante el ejemplo del alfarero, percibía la relación de Dios con su pueblo. El alfarero representa a Dios que, con el trabajo de sus manos, modela el barro. La arcilla simboliza a Israel, que Dios tornea. El girar del torno evoca el curso de la historia en la que Dios va dando forma a su pueblo. La vasija nacida de las manos de Dios constituye el Israel modelado por el Señor.

La metáfora del alfarero explica que la historia de Israel no es fruto del azar, sino de la labor tenaz de las manos de Dios. El Señor, a partir de un barro informe depositado sobre el torno, puede elaborar la más bella cerámica. Dios eligió a un pueblo pequeño, informe como el barro y, moldeándolo con paciencia a lo largo del tiempo, plasmó a Israel, su pueblo.

El alfarero que modela vasijas y Dios que modela al pueblo toparon con la misma dificultad. Cuando el barro colocado sobre el torno no está húmedo, no se deja moldear y se resquebraja. Dios había tomado barro y lo modelaba con cariño, pero el barro –falta de agua– no se dejaba trabajar y se rompía (Jr 18,4). El Señor no se desanimaba sino que retomaba la arcilla y la redondeaba de nuevo.

La metáfora del alfarero describe poéticamente el contenido del Antiguo Testamento. Dios, el alfarero, tiene nombre propio: Yavé. La bondad y la misericordia son, simbólicamente, las manos con que Dios modela al pueblo. Israel es la arcilla que Yavé convierte en vasija. El barro no está siempre blando, sino que a menudo está seco y se rompe entre los dedos del Señor. Israel interpretará los desgarrones como castigo de Dios, cuando en realidad son la consecuencia de huir y retraerse de su misericordia. A pesar de la resistencia del pueblo, Yavé no se cansa de modelarlo y, lentamente, lo conforma a su imagen y semejanza a lo largo de un proceso en cinco etapas: liberación, acompañamiento, creación, perdón y vida para siempre.

Detengámonos un momento en cada uno de estos aspectos: el nombre de Dios, la actuación de su bondad y misericordia, y cada uno de los cinco pasos en que va moldeando a su pueblo.

1. Yavé: El nombre más importante de Dios

El Dios de Israel no es una divinidad difusa y lejana. Su nombre personal es Yavé y habla a su pueblo. Yavé se reveló a Moisés y, mostrándole su propia identidad, le confió la misión de liberar a Israel de Egipto.

Moisés guardaba el rebaño de su suegro Jetró. Llegando al Horeb, vio una zarza ardiendo que no se consumía. Impresionado, se acercó para contemplar aquel prodigio. Entonces la voz de Dios le habló desde el fuego y le dijo: *“Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob [...] He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto [...] Voy a bajar para librarlo [...] Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo [...] Moisés replicó a Dios: Bien, yo me presentaré a los israelitas y les diré: ‘El Dios de vuestros antepasados me envía a vosotros’. Pero si ellos me preguntan cuál es su nombre, ¿qué les responderé? Dios contestó a Moisés: Yo soy el que soy. Explicáselo así a los israelitas: ‘Yo soy’ me envía a vosotros”* (Éx 3,1-15).

El relato de la vocación de Moisés ayuda a discernir el significado de la palabra “Yavé”. Dios, cuando habla a Moisés, se define como “Yo soy” (Éx, 3,14). No debe extrañarnos que la palabra “Yavé”, que identifica a Dios, sea un verbo y no un sustantivo. Cada pueblo elabora su lenguaje según la forma en que vive. Los hebreos eran nómadas, y su habla estaba marcada principalmente por términos que se “mueven”. En el lenguaje, los sintagmas que indican cambio y desplazamiento son los verbos. Por eso “Yavé” pertenece a una conjugación del verbo ser: “Yo soy”. La expresión “Yo soy” referida a Yavé tiene, en el Antiguo Testamento, dos sentidos distintos.

1°. En los tiempos más antiguos, cuando Israel era plenamente nómada, la expresión “Yo soy” se entendía en sentido causativo, es decir, se comprendía como “el que hace ser”. Yavé no es un Dios que habita el cielo sin más, sino que se preocupa y auxilia a su pueblo “haciéndole ser Israel”. Notemos la semejanza con el ejemplo del alfarero. El artesano toma barro y moldeándolo lo “hace ser” una vasija. Dios actúa igual: Toma un pueblo pequeño y esclavo en Egipto y lo “hace ser”, convirtiéndolo en su pueblo, Israel.

Un segundo relato de la vocación de Moisés describe plásticamente cómo Yavé convierte (hace ser) a un grupo de nómadas en el pueblo de su propiedad. *“Dios dijo a Moisés: Yo soy el Señor. Yo me manifesté a Abrahán, a Isaac y a Jacob [...] Yo establecí con ellos mi alianza, prometiéndoles la tierra de Canaán [...] y ahora he escuchado el clamor de los israelitas [...] Los liberaré [...] y los llevaré a la tierra que juré dar a Abrahán, a Isaac y a Jacob, y os la daré en posesión. Yo ‘os haré’ mi pueblo, y seré vuestro Dios”* (Éx 6,2-8). Yavé convierte a un grupo nómada en pueblo de su propiedad hablándole, apareciéndosele, estableciendo una alianza, escuchando y sintiendo su dolor, liberándolo, cumpliendo su palabra, y dándole la tierra que prometió a sus antepasados.

Precisar el significado de los términos hebreos es difícil y por eso, a menudo, se comparan con el árabe, idioma hermano del hebreo. El árabe dispone de un verbo cuya raíz es semejante a la del hebreo “Yavé”, y significa “amar apasionadamente”. Unamos la significación hebrea de Yavé, “Yo soy” entendida como “el que hace ser”, con el matiz árabe “amar con pasión”. Resulta una bella significación del nombre de Dios: Yavé es quien “hace ser”, quien modela, a su pueblo “amándolo apasionadamente”. La metáfora del alfarero cada vez se hace más real y menos ficticia: el Antiguo Testamento narra la historia en que Yavé modela a su pueblo con un amor apasionado.

2°. Con el paso del tiempo Israel se asienta en Palestina, lentamente la condición nómada se pierde y el pueblo se hace sedentario. El cambio en el modo de vida implica una variación en el lenguaje. La comprensión de Yavé con el matiz de significado “el que hace ser” se va perdiendo, quedándose en el “Yo soy”.

Los hebreos, al establecerse en Palestina, tomaron contacto con los cananeos que poblaban el país. La religión cananea contaba con muchos dioses (Baal, Aserá, etc.) a quienes adoraban en numerosas imágenes. Los israelitas fueron atraídos por la exuberancia del culto cananeo, olvidaron a Yavé y dieron culto a los ídolos.

Los profetas fueron los encargados de recordar al pueblo que sólo Yavé es Dios, y como consecuencia los ídolos no tienen carácter divino. El profeta Isaías cuando se dirige a

los ídolos les llama “los que no son” (Is 41,29), “nada” (Is 41,24), “una nulidad” (Is 45,14). En contraposición a los ídolos, Yavé se presenta como el único Dios: el que es, “Yo soy” (Is 45,5). Isaías enseña a su pueblo que la salvación se halla sólo en las manos de Yavé, y no en el falso poder de los ídolos. Yavé es autor de la creación (Is 40,26), y dirige la historia (Is 41,1-5) para propiciar la liberación de Israel (Is 43,1). Los ídolos son incapaces de cualquier actuación (Is 41,23) sencillamente porque “no son” dioses: elegirlos como tales es absurdo (Is 41,24).

Las dos acepciones de la palabra “Yavé” exponen claramente la intimidad de Dios. Yavé es el único Dios y no hay otro, por tanto Yavé no es sólo el Dios de Israel sino de toda la humanidad. Al ser el único Dios, Yavé es el único capaz de salvar: sólo Él puede modelar a Israel y a todos los pueblos con amor apasionado.

2. Bondad y misericordia: metáfora de las manos de Dios

El alfarero forma con sus manos la vasija en el torno. Yavé, en el curso de la historia, modela a Israel hasta convertirlo en pueblo de su propiedad. Israel es la vasija modelada por las manos de Dios en el torno del tiempo. ¿Qué forma desea conferir Dios a la cerámica? ¿Cómo quiere el Señor que sea el Israel que tornea?

La Biblia enseña que la realidad no es fruto de la casualidad, sino que nace del proyecto de Dios. El salmista observa el firmamento, obra de las manos de Dios, y exclama: *“¡Los cielos proclaman la gloria de Dios!”* (Sal 19,1). Cuando contempla la historia detecta a Israel sostenido por Dios y grita: *“¡Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterno su amor!”* (Sal 136,1). La naturaleza y la historia explicitan el modelado de Dios o, dicho en el lenguaje de la Biblia, proclaman la gloria de Dios. Israel, contemplando la creación y fijándose en los sucesos de la historia, veía la intimidad de Dios, la gloria de Dios.

Donde Dios plasma con mayor intensidad su gloria, es decir, su forma de ser, es en la persona humana. El salmista percibe en su vida la obra de Dios y reza: *“Tú formaste mis*

entrañas, me tejiste en el vientre de mi madre" (Sal 139,13). Dios crea al hombre *"a su imagen y semejanza"* (Gn 1,26) y se acerca a hablar con él a la hora de la brisa (Gn 3,8-9).

Israel no es un ente abstracto, sino un conjunto de personas concebidas para ser semblanza de Dios. Isaías describe cómo Dios forma a su pueblo (Is 43,1-7), y explica la razón última por la que lo ha creado: *"A los que creé para mi gloria, a los que yo he hecho y formado"* (Is 43,7). Cuando Yavé, como un alfarero, modela a Israel no pretende producir un cacharro cualquiera, sino elaborar la mejor cerámica: la que refleje ante todos la imagen de Dios. Yavé desea que Israel manifieste la gloria de Dios, que sea entre los pueblos la viva expresión de la ternura del Señor. La misión de Israel radica en ser testigo de la bondad de Dios que teje nuestra vida con amor apasionado.

Las manos con que Yavé modela a Israel no son manos corporales, sino la misericordia y la clemencia, la bondad y la fidelidad. Escuchemos el libro del Éxodo: *"Entonces pasó el Señor delante de Moisés clamando: 'El Señor, el Señor: un Dios clemente y misericordioso, paciente, lleno de bondad y fiel; que mantiene su amor eternamente, que perdona la iniquidad, la maldad y el pecado; pero que no los deja impunes, sino que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y nietos hasta la tercera y cuarta generación"* (Éx 34,6-7).

La palabra que traducimos por "misericordia" proviene en lengua hebrea de una expresión que significa "el seno materno". En sentido metafórico señala el sentimiento íntimo, profundo y amoroso que liga a dos personas por lazos de sangre o de corazón, como a la madre y al padre con su propio hijo (Sal 103,13), o a un hermano con otro (Gn 43,30).

El término "clemencia" es sinónimo del anterior, pero incorpora un matiz: se trata de la misericordia, pero no como un concepto vacío, sino como una realidad tangible que Dios manifiesta a Israel. Cuando Yavé modela a su pueblo, lo hace con la misma ternura que el seno de la madre conforma al hijo, o con el amor entrañable con que el padre le educa y hace crecer, o con el afecto al que se entregan dos buenos amigos. "Dios misericordioso y clemente" indica en Éx 34,6 cómo Yavé siente por el pueblo que teje entre sus

manos, el mismo amor que un padre por el hijo que ha engendrado y ve crecer en su hacienda.

Yavé es rico en bondad y fidelidad. Conviene precisar la diferencia entre la bondad y la misericordia. La misericordia es el sentimiento de amor espontáneo que brota de la madre y el padre hacia su hijo, o que nace entre dos amigos. La bondad no surge de un sentimiento espontáneo, sino de una deliberación consciente, como consecuencia de la relación de derechos y deberes entre dos personas. Pongamos un ejemplo: un maestro es bueno, no por un impulso del corazón, sino porque cumple con su obligación de formar a los estudiantes. Un alumno es bueno, no por que sí, sino porque se esfuerza en cumplir su deber de aprender y formarse.

Dios es bueno porque, a pesar del pecado e iniquidad de su pueblo, persiste en la tarea de hacerlo feliz, de moldearlo a su propia imagen y semejanza. La bondad de Dios es distinta de la bondad humana: Yavé conserva su bondad hasta la milésima generación, y sólo recuerda la culpa de los hombres hasta la cuarta. La historia de la antigüedad descubre que los dioses se caracterizaban por la crueldad en los castigos que infligían a sus súbditos. En el conjunto de las religiones orientales Yavé es un Dios muy original: se excede en el ejercicio de la bondad y la misericordia, y se queda corto para rememorar la iniquidad humana.

La bondad de Dios figura acompañada de la palabra "fidelidad", que matiza su significado. La "fidelidad" designa, en términos humanos, la conducta del hombre honesto con su prójimo, veraz en sus palabras, y estable en sus acciones. La voz hebrea que traducimos por "fidelidad" no se dice de los hombres sino sólo de Dios. Yavé es fiel no sólo porque es honesto, veraz y estable, sino porque es el Dios de cuyas obras y palabras es posible fiarse en todo momento y en cualquier situación. Dios siempre cumple su palabra, y su palabra es volverse siempre hacia el hombre para que encuentre en Él cobijo y protección.

Misericordia y clemencia, bondad y fidelidad son las manos con que Yavé modela a su pueblo para convertirlo en el reflejo de su amor.

El alfarero que elabora vasijas y Yavé que moldea a su pueblo sufrían el mismo problema: cuando el barro no está

húmedo se endurece y no se deja tornear, fácilmente se resquebraja y se rompe. Israel, demasiadas veces, estaba falto de agua, era un barro reseco que no se dejaba trabajar y se cuarteaba entre los dedos de Dios. Yavé quería hacer de Israel su viva imagen, pero constataba con tristeza que el pueblo reseco se resistía. ¿Qué significa la sequedad de la arcilla que no se deja moldear?

En el Antiguo Testamento la sed o la sequedad suele ser una metáfora que ilustra las consecuencias de la idolatría. Isaías acusa al pueblo de haber abandonado a Yavé y corrido tras los falsos dioses, y le anuncia: *“Seréis como encina con las hojas marchitas, como un huerto sin agua”* (Is 1,28-30). La idolatría consiste en abandonar a Yavé para ir en pos de otros dioses, y deja al idólatra agostado y sin agua.

¿Cuáles son los falsos dioses por los que Israel abandona a Yavé? Escuchemos el libro del Deuteronomio: *“Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en esa tierra buena [...] no te olvides del Señor tu Dios [...] [no sea que] cuando hayas comido y te hayas saciado, cuando hayas construido hermosas casas y las habites, cuando se multiplique tu ganado mayor y menor, tu plata, tu oro y todos tus bienes, que no se engría tu corazón ni te olvides del Señor tu Dios [...] Y no digas: por la fuerza y el poder de mi brazo he conseguido todo esto. Acuérdate del Señor, tu Dios; él es quien te ha dado fuerza para adquirir esa riqueza, cumpliendo así la alianza que hizo con juramento a tus antepasados, como hace hoy”* (Dt 8,7-18). Los falsos dioses son tres: El poder (“por la fuerza y el poder de mi brazo”), el tener (“cuando hayas comido y te hayas saciado”), y el aparentar (“no digas”).

Muchas veces Israel abandonó a Yavé, el Dios de la misericordia y la bondad que tejía su existencia con amor apasionado. Israel se dejó ganar el corazón por el afán de poder, el ansia de tener, y la vana ilusión de aparentar. Seguir a los falsos dioses le salió muy caro: el destierro, la miseria, la opresión de los pobres, la vergüenza ante las demás naciones, etc. Los profetas son los mejores testigos de la destrucción de Israel tras la idolatría, de la sequedad de Israel seducido por falsas divinidades.

La adoración de los ídolos es sólo el aspecto externo de la idolatría. La idolatría real consiste en huir de las manos

de Dios para entregar la vida al poder, tener y aparentar. La idolatría trae consigo la infelicidad porque, por mucho que nos esforcemos, siempre hay alguien más poderoso, más pudiente y con más prestigio que nosotros. Esta experiencia de infelicidad se denomina en la Biblia sequedad. ¡Cuántas veces en la vida cristiana sabe a poco tener a Dios por padre y saber que ama con pasión, y gastamos la existencia en perseguir otros premios: consumir, dominar, aparentar!

La bondad y la misericordia de Yavé modelan a Israel para crear un pueblo que sea testimonio del amor de Dios. Muchas veces la vasija que Yavé tornea lleva marcados los desgarrones y roturas de la idolatría. Al contemplar a Israel, imagen de nuestra propia vida, nos percatamos de la obra de Dios, pero también discernimos las distorsionadas huellas del pecado.

Lo más importante es que las huellas del pecado y la impronta de las manos de Dios no pesan igual en el aspecto final de la vasija: lo crucial es el reflejo del amor de Dios. Cuando el barro reseco se rompía, el alfarero no lo desechaba, sino que volvía a empezar transformándolo en un vaso distinto (cf. Jr 18,1-6). Cuando Israel huía de Yavé y se entregaba a los ídolos quedaba seco y sin agua. Yavé no lo abandonaba: le entregaba su perdón y, con el mismo barro, seguía trabajando a su pueblo.

Al observar la semblanza de Israel y nuestra propia vida percibimos, a la vez, la imagen de Dios y las heridas del pecado. Cuando contemplamos los pasos de la culpa en nuestra existencia, su aspecto nos causa desazón. Pero también es posible mirar los golpes del pecado desde la perspectiva de Dios. A los ojos de Dios, incluso las marcas que el pecado deja en nuestra existencia son testimonio de su amor, porque son el contraluz del perdón que Dios gratuitamente nos ha concedido.

3. Dios modela a su pueblo

El alfarero no modela el vaso en un instante. Tampoco Yavé moldeó a su pueblo de una sola vez. Lo hizo despacio y con delicadeza, para que Israel se diera cuenta de que era el

Señor quien le creaba con amor apasionado. Yavé formó a su pueblo, en el torno de la historia, a lo largo de cinco etapas: liberación, acompañamiento, creación, perdón y vida para siempre. Veámoslas.

a) Dios que libera

El acontecimiento central del Antiguo Testamento lo constituye la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. Los israelitas compusieron una profesión de fe, donde confesaban que la liberación de Egipto era el suceso crucial de su vida como pueblo. Leamos un fragmento de ese credo: *“Nosotros éramos esclavos del faraón de Egipto, y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte [...] y nos sacó de allí para introducirnos y darnos la tierra que había prometido a nuestros antepasados”* (Dt 6,20-24).

Conocemos bien la historia de la liberación de Israel. Yavé, por mediación de Moisés, sacó a Israel de Egipto. El pueblo cruzó el mar y atravesó el desierto hasta el monte Sinaí, donde Dios le entregó las tablas de la ley. Después, Israel siguió su camino hacia la tierra prometida, en la que se asentó bajo la guía de Josué (Éx-Jos). La historia narra la liberación de Israel, pero la intimidad del Dios que libera debemos buscarla en el relato de la vocación de Moisés que leíamos al principio (Éx 3,7-12).

Los israelitas gemían y se quejaban por la opresión de los egipcios (Éx 2,23). El dolor de Israel llegó hasta Yavé, que dijo a Moisés: *“He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias [...] Voy a bajar para librarlo”* (Éx 3,7-8). Notemos bien el detalle: Israel sufre en Egipto, pero antes de que pida a Dios que le salve, Yavé se adelanta a liberarlo. Yavé se ha adelantado a liberar a Israel: ¡Dios nos ha amado primero!

Las religiones antiguas muestran al hombre angustiado por los avatares de la vida. El hombre oprimido comienza a ofrecer sacrificios para obtener el favor de Dios y conquistar su ayuda en las dificultades. Israel también padece oprobio en Egipto, pero, y ahí está la diferencia, no es Israel quien se gana el favor de Dios con sacrificios, sino que Yavé se adelanta a amarlo y liberarlo.

La vocación de Moisés ofrece otro detalle importante. *“Moisés vio que la zarza estaba ardiendo, pero no se consumía”* (Éx 3,2). ¿Qué representa la zarza que arde y no se consume? La zarza simboliza a los creyentes que siguen al Dios que libera. Muchas son las dificultades de la vida que, como el fuego de la zarza, quemán nuestra existencia. Quien sigue la llamada del Dios liberador siente en su carne el quemazón de los ídolos de muerte: poder, dinero, prestigio. Creyente es aquél que cree que por duro que sea el resquemor de la vida, su existencia nunca llegará a consumirse porque a su lado está la voz del Dios que libera.

Yavé es el Dios que libera: no sólo salvó a Israel de Egipto, sino que también nos libera hoy. Sentirse liberado significa creer que Dios nos ha ganado para sí, nos ha amado primero. Significa confiar en que si nos mantenemos fieles al Dios del amor, luchando por la liberación de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, no habrá contrariedad capaz de aniquilarnos para siempre.

b) Dios que acompaña

Israel creía firmemente que Dios le había liberado de la esclavitud de Egipto, y se preguntaba el porqué. La respuesta era sencilla: porque conocía nuestro sufrimiento (Éx 3,7). Y suscitaba una nueva cuestión: ¿Cómo conocía Dios nuestra pena? La respuesta permitió a Israel descubrir la segunda etapa en que Dios modela: Dios conoce nuestro padecer porque está a nuestro lado y nos acompaña. Yavé, no es una divinidad distante: Yavé libera y, porque libera, acompaña.

La experiencia de “Dios que acompaña” es tan importante que la Biblia le dedica gran parte del Génesis (Gn 12-50). Las historias de los patriarcas, Abrahán, Isaac, Jacob y José, a menudo parecen ingenuas, pero manifiestan la serena certeza de que Yavé, en todo momento, acompaña a su pueblo.

Yavé pone en camino a Abrahán pero no le deja solo. Le cubre de bienes (Gn 13,14-17), hace un pacto con él (Gn 17), escucha su plegaria (Gn 18,20-33), le concede descendencia (Gn 21). El criado de Abrahán, confiando en Dios, obtiene esposa para Isaac (Gn 24). Jacob recibe la revelación de Dios (Gn 28,10-20) y disfruta de prosperidad y descendencia (Gn 30,25-43). La historia de José (Gn 37-50) es la que mejor

describe la cercanía de Dios. El texto repite con frecuencia: "Dios estaba con él".

Llama la atención, al leer las historias patriarcales, que sus protagonistas no son siempre modelos de santidad. Abrahán entrega a su esposa al faraón para enriquecerse a costa de ella (Gn 12,10-20). Jacob roba la primogenitura a su hermano Esaú (Gn 27) y despoja de rebaños a su tío Labán que gentilmente le había acogido (Gn 30,32-43). Abrahán y Jacob con su conducta se alejan de Dios, pero el Señor es fiel y permanece a su lado.

Isaías pone en labios de Dios una frase enigmática: "Yo formo la luz y creo las tinieblas" (Is 45,7). Cuando obramos el bien caminamos hacia la luz, hacia Dios. Cuando perpetramos el mal vamos a la tiniebla. En la oscuridad también está Dios a nuestro lado, no para incitarnos a urdir la maldad, sino para estar presto a recogernos en el momento en que decidamos volver a Él y engendrar el bien.

Un segundo elemento suscita la sorpresa: en todas las historias siempre triunfa el más pequeño. Esaú era el hermano mayor y Jacob el menor, pero Dios se inclina por el menor. Había dos hermanas Lia y Raquel. La escogida es la menor, Raquel. Jacob tenía muchos hijos, pero el predilecto fue el pequeño, José. Dios acompaña a todos en cualquier situación, pero tiene privilegiados: los pequeños, los pobres, los débiles. Dios elige a los sencillos para llevar a término su proyecto: "Dios ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes" (1 Cor 1,27).

La compañía de Dios es gratificante pero muy exigente. Los profetas denuncian que sentirse acompañado por Dios no significa que Yavé tolere la injusticia que comete Israel. Dice Amós: "Escuchad quienes oprimís a los débiles y maltratáis a los pobres [...] vendrán días en que os icen con ganchos y os arrojen al estiércol" (Am 4,1-3). Saberse guiado por Dios implica esforzarse más en cumplir con amor las exigencias de la justicia.

Porque Dios nos libera nos acompaña. Dios está a nuestro lado en tiempo de luz y en momentos de tiniebla. La constancia de nuestra plegaria refleja la certeza de sabernos acompañados por Dios, y nuestra proximidad a los pobres manifiesta la veracidad de nuestro deseo de encontrarnos con el Señor.

c) Dios creador

Israel se sabía escoltado por Dios en el camino de la vida. Surgió una pregunta: ¿Por qué Dios nos acompaña? La respuesta fue: Dios acompaña a Israel porque acompaña a todos los pueblos. Vino una nueva cuestión: ¿Y por qué acompaña Dios a todas las naciones? La respuesta fue tajante: Dios acompaña a todos los pueblos porque Dios acompaña toda la realidad. Dios lo acompaña todo porque está en el fundamento de todo, es decir, porque lo crea todo.

Israel es la vasija que Dios modela con bondad y misericordia en el torno de la historia. En la primera etapa del moldeado, Israel percibe a Dios que libera, en la segunda a Dios que acompaña, y en la tercera a Dios creador. ¿Qué significa crear?

La noción de "no existir" es extraña al pensamiento arcaico. Las cosmologías antiguas consideraban que el universo existía desde siempre pero en estado caótico. La creación radicaba en desmezclar la cosas, en "separar" unas de otras y organizarlas bien. La creación consistía en el "orden" que las divinidades imponían a la realidad en "desorden".

La epopeya de "Atra-Hasis" es un poema antiguo (s. XVII a.C.). Describe la creación como el "orden" que las deidades imponen al "desorden". Cuenta cómo los dioses, agotados por su trabajo, deciden crear al hombre para que, en su lugar y como sirviente, haga sus fatigosas tareas. Los dioses "ordenan" la realidad, y especialmente al hombre, para que se convierta en esclavo de sus caprichos. La creación permanece "separada" de la esfera celestial y subyugada a la tiranía de las divinidades.

La idea de creación en la Biblia es distinta. Conserva retazos de las nociones de "orden" y "separación" pero les confiere un sentido completamente distinto.

El relato de la creación afirma que Dios "crea" el cielo y la tierra (Gn 1,1; 2,4), los monstruos marinos (Gn 1,21), el hombre (Gn 1,27) y todas las cosas (Gn 2,3). La creación del hombre es peculiar pues, en ella, Dios utiliza tres veces el verbo crear. La narración contiene dos frases que evocan la noción de creación propia de las filosofías antiguas: Dios 'separó' la luz de las tinieblas (Gn 1,4), Dios hizo la bóveda

del cielo para 'separar' las aguas (Gn 1,6), pero ambas, en su contexto, están precedidas del verbo "crear" (Gn 1,1).

El verbo hebreo "crear" es muy especial: sólo se usa cuando el sujeto de la acción es Dios. Los hombres "hacen" y "fabrican"; sólo Dios "crea". En el ámbito de la naturaleza "crear" significa que Dios, por propia decisión, realiza un acto extraordinario en el que da origen a toda la realidad.

¿Qué hace que la creación del Génesis sea distinta a la de los antiguos mitos? Los dioses "ordenaban" el mundo y, especialmente al hombre, para esclavizarlo y ponerlo a su servicio. Yavé también "ordena" el mundo y preferentemente al hombre, pero no para hacerlo siervo y aprovecharse, sino para plasmar en su corazón el "proyecto" de Dios. El proyecto divino para el mundo y el hombre consiste en recordarles su derecho a ser felices, reafirmarles en la certeza de que Dios es amor, y anunciarles que la vivencia del amor es lo único capaz de otorgar sentido a la vida.

El autor del relato de la creación (Gn 1,1-2,4a) no pretendió escribir un libro de cosmología. Con la ciencia de su tiempo describió el universo desde la perspectiva de la fe. Su preocupación no era dilucidar si Dios creó el mundo de materia existente o lo hizo de la nada. Ese interés vendrá más tarde (2 Mac 7,28). El autor afirmó que en el fondo de todo, y principalmente del corazón humano, late el proyecto amoroso de Dios. Y eso sitúa al mundo y al hombre en una posición nueva: no son los esclavos de Dios, sino los amigos de Dios con quienes el Señor comparte su vida. El hombre y el mundo están sostenidos por las buenas manos de Dios, y no aplastados por la fuerza de sus puños. La situación es tan nueva que, para describirla, el autor inventa en hebreo el verbo crear.

Un último detalle. Yavé antes de liberar a Israel ya lo amaba. *"La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo"*, pero *"...el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas"* (Gn 1,2). Sobre el universo "desordenado" estaba ya el "espíritu de Dios", el proyecto de Dios. También al universo lo ha amado Dios antes de que recibiera la creación. Dios siempre ama primero.

Dios libera, porque libera acompaña, y porque acompaña crea. Afirmar que Dios crea significa confiar en que, pase

lo que pase, estamos siempre en sus manos y nunca nos va a soltar: *"En él vivimos, nos movemos y existimos"* (Hch 17,28). Entraña saber que en lo más íntimo de toda persona palpita el proyecto de Dios: *"Les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne para que observen mis preceptos"* (Ez 11,19-20). Implica conservar y cuidar la naturaleza porque es espejo del designio de Dios. Creer en Dios creador compromete a luchar para imprimir en el corazón del mundo y del hombre el proyecto del amor de Dios.

d) Dios que perdona

Israel percibía que la bondad y la misericordia del Señor modelaban su existencia. También notaba que con su pecado rompía el barro que Dios trabajaba, y malbarataba el aspecto de la vasija que las manos del Señor moldeaban con ternura.

Ante esta situación Israel dio el salto de la fe. Pensó: Yavé es capaz de crear, de ordenar. Nosotros con el afán de poder, el ansia de tener y el deseo de aparentar, desordenamos el proyecto que Dios grabó en nuestro corazón y en el alma del mundo. Si es cierto que Dios es bondad y misericordia, y ya que es capaz de ordenar (crear), también será capaz de reordenar (volver a crear) al Israel deshecho por el pecado.

En el taller el alfarero modela una vasija. Cuando el barro se desgaja, el artesano no lo rechaza sino que vuelve a empezar transformándolo en un cuenco nuevo. El artesano quería "ordenar" la arcilla para producir cerámica, pero la falta de agua "desordenaba" el barro que se rompía entre sus dedos. Lo mismo le ocurría a Yavé. El Señor deseaba hacer de su pueblo la más bella figura, pero la sequedad de Israel, su apego a la idolatría, hacía que se desgarrara. Lo más importante es que Yavé no rechaza a su pueblo, sino que lo reordena, lo vuelve a hacer, lo vuelve a crear. Reordenar o volver a crear, es sinónimo de perdonar.

El perdón, en el sentido de reordenar y permitir al hombre seguir viviendo sostenido por el amor de Yavé, es original de la Biblia. Dice Ezequiel: *"¿Acaso deseo yo la muerte del malvado, y no que se convierta de su conducta y viva?"* (Ez 18,23). Las leyes de Mesopotamia no preveían el perdón: cuando el hombre pecaba era sometido a crueles castigos

hasta pagar su culpa. Los dioses egipcios al descubrir el pecado humano hacían como si no lo hubieran visto, y dejaban al hombre en su hastío.

Volver a ordenar, volver a crear es sinónimo de perdonar. El Génesis, al relatar el origen de todo, afirma que Dios “crea”. Isaías, cuando muestra cómo Dios redime a su pueblo, utiliza el mismo verbo “crear” que aparecía en el Génesis: “*Yo soy el Señor, vuestro Santo, el Creador de Israel, vuestro Rey*” (Is 43,15).

¿Qué significa “Yavé ha creado a Israel”? El profeta no pretende afirmar que Yavé, en aquel instante, ha constituido materialmente al pueblo, puesto que Israel, en tiempo de Isaías, hacía siglos que existía. Significa que lo ha perdonado. El perdón de Dios es tan grande que supone reordenar de nuevo la existencia de quien lo recibe, como el alfarero que rehace con sus manos el barro rajado.

Israel era un pueblo deshecho: ciego y sordo, expoliado y saqueado. Y, todo eso, por alejarse de Yavé y seguir la senda de la idolatría (cf. Is 43,22-25). Israel es un desierto, seco y sin agua. Experimenta la amargura del pecado: el dolor que produce abandonar al Dios de la vida para darse a los ídolos de muerte. Yavé, gratuitamente, establece caminos en el desierto y ríos en la estepa (Is 43,16-21), y hace que la arcilla seca y desgarrada de su pueblo sea de nuevo el barro húmedo que Dios modela.

El dolor del pecado no es resultado del castigo de Dios, sino consecuencia de la sequedad que agosta la vida de quien se aleja del amor. Dios es fiel. Y, a pesar de que huyamos de Él, nos sigue amando. Saberse perdonado por Dios significa haber experimentado que el mal y el pecado, por duro que sea el rastro que han dejado en nuestra vida, no tienen la última palabra. El último gesto nace siempre de las manos de Dios que con bondad y misericordia rehace nuestra vida a su imagen. Convertirse significa dejar que el agua de Dios empape la sequedad de nuestro barro, para que las manos del Señor nos sigan modelando.

e) Dios de la vida

Israel experimenta que Dios libera, acompaña, crea y perdona. Pero brota en el corazón del pueblo una nueva pre-

gunta: ¿Por qué hace Dios con nosotros un proceso tan largo y delicado? La respuesta no podía ser otra: Dios nos modela con tanta delicadeza porque su deseo es que vivamos para siempre con Él. Aquí reside la finalidad última del amor de Dios: que participemos siempre de su misma vida.

Para los israelitas antiguos no había posibilidad de que el hombre viviera personalmente con Dios. Ciertamente el Señor era bueno, pero la distancia que mediaba entre la pequeñez humana y la magnitud divina era tan grande, que hacía imposible que pudieran encontrarse algún día cara a cara. Dios dijo a Moisés: “*Yo mismo haré pasar delante de ti todo mi esplendor y delante de ti pronunciaré el nombre del Señor [...] Sin embargo, no podrás ver mi cara [...] Te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con la palma de mi mano hasta que yo haya pasado; y cuando retire mi mano, me verás de espaldas porque de frente no se me puede ver*” (Éx 33,18-23). Moisés llegó a ver la espalda del Señor, pero el rostro, que indica la identidad e intimidad de Dios, quedó oculto.

La fe de Israel topó con un dilema. Por una parte los israelitas no se atrevían a imaginar que después de la muerte el hombre pudiera vivir con Dios para siempre. Por otra parte experimentaban la certeza de que Yavé modela la existencia humana con amor apasionado y, por tanto, el hombre no es un ser cualquiera en la creación, sino alguien privilegiado. El salmista alaba a Dios que modela al hombre y exclama: “*Lo hiciste poco menos que un dios, coronándolo de gloria y esplendor; le diste el dominio sobre la obra de tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies*” (Sal 8,6-7).

La grandeza humana indicaba que era absurdo que después de la muerte el hombre desapareciera para siempre pero, a la vez, la pequeñez del hombre ante la grandeza divina hacía inimaginable que después de su ocaso llegara a la morada de Dios. Para resolver el dilema los israelitas inventaron el “Sheol”. ¿Qué es el Sheol?

Los israelitas consideraban la tierra plana. Imaginaron que bajo la superficie terrestre había un gran receptáculo al que llamaron “Sheol”. Cuando alguien moría lo depositaban en una tumba. El cuerpo se descomponía, pero “lo mejor” de la persona humana descendía bajo la tierra y quedaba depositado en el “sheol”. Según esto, la muerte no aniquilaba del

todo a la persona ya que lo mejor de ella permanecía en el Sheol. Pero, por la misma razón, la persona tampoco iba a la morada de Dios, arriba, en el cielo.

Los sabios de Israel se rebelaron contra esa solución. Dijeron: no es posible que Dios modele la vida de cada uno con bondad y misericordia para que, al final, todo acabe en el absurdo del *sheol*. Dios ama apasionadamente. Dios no modela la persona a su imagen y semejanza para luego esconderla en el *sheol*, como tampoco tornea el artesano una bella vasija para dejarla después en el olvido. Afirmaron con decisión: *“Las vidas de los justos están en las manos de Dios. Los insensatos piensan que están muertos [...] consideran su salida de entre nosotros como un desastre. Pero los justos están en paz [...] su esperanza estaba llena de inmortalidad”* (Sab 3,1-5).

El justo, que a pesar de su pecado se deja modelar por el Señor, permanece para siempre en sus manos. Dios no concibe su tarea como un entretenimiento, ni teje nuestra vida para hacernos esclavos. Dios nos ama para hacernos hijos suyos: hijos de Dios para siempre. Creer en el Dios de la vida significa comprometer la propia existencia en la lucha por la justicia y la solidaridad humana: hacer del amor el arma con que plantar la semilla del Reino. Quien opta por el amor, trabaja por la justicia y engendra la paz, padece la persecución de los poderosos, pero tiene la certeza de que vivirá para siempre en las buenas manos del Señor, el Alfarero de la Vida: *“Nos hiciste Señor para ti, y nuestro corazón no descansará hasta que repose en ti”* (San Agustín).

Conclusión

El Antiguo Testamento es la sinfonía inacabada que concluye en el Nuevo Testamento. El Dios de bondad y misericordia que libera, acompaña, crea, perdona y llama a la vida, manifiesta su rostro en Jesús de Nazaret.

Jesús libera a los enfermos y a los hombres atenazados por los preceptos de la ley. Viene *“para proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los oprimidos”* (Lc 4,18,19). Jesús acompaña a los discípulos y a las multitudes, pero

está especialmente al lado de los pobres: *“El espíritu del Señor está sobre mí [...] para anunciar a los pobres la buena noticia”* (Lc 4,18).

Jesús afirma la necesidad de “nacer de nuevo” para entrar en su Reino. Dice a Nicodemo: *“El que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios”* (Jn 3,3). Nacer de nuevo, ser creado de nuevo, significa entrar en el reino de Dios. Para entrar en el Reino hay una sola llave: La opción por los pobres, siguiendo los pasos de Jesús. *“Felices los que eligen ser pobres porque de ellos es el reino de los cielos”* (Mt 5,3). Jesús perdona a todos y nos exige el perdón: *“Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”*. Jesús no promete una vida fácil pero otorga a quien le sigue la vida eterna: *“Todo el que haya dejado casas, hermanos [...] por mi causa, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna”* (Mt 19,29).

Los cristianos somos las vasijas que Jesús, con bondad y misericordia, moldea en el torno de la historia. La Iglesia, aun con los desgarrones del pecado, es testimonio en el mundo de que el amor de Dios libera, acompaña, crea, perdona y llama a la Vida: testimonio de que el reino de Dios viene a nosotros.

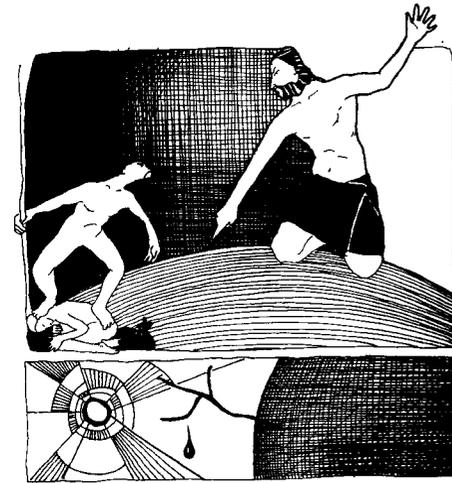


I

**¿CÓMO ACTÚA EN LA HISTORIA HUMANA
EL DIOS DE LA VIDA?**

AMÓS

El profeta de la justicia social



La naturaleza íntima de Dios se percibe mediante su actuación en la historia para propiciar la liberación de su pueblo. La vida de los profetas expresa cómo Dios tornea la existencia humana para forjarla a su imagen y semejanza. Amós y Oseas deben leerse al unísono, pues ambos profetas reflejan un momento privilegiado de la intervención de Dios en el corazón humano. Amós proclama la exigencia divina de justicia social, mientras Oseas refleja la identidad de Dios: el Señor que reclama justicia tiene entrañas de misericordia.

Comenzaremos describiendo la situación social y política de la época de Amós. A continuación leeremos Am 7,10-17 situándolo en el conjunto de la obra del profeta. Después comentaremos los elementos más destacados del texto. Seguidamente sintetizaremos el contenido de los versos de Amós y, mediante la *lectio divina*, los aplicaremos a nuestra vida.

1. Situación social y política en tiempo de Amós

La nación levantada tenazmente por David se dividió en dos estados a la muerte de su hijo Salomón (930 a.C.). El reino del Norte se llamó Israel y, con el tiempo, estableció la capital en Samaría. El reino del Sur, denominado Judá, mantuvo la capital en Jerusalén.

Las posibilidades económicas de cada estado eran diversas. Israel pescaba en el lago de Genesaret y explotaba el cauce del Jordán para el regadío, mientras la proximidad de las rutas comerciales favorecía el paso de caravanas que propiciaban el comercio. El reino de Judá estaba cercado por desiertos y bañado por las aguas inertes del Mar Muerto, mientras la lejanía de las vías comerciales dificultaba los negocios. En definitiva, el reino del norte era próspero y rico y el sur, en general, debía conformarse con las escasas aportaciones de los peregrinos que acudían al templo de Jerusalén, y los exiguos réditos de los rebaños y frutos del desierto.

La desigualdad social entre el norte y el sur dio lugar a lo que podríamos llamar la emigración desesperada. Muchos habitantes de Judá, al habitar una tierra pobre e infecunda, no veían otra solución a su miseria sino la huida hacia el norte, a Israel. Allí esperaban iniciar una nueva vida y encontrar la acogida de sus hermanos de religión, pues no debemos olvidar que tanto los moradores de Judá como de Israel creían en el mismo Dios. Pero los emigrantes del sur no sólo eran mal acogidos en Israel, sino que sufrían la explotación de los poderosos del país.

La desigualdad social en Israel alcanzó su cénit durante el reinado de Jeroboán II (784-744 a.C.). El monarca conquistó nuevos territorios, reconstruyó ciudades, desarrolló el comercio y embelleció los palacios, pero a costa de una desigualdad social exorbitante: los ricos eran cada vez más ricos y los pobres más pobres.

El libro de Amós describe sin tapujos la injusticia social de Israel y especialmente de su capital, Samaría. Los palacios de las grandes familias estaban decorados con marfil (Am 3,15). El oro y la plata son metales valiosos, pero el marfil, además de riqueza, denota ostentación. Los poderosos no sólo explotaban a los pobres, sino que abofeteaban, mediante

la fastuosidad del marfil de sus mansiones, el dolor de los humildes. En contraste con el lujo de los pudientes, el texto bíblico señala la miseria de los pobres que debían venderse a cambio de un par de sandalias (Am 2,6).

El papel de la religión era triste. No condenaba la extrema injusticia, sino que mantenía el orden establecido. Parafraseando el texto podríamos decir: los ricos son ricos y los pobres son pobres porque Dios lo determinó desde el principio y no queda otra alternativa. Los ricos agradecerán a Dios los bienes que disfrutaban y los pobres acudirán a Dios para poder soportar el dolor de su miseria. ¡Qué maltrecha quedaba la religión cimentada en el Dios liberador!

A pesar de la desidia religiosa, la Sagrada Escritura es muy clara: Dios no abandona nunca al pobre que clama justicia. Dios escuchó al pueblo oprimido en Israel y suscitó dos profetas: Amós y Oseas. Amós, con el tono encendido de su palabra, expondrá la voluntad divina: ¡El Señor exige justicia social! El testimonio de la vida de Oseas será la metáfora de la intimidad del Dios liberador: ¡El Señor tiene entrañas de misericordia!

2. Lectura del texto (Am 7,10-17)

¹⁰ Amasías, sacerdote de Betel, mandó decir a Jeroboán, rey de Israel:

“Amós está conspirando contra ti en medio de Israel; el país no puede ya soportar todas sus palabras. ¹¹ Porque Amós anda diciendo: «Jeroboán morirá a espada e Israel será deportado lejos de su tierra».

¹² Y Amasías dijo a Amós:

“Vete, vidente, márchate a Judá; gánate la vida profetizando allí. ¹³ Pero no sigas profetizando en Betel, porque es el santuario real y el templo del reino”.

¹⁴ Amós le respondió:

“Yo no soy un profeta profesional. Yo cuidaba bueyes y cultivaba higueras. Pero el Señor me agarró y me hizo dejar el rebaño diciendo: «Ve a profetizar a mi pueblo Israel».

¹⁶ *Y ahora escucha la palabra del Señor.*

*Tú dices: «No profetices contra Israel,
no pronuncies oráculos
contra la estirpe de Isaac».*

¹⁷ *Pues bien, así dice el Señor:*

*Tu mujer será deshonrada en la ciudad,
tus hijos y tus hijas caerán a espada,
y tu tierra será repartida a cordel;
tú mismo morirás en tierra impura,
e Israel será deportado lejos de su tierra”.*

3. Posición de Am 7,10-17 en el conjunto del libro de Amós

El anuncio divino, forjado en los labios de Amós, inserta en la sociedad israelita dos matices de un mismo mensaje. Por una parte, el profeta denuncia la opresión de los ricos sobre los pobres: *“Así dice el Señor: Son tantos los crímenes de Israel que no lo perdonará, porque venden al inocente por dinero y al pobre por un par de sandalias; porque aplastan contra el polvo de la tierra a los humildes y no hacen justicia a los indefensos”* (Am 2,6-7). Pero, por otra parte, la profecía de Amós ofrece la vida a quienes se conviertan, abandonando la injusticia y haciendo de la solidaridad el eje de su existencia: *“Buscad al Señor y viviréis [...] buscad el bien y no el mal, para que viváis; así estará con vosotros el Señor”* (Am 5,6.14).

El libro de Amós, después de presentar al profeta (Am 1,1), denuncia la injusticia sea cual sea el lugar donde acontece. Critica los crímenes de Damasco (Am 1,3-5), la opresión de Gaza y Filistea contra el país de Edom (Am 1,6-8), la esclavitud de Tiro y Fenicia (Am 1,9-10), la impiedad de los edomitas (Am 1,11-12), la arbitrariedad de los amonitas contra Galaad (Am 1,13-15), el ensañamiento de Moab con el rey de Edom (Am 2,1-3), los crímenes de Judá (Am 2,4-5). Pero, sobre todo, arremete contra la injusticia de Israel (Am 2,6-16). Israel es especialmente culpable porque olvidó la misericordia del Señor que le liberó de la esclavitud de Egipto y tiranizó a los pobres desdeñando las advertencias de los profetas (Am 2,10-12).

Seguidamente desenmascara la corrupción de Samaría (Am 3,9-12), la ostentación de los palacios (Am 3,13-15), el lujo desmedido a costa de la opresión contra los débiles (Am 4,1-3), la falsedad del culto (Am 5,21-25), la tropelías contra los pobres (Am 5,7-13), el sibaritismo (Am 6,1-14). Pero, en medio de la denuncia aparece la oferta divina de misericordia y conversión: *“Buscad al Señor y viviréis”* (Am 5,6.14).

La tercera parte del libro la forman cinco visiones que describen el final trágico de Israel causado por la impiedad y la injusticia: las langostas (Am 7,1-3), la sequía (Am 7,4-6), la plomada (Am 7,7-9), la fruta madura (Am 8,1-3) y la caída del santuario (Am 9,1-4). La lucidez del profeta muestra cómo el éxito de los poderosos es efímero, mientras que la presencia divina y la victoria final laten en la fuerza transformadora de los pobres. Así lo proclama también María en el Magnificat: *“... derribó de sus tronos a los poderosos y ensalzó a los humildes, colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada”* (Lc 1,52-53).

El epílogo del libro entrevé el fracaso de la injusticia y el nacimiento del nuevo Israel, edificado sobre el amor de Dios y la solidaridad humana dice el Señor: *“Aquel día, levantaré la choza caída de David y repararé sus brechas [...] cambiaré la suerte de mi pueblo Israel [...] los plantaré en su tierra, y nunca más serán arrancados de la tierra que yo les di”* (Am 9,11-15).

Amós denunció la injusticia y exigió la solidaridad, se enfrentó con las clases dirigentes y sufrió la persecución de Amasías, sacerdote del santuario de Betel. Despreciado por las elites opulentas, el mensaje profético caló en el corazón de los pobres.

El fragmento objeto de nuestro estudio describe descarnadamente el enfrentamiento entre Amós y Amasías. Amós es la voz del Dios liberador que, encarnada en el sufrimiento de los débiles, se enfrenta al despotismo de los fuertes, representado por Amasías. La disputa está situada en mitad del discurso de las visiones (Am 7,1-9,4), donde el profeta encara la solidez de la justicia contra la sinrazón de la iniquidad y preconiza el fracaso de la insolidaridad humana.

4. Elementos del texto (Am 7,10-17)

a) El escenario de la disputa: el santuario de Betel (Am 7,10a)

El santuario de Betel era un templo de raigambre. El término "Betel" significa en hebreo "casa de Dios", y fue importante en la época patriarcal. Cerca de Betel plantó Abrahán su tienda (Gn 12,8), y Jacob pasó allí la noche en que Dios se le reveló en sueños: vio una escalinata que tocaba con su vértice el cielo, y por ella subían y bajaban los ángeles del Señor (Gn 28,10-22).

La importancia religiosa de Betel fue manipulada políticamente. El primer rey de Israel fue Jeroboán I (932-911 a.C.). El monarca israelita deseaba evitar a toda costa que los peregrinos honraran a Dios en Jerusalén, capital del reino enemigo de Judá. El santuario de Betel, situado a 18 kilómetros de Jerusalén, estaba erigido casi en la frontera de ambos reinos. Por eso Jeroboán I embelleció sobremanera el santuario y estableció un culto pomposo, para que los peregrinos permanecieran en Betel sin llegar a Jerusalén (1 Re 12,26-33).

La manipulación del templo de Betel no se limitó al aspecto político, sino que alcanzó el ámbito religioso. Durante el reinado de Jeroboán II (784-744 a.C.) logró el grado de santuario real y templo del reino (Am 7,13), de ese modo el culto de Betel justificaba de forma institucional la injusticia imperante en Israel.

Amós fustigó duramente la envilecida situación de Betel (Am 3,14; 5,5). El profeta destaca cómo el culto ofusca el rostro del Dios liberador y justifica la opresión contra los pobres. En definitiva, para el profeta el culto de Betel es pecaminoso: *"¡Id a Betel y pecad!"* (Am 4,4). No en vano Oseas para destacar la corrupción política y religiosa del santuario altera la palabra "Bet-el", casa de Dios, convirtiéndola en el término "Bet-avén", casa del pecador (Os 5,8). De ese modo el cambio del nombre del santuario, se convierte en expresión externa del culto vacío y opuesto a la voluntad divina.

b) La acusación de Amasías (Am 7,10b-11)

El sacerdocio israelita tiene una larga historia. Al principio era el padre de familia quien ofrecía sacrificios al Señor (Gn 22,13), posteriormente algunos hombres llegaban a ser sacerdotes mediante la consagración (Jue 17,5.12), y los mismos reyes ejercieron funciones sacerdotales (2 Sm 6,17-19; 1 Re 8,14); pero, la mayoría de sacerdotes pertenecían a la tribu de Leví. Celebraban el culto, proferían oráculos, impartían bendiciones, instruían al pueblo y ofrecían sacrificios en la forma prescrita en el libro del Levítico.

La Biblia cuenta cómo el sacerdocio israelita padeció la manipulación de los monarcas. El rey Jeroboán I (932-911 a.C.) nombró sacerdotes que no pertenecían a la tribu de Leví, e incluso llegó a instituir a todo aquel que lo solicitaba (1 Re 12,31). De ese modo, el sacerdote en lugar de actuar como intermediario entre Dios y los hombres, se convertía en una marioneta en manos del rey para legitimar ante el pueblo la injusticia de la corte. Amasías, sacerdote de Betel, denuncia la actuación de Amós de manera indirecta y engañosa.

La acusación de Amasías es falsa, pues afirma que Amós conspira contra el rey (Am 7,10). Pero si leemos el libro de Amós desde el principio, advertiremos cómo el profeta en ningún momento se ha referido directa y personalmente contra al rey, sino que ha condenado la injusticia, la corrupción de Samaría, el lujo desmedido, la opresión de los pobres y, especialmente, la falsedad del culto en Betel. Amós condena globalmente la sociedad opulenta y el culto que la sostiene.

Un segundo motivo resalta la falsedad de la denuncia: *"el país no puede ya soportar todas sus palabras"* (las palabras de Amós) (Am 7,10). ¿A quién se refiere el término "país"? Evidentemente no puede referirse a los pobres vendidos por un par de sandalias ni a los débiles aplastados contra el polvo de la tierra (Am 2,6-7), que verían en el profeta Amós al defensor de sus derechos. Quienes no soportaban la voz del profeta eran los opulentos. La palabra profética era para ellos una espada afilada que ponía al descubierto la rapiña de su riqueza y embuste de su religiosidad.

Amasías es sacerdote de Betel, es él quien, con un culto pomposo y vacío, justifica el poder de los ricos a costa de la

miseria de los pobres. Amasías sabe que la palabra de Amós es veraz. Entiende que su palabra deslegitima el sistema corrupto sobre el que los poderosos descansan plácidamente. Por eso el sacerdote no se enfrenta directamente con el profeta, sino que intenta provocar la ira del rey para aniquilar a Amós, y dice: *“Amós anda diciendo: Jeroboán morirá a espada e Israel será deportado lejos de su tierra”* (Am 7,11).

La acusación es indirecta. No es Amasías quien denuncia a Amós ante el rey, sino que *“mandó a decir a Jeroboán, rey de Israel”* (Am 7,10). La acusación del falsario siempre es por la espalda. Sólo el grito profético, la palabra capaz de transformar la realidad, puede decirse de frente y sin miedo.

El proceder de Amasías evoca la conducta de los sumos sacerdotes para detener a Jesús: ellos utilizan la traición de Judas (Mt 26,47), lo acusan mediante falsos testigos en el sanedrín (Mt 26,60-61), provocan su condena soliviantando al pueblo (Mt 27,20) y amenazando a Pilato: *“si pones en libertad a este hombre (a Jesús), no eres amigo del César; porque cualquiera que tenga la pretensión de ser rey, es enemigo del César”* (Jn 19,12). Pero será el mismo Jesús, el profeta por excelencia, quien desenmascarará la falsedad de Anás, sumo sacerdote, *“Yo he hablado siempre en público [...] pregunta a mis oyentes, y ellos podrán informarte”*, y responderá con decisión al criado que le abofetea: *“Si he hablado mal, demuéstreme en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?”* (Jn 18,19-24).

c) La contienda entre Amós y Amasías (Am 7,12-15)

El sacerdote se dirige al profeta llamándole “vidente”. Los profetas y los videntes ejercieron por algún tiempo una función parecida. Dios exigió la conversión de Israel y Judá mediante profetas y videntes que dijeron al pueblo: *“[...] convertíos de vuestra mala conducta y guardad mis preceptos y mandamientos, siguiendo en todo la ley que di a vuestros antepasados”* (2 Re 17,13).

La concepción positiva del vidente lo asemeja al profeta. Sin embargo los términos “vidente” y “profeta” no muestran siempre una connotación favorable, pues Miqueas los fustiga con dureza asociándolos a los adivinos (Miq 3,5-7). Las palabras de Miqueas contra profetas y videntes no pueden

ser más duras: *“Mientras les dan para comer hablan de paz, pero a quien no les llena el estómago le declaran la guerra santa”* (Miq 3,5).

El libro de los Reyes habla de los profetas y videntes de forma positiva (2 Re 17,13), mientras Miqueas los censura con rigor (Miq 3,5). ¿Por qué esta valoración tan diversa de profetas y videntes? Como respuesta podríamos decir que existían tres tipos de profetas: los “profesionales”, los “charlatanes” y los “elegidos por Dios” para salvar a su pueblo.

Los profetas “profesionales” servían en la corte y el santuario. Halagaban al rey y a los sacerdotes diciéndoles lo que deseaban escuchar, pero no les anunciaban los preceptos divinos. Jananías constituye un buen ejemplo de profeta profesional. El rey Nabucodonosor atacó Jerusalén y deportó parte de la población a Babilonia en el año 587 a.C. Jananías proclama, ante los sacerdotes y el pueblo, el regreso de los desterrados en el plazo de dos años (Jr 28). En definitiva, anuncia a los habitantes de Jerusalén lo que anhelaban oír.

Contra Jananías se levanta Jeremías, quien afirma que los deportados no volverán al cabo de dos años, y denuncia sin ambages la falsedad del profeta profesional (Jr 28). Jeremías no proclama lo que el pueblo ansiaba escuchar, sino que anuncia el mensaje de Dios: la deportación es consecuencia del pecado y el Señor exige la conversión. Precisamente eso, la exigencia de conversión personal, es lo que los sacerdotes y el pueblo no desean escuchar (Jr 7,1-15).

Los profetas “charlatanes” recorrían pueblos y aldeas vaticinando el futuro a cambio de dinero (Miq 3,11), y dándose con descaro a comilonas y borracheras (Is 28,7-8). No es extraño que con la presencia de tanto charlatán y profesional, los profetas “elegidos por Dios” se resistieran a llamarse “profetas”; por eso Isaías y Miqueas nunca reivindicaron para sí el título de “profeta” y Amós lo rechazó expresamente (Am 7,14).

Amasías expulsa a Amós como si fuera un charlatán o un profesional de la profecía. Sin embargo Amós arremete contra Amasías: *“Yo no soy un profeta profesional [...] pero el Señor me agarró y me hizo dejar el rebaño diciendo: Ve a profetizar a mi pueblo Israel”* (Am 7,14-15).

Amós es el profeta “agarrado” por Dios y enviado a “profetizar” a Israel. En el Antiguo Testamento es bastante raro que Dios “agarre” a alguien. Cuando así lo hace debemos interpretar el verbo “agarrar” como sinónimo de “elegir”. Así, Dios “agarra” a Abrahán (Gn 24,7), David (2 Sm 7,8), Amós (7,14), y Zorobabel (Ag 2,23). Cada uno de estos personajes fue “agarrado” para una misión importante, y, concretamente Amós, para profetizar en Israel. ¿En qué consiste la profecía de Amós? Veámoslo.

La palabra hebrea que traducimos por “agarrar” también describe la violencia con que los poderosos “arrancan” el impuesto del grano al pobre (Am 5,11), la impunidad “con que se dejan sobornar” para atropellar al humilde ante el tribunal (Am 5,12) y la intriga con que han obtenido sus bienes (Am 6,13); pero también denota la fuerza con que Dios “acabará” con la injusticia y “destruirá el poder” de los opulentos (Am 9,2.3). Con la misma fuerza con que los ricos “agarran” los bienes de los pobres y con el mismo poder con que Dios “acabará” con la injusticia, el Señor “elige” a Amós para que proclame la justicia y exija la solidaridad.

Dios no concede a Amós una potencia mágica para aniquilar a los opulentos. El Señor le envía a “profetizar”, es decir, a dar testimonio, con la coherencia de su vida y la fuerza de su palabra, de que la realidad pervertida puede transformarse en un ámbito de justicia y equidad.

Los dirigentes de Israel constituyen una sociedad corrupta, pero el Señor les llama todavía con cariño “mi pueblo, Israel” (Am 7,15), y desea su conversión. El Señor no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva; por eso el profeta no cesa de repetir a los pudientes: “Buscad al Señor y viviréis” (Am 5,6). ¿Qué significa buscar al Señor? Ciertamente, no significa pretender encontrarlo en el culto ostentoso de Betel o Guilgal (Am 5,5). Entonces ¿dónde está el Señor?

Recordemos que para elegir a su profeta (Am 7,15) Dios utiliza la misma palabra hebrea que traducimos por “agarrar”, que emplea también para denunciar los abusos de los ricos contra los indigentes (Am 5,11.12; 6,13). De ese modo el término “agarrar” iguala la situación de Amós con la posición de los oprimidos.

La voz de Amós es la voz de Dios porque refleja el clamor de los pobres. Dios no está en el culto vacío ni en la limosna mal entendida de los acaudalados. La fuerza transformadora de Dios late en el clamor de los pobres. Sólo quien opta decididamente por los pobres encuentra la ternura del Dios liberador. Así lo dice el evangelio: “*Dichosos los pobres en el espíritu porque suyo es el reino de los cielos*” (Mt 5,3).

La profecía de Amós no consiste en lisonjear a Amasías ni charlatanear con el pueblo. La profecía de Amós afirma que Dios está con los pobres y exige, en nombre del Señor, la transformación del orden social injusto en una realidad basada en la justicia y la solidaridad.

d) La réplica de Amós a Amasías (Am 7,16-18)

El debate entre Amós y Amasías ha sido duro (Am 7,12-15). Amós ofrece a Israel, en nombre del Dios de los pobres, la vida plena, mientras Amasías apuntala, en nombre de los opulentos, la sociedad fragmentada entre pobres y ricos. Amasías ha rechazado la oferta de Amós con dureza (Am 7,16), pero también será dura la respuesta de Amós contra el desprecio del sacerdote.

Amós, utilizando el lenguaje del Antiguo Testamento, proclama el ocaso de la estirpe sacerdotal de Amasías: “...*tus hijos y tus hijas caerán a espada [...] y tú mismo morirás en tierra impura*”. Afirma el fin de la posesión de la tierra por parte de los poderosos: “...*tu tierra será repartida a cordel*” y anuncia la deportación de Israel: “...*e Israel será deportado lejos de su tierra*” (Am 7,17).

Amós ha hablado en nombre de Dios: “*Así dice el Señor*” (Am 7,17), pero el trágico vaticinio del profeta puede deducirse a partir de su experiencia humana. El profeta, como nosotros mismos, sabía que el afán por alcanzar el poder, el ansia de tener cada vez más dinero, y el deseo de aparentar soberbiamente lo que no somos, carece de límite. La tendencia de la historia constata cómo la codicia por tener, la ambición de poseer y la desazón por aparentar hacen añicos cualquier proyecto humano. La historia del reino de Israel narra cómo un país que podía haber sido próspero y pujante estalla por la irracional opulencia de la clase dirigente. Veámoslo.

Amós predica durante el reinado de Jeroboán II (787-747 a.C.) cuando los ricos amasan fortunas a costa del sudor de los pobres. El hijo de Jeroboán II, Zacarías (747 a.C.), sólo reinó seis meses, pues Salún conspiró contra él, lo mató y gobernó en su lugar. Salún permaneció en el trono un mes (747 a.C.) porque Menajén le dio muerte y le sucedió en el trono (746-737 a.C.). Menajén perdió la cabeza: arrasó la ciudad de Tirsá, abrió en canal a las embarazadas y entregó al rey de Asiria treinta y cuatro mil kilos de plata para que le ayudase a consolidar su poder en Samaria (2 Re 15,8-22).

Le sucedió en el trono Pecajías que llegó a reinar dos años (737-736 a.C.), pues Pecaj (736-730 a.C.) lo asesinó y usurpó el derecho dinástico. El orgullo de Pecaj le enfrentó con el rey de Asiria. El monarca israelita fue derrotado y perdió buena parte de su territorio (2 Re 15,23-31). Oseas mató a Pecaj y tomó el poder en Samaria (730-722 a.C.), pero no le quedó más alternativa que someterse al vasallaje de Asiria pagando fuertes tributos. El rey de Asiria le sorprendió en traición y lo encarceló. El año 722 a.C. el rey asirio conquistó Samaria y deportó a sus habitantes a las ciudades de su imperio (2 Re 17,1-6).

El mismo afán de poder y riqueza que embruteció a los poderosos de Samaria los llevó al desastre. La misma Biblia juzga severamente la hecatombe y muestra las raíces profundas de la catástrofe: *“Esto sucedió porque los israelitas pecaron contra el Señor, su Dios, que los había sacado de Egipto [...], se fueron tras dioses inconsistentes [...] y adoraron a todos los astros del cielo”* (2 Re 17,7-23).

Israel se derrumbó a causa de la idolatría: abandonó al Dios de la vida para servir a los ídolos de muerte. La perversidad de la idolatría no consiste en adorar imágenes de piedra o madera, sino en entregar la vida a lo que simbolizan los ídolos.

Los israelitas *“adoraron a todos los astros del cielo”* (2 Re 17,16), es decir el sol, la luna y las estrellas. El sol simboliza el poder; el ídolo no se inclina sólo ante un astro, sino que pretende hacerse con el poder que simboliza. La luna, que cambia de cara cada noche, encarna la apariencia. El adorador de la luna es el soberbio que muestra un rostro distinto según le convenga con tal de alcanzar sus intereses.

El número incontable de estrellas representa el afán de tener más y más cosas, sabiendo que por muchas que se posean nunca quedará colmada la ambición humana. La idolatría consiste en el afán de poder, el ansia de tener y el deseo de aparentar.

La idolatría que provoca la opresión de los pobres agotará a Israel hasta la muerte (Am 7,17). Pero en la profecía de Amós permanece todavía un rasgo que amarga aun más el error de entregar la vida a los ídolos: la vana esperanza en el “día del Señor” (Am 5,18-20).

El culto del santuario de Betel infundía en los fieles la falsa ilusión de la inminente llegada del “día del Señor”. Afirmaban que “un día” aparecería Dios en medio de su pueblo y, como por arte de magia, proporcionaría a todos la felicidad y acabaría con la indigencia. El “día del Señor” ofrecía a los pobres una falsa esperanza en la oscuridad de su miseria y permitía a los opresores acallar, con esa fingida promesa, el clamor de los pobres.

Amós desenmascara el último bastión del culto falaz. El “día del Señor”, en contra de lo que piensan secretamente los poderosos, vendrá, pero no será para ellos un día de luz sino de oscuridad: *“El día del Señor será tinieblas y no luz”* (Am 5,20). El “día del Señor” que anuncian los ricos a los pobres para acallar su dolor ciertamente llegará, pero servirá para aniquilar el poder de los fuertes adquirido sobre la opresión de los humildes y devolverles a éstos la libertad que les fue robada.

5. Síntesis final y aplicación a la vida

El clamor de los pobres del reino del sur que sufrían la opresión de los opulentos de Samaria llegó a oídos del Dios de la misericordia. El Señor suscitó al profeta Amós para que proclamara la exigencia divina de justicia social.

La voz de Amós no tuvo eco en el corazón de los ricos, aunque les ofreciera el perdón de Dios y les empujara a vivir la solidaridad con los pobres. Pero la palabra de Amós no cayó en saco roto. Afirmó con tesón que el deseo de Dios es la

justicia y que sus preferidos son los pobres. Anunció el fin de la corrupción y de la riqueza robada al sudor de los débiles.

El mensaje de Amós es muy claro: un sistema social basado en la explotación no tiene capacidad de sobrevivir. Solamente la solidaridad tiene futuro, porque en la lucha por la solidaridad y la justicia late la intervención de Dios en la historia humana.

El tiempo que nos corresponde vivir presenta aspectos concomitantes con la época de Amós. Muchos hombres y mujeres del sur huyen de la miseria desesperada para recomenzar su vida en las tierras del norte; igual que en vida de Amós los habitantes del sur (Judá) emigraban al norte (Israel) para poder sobrevivir. Depositaban su confianza en la acogida fraterna, pues los moradores de Judá e Israel creían en el mismo Dios. Pero los emigrantes topaban con la ostentación de los palacios revestidos de marfil y la explotación de la clase dirigente. Aquella sociedad opulenta se quebró aplastada por el peso de la soberbia y la codicia de su dinero. ¿Sucederá lo mismo con la nuestra?

La voz del Amós denunciaba la injusticia, exigía la solidaridad, permanecía al lado de los pobres y reclamaba la conversión. Nuestro Dios exige justicia social y sus entrañas de misericordia mantienen la esperanza de que optemos por la solidaridad en el tiempo de globalización que nos corresponde vivir.

GUÍA DE LECTURA: Amós 8,4-11

“Escuchad esto, los que aplastáis al pobre”

Ambientación

Vamos a abrir nuestros oídos y nuestro corazón con el fin de que la Palabra, que vamos a escuchar, nos despierte y nos anime a comprometernos con la causa de los pobres. Comenzaremos leyendo juntos el salmo 82 (81).

Antes de empezar buscamos **Am 8,4-11**.

Miramos nuestra vida

En nuestro mundo no todas las personas tienen las mismas oportunidades. Unas nacen ricas, por su país de origen o situación familiar. Otras, en cambio, viven toda su vida en la indigencia. Hay muchas causas que generan la pobreza; una de ellas es la explotación a la que unas personas someten a otras. El engaño o el trabajo mal pagado puede llevarnos a la desigualdad económica y social.

- *¿Estás de acuerdo con lo que acabamos de afirmar?*
Intenta razonar tu respuesta.

- *¿Qué otras formas de explotación conoces?*

Escuchamos la palabra de Dios

Amós, en su pequeño libro, nos describe los desajustes sociales y económicos de su tiempo. El primero de los profetas escritores denuncia la descomposición de Israel. Este testigo del Dios vivo y justo reclama justicia entre los seres humanos. En el pasaje que vamos a leer veremos cómo los comerciantes prosperan a base de cometer fraudes con los pobres.

- Comenzamos haciendo un momento de silencio para escuchar al Señor que nos habla a través de su Palabra.

- Un miembro del grupo lee en voz alta la lectura de Am 8,4-11.

- Reflexionamos en silencio. Para entender mejor el pasaje es bueno recordar toda la introducción que hemos leído sobre el profeta Amós. Las notas de la Biblia pueden ayudarnos en esta tarea.

- *¿Cómo era la sociedad de Israel durante el reinado de Jeroboám II? ¿Qué denuncia el profeta?*

- *Según el pasaje que acabamos de leer ¿Quiénes oprimen a la gente humilde?*

- *¿Qué injusticias concretas se describen?*

- *¿Qué castigo anuncia Dios a Israel por oprimir a los pobres?*

Volvemos sobre nuestra vida

Acabamos de ver cómo la situación de injusticia en la que vivimos no es un fenómeno nuevo. Ya el profeta describe sin tapujos la desigualdad social que reinaba en Israel. Denuncia las injusticias de los comerciantes que pretenden aprovecharse de los más débiles del país. Los pobres llegan a venderse incluso por un par de sandalias.

El Señor, como lo hizo en el pasado con Moisés, escuchó al pueblo oprimido y les envió al profeta Amós para librarlos.

- *¿Qué personas o colectivos denuncian, como lo hizo el profeta, la indefensión en la que viven tantos hombres y mujeres en la tierra? ¿Conoces a algunas de ellas?*

- *¿Cómo luchamos contra la injusticia que hay en nuestro entorno?*

- *¿Hasta que punto los cristianos nos sentimos llamados a formar parte de movimientos organizados para trabajar por la liberación de los pueblos?*

Oramos

Recogemos en forma de oración lo que la lectura y la meditación de este pasaje de Amós nos hayan sugerido.

- Comenzamos leyendo de nuevo Am 8,4-11.

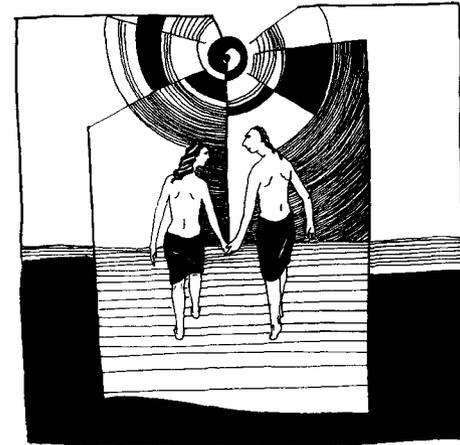
- Pasamos por el corazón los gestos de denuncia, los gestos solidarios de los que hayamos sido testigos a lo largo de nuestra vida.

- En un segundo momento daremos gracias a Dios por todas estas personas o colectivos que han comprometido sus vidas por liberar a los más débiles de nuestra sociedad. Después de cada intervención diremos juntos: "Ayúdanos Señor a ser testigos de tu amor por los más frágiles de nuestra tierra".

- Acabamos recitando juntos el Magnificat (Lc 1,46-55) que relata, en boca de María, la preferencia de Dios por los pobres.

OSEAS

El profeta de la misericordia de Dios



Durante el reinado de Jeroboán II (787-747 a.C.) Israel vivió una época de esplendor a costa del dolor de los pobres. El Señor escucha siempre el clamor de quien pide auxilio y, por eso, envió dos profetas a Israel. Amós proclamó mediante su palabra la exigencia divina de justicia, y Oseas manifestó con el testimonio de su vida la intimidad de Dios. El Señor no es ajeno al dolor humano, sino que acoge con entrañas de misericordia a quien se cobija en él. La experiencia matrimonial de Oseas será la expresión de la ternura de Dios quien, a la vez, reivindica la justicia con la fuerza del grito de Amós.

Comenzaremos exponiendo la situación religiosa de la época de Oseas. Seguidamente leeremos Os 1,2-2,3 para situarlo después en el contexto de la profecía de Oseas. A continuación comentaremos los elementos más destacados de Os 1,2-2,3 y siguientes; realizaremos una breve síntesis final y aplicaremos un fragmento del texto a nuestra vida mediante la *lectio divina*.

1. La situación religiosa de Israel en la época de Oseas

Según el primer versículo del libro Oseas predicó en tiempo de Jeroboán II (787-747 a.C.) (Os 1,1) y, según se deduce del resto del libro, su misión se desarrolló en el reino de Israel. La situación política y social de la época la relatamos al comentar la profecía de Amós. Por eso ahora describiremos la tesitura del aspecto religioso.

Al estallar la guerra civil tras la muerte de Salomón (931 a.C.) el reino del Norte, Israel, alcanzó la independencia. El primer rey fue Jeroboán I (931-910 a.C.). Había sido un alto funcionario de Salomón que se rebeló contra el monarca y tuvo que huir a Egipto (1 Re 11,26-40). Al proclamarse la independencia del reino del Norte ocupó el trono y edificó la capital en Siquén (1 Re 12,16-25). La división política implicó la fractura religiosa. La Biblia censura dos aspectos del comportamiento religioso de Jeroboán, que transmitirá como herencia a todos los reyes del norte:

- El rey temía que las gentes de su reino continuaran peregrinando a Jerusalén para dar culto al Señor; por eso, después de aconsejarse, construyó dos becerros de oro y dijo al pueblo: *“¡Se acabó el subir a Jerusalén! Israel, aquí tienes a tu Dios el que te sacó de Egipto”* (1Re 12,28). Reedificó los santuarios de Betel y Dan, situados en las fronteras sur y norte del reino, y colocó un becerro en cada templo.

La acción de Jeroboán evoca el pecado de Israel en el desierto. Moisés había subido al monte Sinaí para recibir las tablas de la ley. Viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar se congregó ante Aarón y le dijo: *“Anda, haznos una divinidad que nos guíe, porque no sabemos qué habrá sido de ese Moisés que nos sacó del país de Egipto”* (Éx 32,1). Aarón pidió al pueblo que le entregara las sortijas de oro. Fundió el metal, lo trabajó con el buril y construyó un becerro chapeado de oro. El pueblo exclamó al ver la figura: *“Israel, éste es tu Dios, el que te sacó de Egipto”* (Éx 32,4).

Jeroboán I y Aarón conducen al pueblo al mismo pecado. Sustituyen al Dios liberador por un becerro de oro que, a la larga, conducirá a Israel al desastre. Los israelitas fundamentaban la autenticidad de Yavé en su capacidad para intervenir en la historia. No en vano el credo del pueblo

hebreo reposa en la certeza de la actuación de Dios en los acontecimientos humanos: *“Los egipcios nos maltrataron [...] entonces clamamos al Señor [...] y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo poderoso”* (Dt 26,6-8).

El profeta Isaías es quien mejor expresa el antagonismo entre Yavé y los ídolos. Isaías afirma que Yavé es Dios porque crea el cosmos (Is 40,26) y conduce la historia (Is 41,4) para propiciar la liberación de Israel (Is 43,1). En oposición a Yavé, los ídolos inútiles permanecen inmóviles ante quien les pide auxilio (Is 44,9-20). Jeroboán ha sustituido al Dios que libera por un ídolo de oro. ¡Cuántas veces en la vida cristiana nos sabe a poco tener al lado al Dios liberador y malbaratamos nuestra existencia sirviendo a ídolos vacíos!

- Además de los templos de Betel y Dan, Jeroboán I erigió santuarios en los altozanos y nombró sacerdotes entre la gente del pueblo que no pertenecían a la tribu de Leví (1 Re 12,31).

Los israelitas eran una comunidad nómada desde sus orígenes pero, al asentarse en Palestina, devinieron sedentarios dedicándose principalmente a las tareas agrícolas. En el nuevo territorio, conocieron la religión de los cananeos que habitaban la región. Los cananeos constituían una civilización agrícola cuyo panteón religioso estaba poblado por dioses que otorgaban fertilidad a los campos y abundancia a las cosechas. El dios más invocado era Baal que era el responsable de conferir fertilidad a la tierra.

Baal tenía sus santuarios en los altozanos o lugares altos, situados junto a las aldeas, y recibía un culto especial que culminaba en la prostitución sagrada: los agricultores subían al templo a implorar la buena cosecha y, terminada la plegaria y en la intermediaciones del santuario, se unían sexualmente con otra persona. El acto sexual simbolizaba la fuerza con que el campesino imploraba a Baal la fecundidad de su tierra.

Cuando Jeroboán I levantó los santuarios en los altozanos fomentó el culto a Baal en detrimento de la adoración de Yavé. La falsedad del culto a Baal no provenía de la lujuria de la prostitución sagrada, sino de que implicaba una variación importante en la misma concepción de Dios. Veámoslo.

El culto cananeo consistía en lo que podríamos llamar una “religión mágica”. Los cananeos vivían, como todo pueblo antiguo y pequeño, en condiciones precarias. La supervivencia dependía de la abundancia de las cosechas y por eso pedían a Baal que hiciera descender la lluvia de los cielos. Precisamente ahí radica el problema: los cananeos ofrecían un culto exuberante (prostitución sagrada, sacrificios humanos, lesiones físicas), para intentar “convencer” a Baal de que enviara la lluvia. La religión mágica se caracteriza por “intentar convencer a Dios” para que intervenga en la historia humana cueste lo que cueste.

La religión bíblica es distinta. El pueblo hebreo sufrió la esclavitud en Egipto; pero no fueron los hebreos quienes comenzaron a ofrecer sacrificios a Dios para suplicarle la salvación, sino que Yavé mismo se adelantó a liberarles. Dijo el Señor a Moisés: *“He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias. Voy a bajar para librarlo [...] ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas”* (Éx 3,7-10).

El culto israelita no implicaba un esfuerzo titánico para “convencer a Dios” de que interviniera en la historia liberándole, pues el Señor le había salvado gratuitamente del yugo egipcio. El culto del pueblo hebreo consistía en “agradecer” al Señor la salvación que le había regalado.

La religión bíblica encuentra la plenitud en el Nuevo Testamento. No es el hombre quien suplica a Dios la salvación, sino el Señor quien se adelanta a amarnos haciéndose uno de nosotros: *“Al principio existía la Palabra. La Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios [...] y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”* (Jn 1,14).

Jeroboán I añadió otro cambio en la religión. Tradicionalmente los sacerdotes israelitas provenían de la tribu de Leví, pero Jeroboán I nombró sacerdotes entre la gente del pueblo que no pertenecía a la tribu de Leví, para atender los santuarios de los altozanos (1Re 12,31). La reedificación de los templos en lugares altos provocó la confusión entre el culto a Baal y el culto a Yavé pero, sobre todo, propició la conversión de la “religión bíblica” en “religión mágica”. El culto israelita dejó de ser un acto de agradecimiento al Señor

que le había liberado de la esclavitud de Egipto para convertirse en un ejercicio monótono y orgiástico que imploraba la ayuda de un dios caprichoso y lejano.

La confusión religiosa provocada por Jeroboán I y caracterizada por la introducción de los ídolos, el paso de la religión bíblica a la religión mágica y la alteración en la identidad de los sacerdotes, tuvo una repercusión profunda en el alma del pueblo. Israel dejó de sentirse sostenido por las buenas manos de Dios, y comenzó a sentir pánico ante la divinidad lejana que debía aplacar con sacrificios. Con el tiempo la lejanía de Dios sembró en el corazón del pueblo el miedo, y el miedo desembocó en el sometimiento a los caprichos de sacerdotes y reyes que se enriquecieron sobremana a costa de la sangre de los humildes.

2. Lectura del texto: Os 1,2-2,3

² El Señor dijo a Oseas: *“Cásate con una prostituta, y engendra hijos de prostitución, porque esta tierra se ha entregado a la prostitución y se ha apartado del Señor”*.

³ Fue Oseas y se casó con Gomer, hija de Diblaim, la cual concibió y le dio a luz un hijo. ⁴ El Señor le dijo: *“Ponle el nombre de Jezrael, porque dentro de poco tomaré cuenta a la familia de Jehú por la sangre derramada en Jezrael, y pondré fin al reino de Israel. ⁵ Aquel día romperé el arco de Israel en el valle de Jezrael”*.

⁶ Concibió Gomer de nuevo y dio a luz una hija. El Señor dijo a Oseas: *“Ponle el nombre de No-compadecida, porque no me compadeceré más de Israel, sino que me apartaré de él. ⁷ Pero sí me compadeceré de Judá y los salvaré porque soy el Señor su Dios; aunque no los salvaré por medio de arco, espada o guerra, ni por medio de caballos o jinetes”*.

⁸ Cuando Gomer destetó a No-compadecida, concibió otra vez y dio a luz un hijo. ⁹ El Señor dijo a Oseas: *“Ponle el nombre de No-mi-pueblo, porque vosotros no sois mi pueblo ni yo soy vuestro Dios”*.

^{2.1} *Los israelitas serán tantos como la arena del mar, que no se cuenta ni se mide. Y en vez de llamarlos No-mi-pue-*

blo se les llamará Hijos-de-Dios-vivo. ² Los hijos de Judá y los de Israel se reunirán bajo un solo caudillo y crecerán hasta desbordar la tierra, porque será grande el día de Jezrael. ³ Llamad Mi-pueblo a vuestro hermano, y a vuestra hermana llamada Compadecida.

3. Situación de Os 1,2-2,3 en el conjunto del libro de Oseas

La corrupción religiosa de Israel en tiempo de Oseas justificaba la desigualdad social de manera escandalosa. Los israelitas habían dejado de creer en el Dios liberador y malgastaban la vida adorando ídolos de muerte. Los poderosos servían a tres dioses: el afán de poder, el ansia de tener, y el deseo de aparentar. Los pobres sufrían en silencio y buscaban apoyo en la religión, que mostraba un dios impasible ante su dolor y exigía un culto pomposo pero alejado de la justicia y la misericordia.

Ante ésta situación, la primera tarea del libro consiste en mostrar que Dios no es ajeno al dolor humano ni apático ante la injusticia. Los tres primeros capítulos (Os 1-3) constituyen una hermosa metáfora que, mediante la descripción del matrimonio de Oseas y Gomer, transluce el auténtico rostro de Dios. El Señor no es una divinidad fría y remota, sino que tiene entrañas de misericordia y una capacidad ilimitada de perdón.

La ternura de Dios no se aviene con la injusticia humana. Por eso la segunda sección del libro (Os 4,1-9,9) constituye una denuncia contra la injusticia reinante. El profeta fustiga a los sacerdotes (Os 4,1-11), condena la idolatría (Os 4,12-19), arremete contra la casa real (Os 5,1-15), denuncia la falsa piedad (Os 6,7-7,2; 7,13-8,14), delata las conspiraciones palaciegas (Os 7,3-12) y, finalmente, augura el trágico final de Israel a causa de la injusticia y la idolatría (Os 9,1-9).

El Dios que muestra su misericordia (Os 1-3) y condena la infidelidad (Os 4,1-9,9) sigue tendiendo la mano a Israel y, aunque censura sus pecados, no cesa de ofrecerle el perdón generoso en los capítulos finales del libro.

La tercera parte (Os 9,10-14,10) recorre la historia de las traiciones de Israel contra el Señor. Destaca las infamias (Os 9,10), el falso culto (Os 10,5.9.15), y la maldad y la injusticia (Os 10,13-15). Pero más importante que la sinuosa historia de infidelidad es el perenne amor de Dios a su pueblo: “Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo [...] con cuerdas de ternura, con lazos de amor, los atraía” (Os 11,1.4). El Señor constata cómo la injusticia y la idolatría arrastran a Israel al desastre (Os 14,1), pero no se cansa de invitarle a regresar al regazo de su ternura: “Vuelve, Israel, al Señor tu Dios [...] Yo sanaré su infidelidad y los amaré gratuitamente” (Os 14,2.5).

El fragmento objeto de nuestra reflexión pertenece a la primera sección del libro (Os 1-3). Realmente convendría leer la totalidad de Os 1-3 pero, al ser muy larga, nos centraremos en Os 1,2-2,3; y, en la descripción de los elementos del texto recogeremos la globalidad de Os 1-3. Los capítulos Os 1-3 constituyen la metáfora que destaca la inmensa ternura del corazón de Dios y su inagotable capacidad de perdón. Será éste el tema de reflexión tras el estudio del texto.

4. Elementos del texto (Os 1,2-2,25)

El pasaje Os 1,2-2,25 describe el matrimonio de Oseas y Gomer como metáfora del amor incondicional de Dios por su pueblo. Explicaremos los avatares del matrimonio para analizar después su significado.

a) El matrimonio de Oseas y Gomer

El Señor dijo a Oseas sin preámbulos: “Cásate con una prostituta, y engendra hijos de prostitución” (Os 1,2). Oseas, sin réplica alguna, contrajo matrimonio con Gomer (Os 1,3).

La prostitución, conocida en el Antiguo Testamento (Gn 38,14-30; Jos 2,1; 1Re 3,16), es un acto de violencia contra la mujer sometida a una esclavitud inaceptable. Las mujeres caían en la prostitución por la necesidad de supervivencia, o a causa del abuso del propio marido que las entregaba por dinero y, muchas veces, por culpa de la guerra. Después de una campaña, el botín de guerra incluía mujeres del país

conquistado que se destinaban a la esclavitud y a la prostitución. Cuando no podían, por motivos de edad o salud, ejercer la prostitución eran abandonadas en lugares yermos y, a menudo, morían de hambre o eran apedreadas.

La mujer con quien se casa Oseas se llama Gomer. El término "Gomer" presenta dos acepciones negativas en el Antiguo Testamento. Veámoslas.

- Noé tuvo tres hijos: Sem, Cam y Jafet (Gn 6,10). Jafet, tuvo un hijo al que llamó Gomer (Gn 10,3; 1Cr 1,5). El hecho de que este hijo, Gomer, descienda de Jafet es un dato a tener en cuenta; pues los hebreos consideraban a Abrahán su antepasado (Jos 24,2-4), el cual descendía a su vez de Sem, el primer hijo de Noé (Gn 11,10-32), pero no del último, Jafet. En este sentido, el nombre de la esposa de Oseas evoca a una mujer extranjera procedente de un pueblo ajeno al linaje de Abrahán.

- La palabra "Gomer" identifica a un grupo enemigo de Israel. El profeta Ezequiel maldijo a un adversario acérrimo de los israelitas, el príncipe Gog caudillo de las regiones de Mosoc y Túbal. El príncipe Gog poseía un gran ejército, y contaba con tropas aliadas procedentes del país de Gomer (Ez 38,2-9).

En definitiva, el vocablo "Gomer" denota una mujer prostituta que no es de origen semita; es decir, que pertenece a una raza distinta a los israelitas, y cuyo nombre se relaciona con los adversarios de Israel.

Imaginemos la escena, Oseas, un hombre con aspiraciones de profeta, se dirige a un barrio de prostitución y contrae matrimonio con una mujer, cuyo nombre, "Gomer", no es precisamente muy halagador. ¡Ciertamente, los planes de Dios divergen de la expectativa humana! (cf. Is 55,8).

Los esposos engendran un primer hijo al que por orden de Dios llaman "Jezael". El porqué de ese nombre aparece en el mismo texto: "... porque dentro de poco tomaré cuenta a la familia de Jehú por la sangre derramada en Jezael" (Os 1,4). El apelativo "Jezael" se relaciona con un lugar donde se derramó sangre pero, ¿qué sucedió en Jezael?

El término "Jezael" identifica un valle situado al oeste del Jordán entre las montañas de Galilea y Samaría. La ciudad

que da nombre al valle se llama también Jezael. El Antiguo Testamento sitúa en la llanura de Jezael batallas memorables (Jue 6,33; 1 Mac 12,49), pero el libro de Oseas asocia la ciudad de Jezael a los crueles sucesos narrados en 2 Re 9-10. Observémoslo.

La corrupción del rey Ajab (885-874 a.C.) y la idolatría de su esposa Jezabel sumieron a Israel en el caos. Muerto Ajab, reinó durante dos años su hijo Ocozías que siguió la conducta de su padre y murió sin hijos (853-852 a.C.) (1Re 22,52-54). Le sucedió en el trono su hermano Jorán (852-841 a.C.). Un general de Jorán llamado Jehú tramó una conspiración contra el rey (2 Re 9,14), que la Biblia presenta como voluntad divina (2 Re 9,1-13). Jehú se encaminó a Jezael donde asesinó a Jorán por la espalda (2 Re 9,24), hizo matar a Ocozías rey de Judá (2 Re 9,27-29) que había subido a Jezael para auxiliar a Jorán en la guerra contra Damasco, y eliminó violentamente a Jezabel, viuda del rey Ajab (2 Re 9,30-37).

Jehú no se contentó con estos crímenes. El rey Ajab tenía setenta hijos en Samaría. Jehú los hizo decapitar y ordenó que le enviaran las cabezas. Tomó las cabezas y mandó apilarlas en dos montones junto a la puerta de la ciudad de Jezael. Después mató al resto de la familia de Ajab (2 Re 10,1-11). Casualmente se cruzó en el camino hacia Samaría con los hermanos del rey Ocozías de Judá a los que hizo morir junto a la cisterna de Betequel y, llegado a Samaría, exterminó a todos los que aun quedaban de la familia de Ajab (2 Re 10,12-14.17).

Los crímenes y el ensañamiento de Jehú al colocar las cabezas de los hijos de Ajab apiladas a la entrada de la ciudad, hacían que el nombre de Jezael fuera despectivo. Buscando un equivalente actual y salvando las distancias, podríamos decir que el nombre "Jezael" debería asimilarse a algo así como "Auswitzch" o "Treblinca", lugares que fueron campos de exterminio para los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. También el crimen de Jehú fue una tentativa de aniquilar una estirpe completa, aunque no alcanzara las proporciones del exterminio del pueblo hebreo durante el holocausto.

Oseas y Gomer tienen después una hija que recibe el nombre de No-compadecida (Os 1,6). El nombre de esta hija

es extraño y difícil de traducir desde el original hebreo. Literalmente significa "tu no eres de mis entrañas"; y, en un lenguaje más popular, implica decir a alguien: "a ti no te quiero". Cuando Gomer destetó a No-Compadecida, concibió otra vez y dio a luz un hijo que recibió el nombre de No-mi-pueblo. De nuevo aparece un nombre extraño y de interpretación compleja, que en un lenguaje sencillo podríamos entender cómo "tu no eres de los míos".

La familia de Oseas no puede ser más insólita. La esposa es una prostituta, cuyo nombre, Gomer, es despectivo, y los hijos llevan nombres hirientes: Jezrael, "a ti no te quiero" y "tú no eres de los míos". Las peripecias de la familia alcanzarán todavía cotas más extravagantes.

Gomer conocía el destino final de las prostitutas que implicaba vivir en el abandono durante la vejez, la muerte a causa del hambre o, en el peor de los casos la lapidación. Por eso debería estar agradecida a Oseas que la tomó por esposa y la liberó de la opresión, sin embargo la vida de Gomer toma un rumbo distinto. Gomer se cansa de Oseas y le abandona para regresar a la prostitución: *"Iré tras mis amantes, los que me dan el pan y el agua, la lana y el lino, el aceite y el licor"* (Os 2,7).

Gomer abandona el hogar para volver a la esclavitud de la prostitución, mientras Oseas permanece en casa con los hijos. La experiencia interior de Oseas debió ser durísima y las burlas de los vecinos humillantes.

Los años no pasan en balde para nadie. Gomer se hace mayor y comienza a perder cualidades para captar clientes en la prostitución. La amenaza de morir de hambre o apedreada va ganando terreno con el paso del tiempo. Gomer teme por su futuro y concibe la idea desesperada de volver al hogar para encontrarse de nuevo con Oseas: *"Voy a volver a mi primer marido, pues entonces me iba mejor que ahora"* (Os 2,9).

Observemos un detalle básico: Gomer no regresa al hogar a causa de su amor por Oseas, ni por el deseo de reencontrarse con sus hijos. Gomer retorna por algo mucho más triste, vuelve porque no tiene dónde caerse muerta. La imagen evoca la reflexión del hijo pródigo que, muriéndose de hambre, decide volver a casa de su padre: *"¡Cuántos jornaleros de mi padre*

tienen pan de sobra, mientras que yo aquí me muero de hambre!. Volveré a casa de mi padre..." (Lc 15,17-18).

Cuando Oseas sabe del regreso de su esposa estalla en su interior el rencor (Os 2,8) y el deseo de venganza (Os 2,15); pero, con mucha más fuerza que el rencor y la venganza, brota de las entrañas de Oseas el amor y la ternura (Os 2,16-19).

Visualicemos el reencuentro de los esposos (Os 2,18). Gomer y Oseas se encuentran al cabo de mucho tiempo. Oseas ha permanecido en el hogar cuidando de los hijos, mientras Gomer le ha abandonado para ejercer la prostitución, y ahora vuelve por necesidad de supervivencia. Gomer llama a la puerta y Oseas le abre. Ambos esposos se ven cara a cara. La rabia late en el corazón de Oseas, y el deseo desesperado de hallar acogida palpita en las entrañas de Gomer.

Las mujeres de la época se dirigían a sus maridos llamándoles "amo mío", en el sentido de "dueño mío". Gomer diría a Oseas "amo mío" acógeme, esperando, quizá, inspirar lástima en el esposo para que la recibiera.

La reacción de Oseas es sorprendente. Al encontrarse con Gomer no le censura su pasado, sino que le dice: *"... me llamarás "esposo mío" y no me llamarás "amo mío"* (Os 2,18). No censura a Gomer su pasado y la recibe con ternura inusitada: Oseas no será el "amo" de Gomer sino su "esposo". Oseas perdona a Gomer y dignifica su condición femenina: Oseas ya no será el "amo" sino el "esposo". [Algunas traducciones en lugar de decir "amo mío" o "dueño mío", mantienen literalmente el término hebreo y escriben "baal mío"].

Los esposos cohabitan de nuevo mientras el amor y la ternura borran los resquicios de antiguas discordias. La reconstrucción del hogar aparece en los nuevos nombres que reciben los hijos. La hija llamada No-compadecida, que denominábamos en lenguaje popular "a ti no te quiero", recibe el nombre de Compadecida, que podríamos entender cómo "especialmente querida" (Os 2,3.25). El hijo llamado No-mi-pueblo que conocíamos como "tu no eres de los míos", se denomina ahora "Hijo-del-Dios-vivo" (Os 2,1) o "Mi-pueblo" (Os 2,3.25), que podemos entender coloquialmente como "especialmente mío".

El primer hijo, Jezrael, mantiene su nombre pero varía su significado. En Os, 1-3 el término "Jezrael" aparece tres veces. La primera evoca la saña y la crueldad de Jehú que ya hemos comentado (Os 1,4). En un segundo momento adquiere sentido positivo: *"Los hijos de Judá y los de Israel se reunirán bajo un solo caudillo y crecerán hasta desbordar la tierra, porque será grande el día de Jezrael"* (Os 2,2). La tercera ocasión refleja los dones que dará el Señor a Israel en Jezrael: *"Aquel día [...] yo daré órdenes a los cielos, y ellos enviarán la lluvia sobre la tierra; la tierra dará trigo, mosto y aceite, que serán para Jezrael"* (Os 2,23-24).

El término "Jezrael" indica geográficamente un valle fértil de Palestina; pero, etimológicamente significa también "Dios siembra" o, más poéticamente, "semilla de Dios". El primer significado del término "Jezrael" (Os 1,4) evoca el sadismo del crimen de Jehú. Sin embargo, los dos últimos significados (Os 2,2,23) aluden a la "semilla de Dios", es decir a la esperanza y a la confianza en el futuro.

El perdón de Oseas a Gomer rehace la familia con los lazos de la ternura. Gomer deja de ser prostituta o sierva del marido para convertirse en esposa, el primogénito de nombre lacerante deviene "semilla de Dios", la hija No-Compadecida aparece como "especialmente querida", y el hijo menor, No-mi-pueblo, se transforma en "especialmente mio".

b) El significado del matrimonio de Oseas y Gomer

La narración de los avatares del matrimonio constituye la metáfora que explica la relación de Dios con Israel. Detengámonos en la trascendencia de la metáfora: Oseas representa al Señor y Gomer a Israel.

El Señor eligió a Israel e hizo una alianza con él en el Sinaí (Éx 19-24). De forma similar, Oseas eligió a Gomer y estableció con ella la alianza matrimonial (Os 1,3). Dios podría haber elegido a un pueblo importante como Egipto o Asiria, en cambio eligió a un pueblo pequeño condenado a la esclavitud y al exterminio por el faraón (Éx 1-15). También Oseas podría haberse casado con una mujer importante, pero se desposó con una mujer marginal y sometida a la esclavitud de la prostitución (Os 1,3).

El Señor liberó a Israel de la esclavitud para que la vida del pueblo expresara ante las naciones la gloria de Dios (cf. Is 43,1-7). De manera análoga Oseas liberó a Gomer de la prostitución para fundar con ella una familia (Os 1-3) en la que brotara la vida, el amor y la ternura.

El pueblo israelita debería estar agradecido al Señor porque le eligió entre otras naciones más fuertes y poderosas; estableció con él una alianza y le regaló la tierra prometida. Igualmente Gomer podría estar agradecida a Oseas porque la sacó de la prostitución, se casó con ella y la introdujo en su casa. Sin embargo el comportamiento de Israel, igual que el de Gomer, está plagado de traiciones y engaños.

Los nombres de los hijos que Gomer concibe simbolizan la ingratitud de Israel con Dios. La Biblia narra los frutos amargos con que Israel pagó la liberación que el Señor le había otorgado: infidelidades (Jue 6,1-10), pecados (1 Sm 15,1-35), crímenes (2 Sm 11,1-27), e intrigas (1 Re 1,1-53). Demasiadas veces Israel dirá al Señor "tú no eres de los míos" o "a ti no te quiero"; y, lo que es peor, teñirá la historia de sangre tal como hiciera Jehú enloquecido de soberbia.

Israel ahondó la senda de su pecado y cayó en la idolatría. Abandonó al Dios de la vida para entregarse a los ídolos de muerte (2 Re 21,1-17). Gomer, similarmente, huyó de Oseas para malgastar su vida en la cruz de la prostitución. La idolatría llevó consigo la destrucción de Israel (2 Re 17,5-23), mientras Judá experimentó el amargo trago del exilio en Babilonia (2 Re 24,1-25,26). Gomer, como Israel y Judá, sintió igualmente el desconsuelo del hambre y el desamparo.

Pero la capacidad de perdón y ternura que anida en las entrañas de Dios es más fuerte que la traición de Israel, simbolizada en la fuga de Gomer. Cuando Gomer regresa al hogar por necesidad, Oseas no le inflige ningún castigo sino que le otorga la gracia del perdón, y la acoge con la ternura del esposo. El amor y el perdón que Oseas confiere a Gomer rehace la vida matrimonial, simbolizada en los nuevos nombres de los hijos "especialmente querida" y "especialmente mio", y en la transformación del apelativo Jezrael que pasa a significar "semilla de Dios".

5. Síntesis y aplicación a nuestra vida

Detengámonos un instante para observar el perdón de Oseas a Gomer, metáfora del perdón que el Señor ofrece a Israel. El perdón divino responde a una lógica distinta a la que rige el perdón humano.

Cuando alguien ha cometido una falta o nos ha agraviado, habitualmente, tendemos a pensar o decir: "lo que has hecho está mal, te perdono; pero eso que has hecho no lo vuelvas a hacer, porque como lo repitas te aplasto". El perdón humano siempre incluye un "pero", es decir, desea vigilar lo que el prójimo hará con el perdón que le hemos concedido. En cambio el perdón divino no lleva cuentas del mal, Dios renuncia a controlar lo que haremos con el perdón que nos ha regalado.

El Señor perdona siempre. Pedro preguntó a Jesús: *"Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano cuando me ofende? ¿Siete veces? Jesús le respondió: No te digo siete veces, sino setenta veces siete"* (Mt 18,21-22). El número setenta es sinónimo de "siempre". Pero el evangelio muestra su mayor radicalidad al exigir el perdón para los enemigos: *"Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen"* (Mt 5,44).

Todavía aparece una segunda característica oculta en el perdón humano. Cuando ofendemos a alguien solemos razonar de la siguiente manera: "he denigrado a mi hermano, me siento culpable, intentaré convertirme portándome bien a ver si consigo ganarme su favor y me perdona". La lógica humana sigue este camino: primero es el pecado, después el esfuerzo por convertirnos y, finalmente, la obtención del perdón.

La lógica del perdón divino discurre de otra manera. Gomer peca, al regresar a casa Oseas la perdona, y con el perdón que le ha concedido se convierte en esposa, y ambos rehacen la vida conyugal. Desde la perspectiva de Dios, primero está el perdón, mediante el perdón que recibimos alcanzamos la conversión, y una vez convertidos podemos plantar en nuestra tierra la semilla del reino de Dios.

El Nuevo Testamento ilustra el perdón de Dios en el episodio de Zaqueo (Lc 19,1-9). Zaqueo, como el resto de publi-

canos, habría hecho fortuna exigiendo más impuestos de lo debido; es, por tanto un pecador público. Sin embargo Jesús le mira y se aloja en su casa. La mirada de Jesús transmite, metafóricamente, el perdón y, Zaqueo, una vez perdonado, deviene capaz de obrar el bien con una generosidad extraordinaria. Sólo el perdón es capaz de rehacer la vida personal y social.

La sociedad en que vivimos, en muchos aspectos, está hambrienta de ternura y misericordia; y, por eso, brota la injusticia, la competitividad y la soberbia. Más que nunca se nos pide a los cristianos que seamos testigos de la ternura y el perdón de Dios en la época en que triunfa el amor virtual y efímero. Sólo la vida cristiana que transparente las entrañas misericordiosas de Dios, podrá plantar en nuestra mundo la auténtica justicia, la que tiene como opción preferencial a los pobres de la tierra.

“La llevaré al desierto y le hablaré al corazón”

Ambientación

Comenzaremos invocando al Espíritu Santo que nos ayudará a comprender lo que Dios quiere decirnos a través del profeta Oseas: Dios ama incondicionalmente a su pueblo. Podemos recitar juntos el salmo 139 (138): “Tú me examinas y me conoces”.

Antes de empezar buscamos **Os 2,4-25**.

Miramos nuestra vida

Los encuentros entre las personas producen en nosotros ternura y esperanza pero, tras los encuentros, nos topamos muchas veces con los desencuentros, con las dificultades, con la incomunicación. Las relaciones interpersonales no son siempre fáciles. En la convivencia surgen malentendidos, incomprensiones, juicios... Todo ello genera roces y enquistamientos difíciles de superar que, en algunos casos, terminan en ruptura. Ante la indelicadeza o la ofensa de los que nos rodean, no siempre surge en nosotros el sentimiento de perdón; algunas veces se despiertan reacciones de venganza.

– Cuenta alguna situación en la que hayas pasado por un momento de relación difícil en la vida. ¿Has tenido la experiencia de dar o de recibir el perdón? ¿Cómo te has sentido?

Escuchamos la palabra de Dios

Oseas nos habla de las relaciones de Dios con los hombres y mujeres utilizando la imagen bíblica de las bodas. Su vida familiar es utilizada como acción simbólica. Comienza

el pasaje con un alegato contra Israel, esposa infiel, y termina con la seducción de Dios a su pueblo, presentada a través del profeta, que perdona a su mujer y restaura de nuevo una historia de amor.

• Antes de escuchar la Palabra invocamos la presencia del Espíritu Santo.

• Un miembro del grupo lee en voz alta Os 2,4-25.

• Después de releer el pasaje y consultar las notas de la Biblia respondemos juntos a estas preguntas:

- *¿Qué pretende el profeta al presentar esa situación familiar? ¿A quiénes simbolizan en este pasaje Oseas y Gomer?*

- *El poema puede dividirse fácilmente en dos partes ¿qué título le darías a cada una?*

- *¿Qué razones tiene Gomer para volver a la casa de su marido? ¿Y Oseas para acoger a su mujer?*

- *¿Qué imagen de Dios presenta el profeta en esta metáfora?*

- *¿Qué simbolizan los nombres dados a los hijos del matrimonio? Compáralos con los que se les impone en Os 1,6-8.*

Volvemos sobre nuestra vida

El pasaje que acabamos de leer nos desconcierta. La relación de Dios-profeta con el pueblo de Israel-Gomer va más allá de toda lógica humana, no conoce límites. Llenos de ese Dios que nos restaura podremos, como Oseas, entregar el perdón o recibirlo como ocurrió con la esposa infiel.

- *El amor incondicional de Dios, que nos presenta Oseas en este pasaje, ¿tiene "garra" para ayudarte a empezar de nuevo?*

- *¿Te compromete a dar otra oportunidad a aquellos que te han herido en el camino de la vida?*

Oramos

Recogemos en forma de oración lo que el pasaje, que acabamos de leer, nos haya sugerido. Para ambientar este

momento de la oración podemos poner encima de la mesa dos alianzas matrimoniales y un libro de familia.

• Volvemos a releer el pasaje de Os 2,4-25.

• A continuación podemos participar en el grupo acogiendo el perdón que Dios nos otorga siempre e incondicionalmente. Expresamos aquello por lo que queremos ser perdonados y nos comprometemos, si lo vemos oportuno, a otorgar el perdón a aquellos que han dejado cicatrices en nuestra vida. Después de cada intervención diremos juntos: "Gracias Señor por habernos seducido, por habernos hablado al corazón"

• Acabamos recordando juntos la misericordia de Dios. Lo hacemos recitando el salmo 51 (50): "Ten piedad de mí, oh Dios".

NOTAS

II
¿DE QUÉ MODO PERMANECE JUNTO A
NOSOTROS EL DIOS DE LA VIDA?

ISAÍAS

Nuestra vida reposa en las buenas manos de Dios



El Antiguo Testamento se fundamenta en la certeza de la intervención de Dios en la historia y en el corazón de cada persona para plantar la semilla de la liberación. La profecía de Amós muestra la exigencia divina de justicia, y la metáfora del matrimonio de Oseas y Gomer transparenta el perdón y la ternura del Señor.

Nos preguntaremos ahora ¿cómo actúa Dios en nuestra vida para que podamos proclamar su misericordia y exigir su justicia? Lo haremos escuchando la voz de Isaías y de Jeremías. El profeta Isaías dirá que Dios guarda nuestra vida en sus buenas manos, y Jeremías narrará cómo el Señor nos protege especialmente en tiempos difíciles.

1. Situación política y social en la época de Isaías

La actividad de Isaías aconteció en la segunda mitad del siglo VIII (740-701 a.C.), en tiempos de Ozías, Jotán, Ajaz y

Ezequías reyes de Judá (Is 1,1). Según la opinión de los estudiosos pertenecía a la nobleza de Jerusalén y, ciertamente, tenía fácil acceso al templo del Señor y al palacio real, pues en el mismo templo recibió la llamada de Dios (Is 6,1-13) y a menudo se entrevistaba con el rey (Is 38,1-8). Contrajo matrimonio y tuvo dos hijos a quienes puso nombres simbólicos: Sear Yasub que significa "un resto volverá" (Is 7,3), y Maher-Salal-Jas-Baz "pronto el saqueo, presto el botín" (Is 8,3).

Isaías rechazó el culto que encubre la injusticia (Is 1,10-20), desenmascaró la anarquía en Jerusalén (Is 3,1-12), denunció el abuso de los dirigentes (Is 3,13-15), recordó el amor de Dios (Is 5,1-7), y exigió la paz nacida de la justicia (Is 32,15-20). Sin embargo, la actividad del profeta quedó marcada por su militancia política y la plena confianza en Dios en dos momentos críticos: la guerra siro-efraimita y la invasión de Judá por el rey asirio Senaquerib (701 a.C.). Veamos ambos acontecimientos.

a) La guerra siro-efraimita

Los pequeños estados de Oriente Medio (Judá, Israel, Siria, etc.) pagaban tributo al emperador asirio para conservar su frágil independencia. Los pequeños estados decidieron rebelarse contra Asiria y formaron una coalición, en la que el monarca judaíta, Ajaz (735-727 a.C.), se negó a participar. Entonces los reyes de Israel, Pecaj (736-730 a.C.), y de Siria, Rasín (740-732 a.C.), atacaron al rey de Judá para obligarle a integrarse en la alianza contra Asiria. Ésta guerra emprendida por Siria e Israel contra Judá se denomina guerra siro-efraimita.

El rey de Judá, aterrorizado ante la embestida de los dos reyes vecinos, pidió ayuda al emperador asirio Tiglat-Pileser III (745-727 a.C.). El rey asirio protegió a Ajaz de los ataques de Siria e Israel. Conquistó Siria y ejecutó a Rasín, su rey, en el año 732 a.C. También atacó a Israel anexionándose la mejor parte del territorio, impuso a Pecaj un tributo insoportable, y deportó un contingente de población hacia su imperio (2 Re 15,29). Los sucesores de Tiglat-Pileser III, Salmanasar V (727-722 a.C.) y su hijo Sargón II (722-705 a.C.) siguieron hostigando a Israel hasta que la capital, Samaría, fue conquistada y el reino anexionado al imperio asirio (722 a.C.) (2 Re 17,5-6).

El auxilio asirio salvó a Judá del desastre, pero la ayuda no fue en modo alguno gratuita (2 Re 16,8.18). El emperador asirio sometió a Ajaz al pago de un tributo tan fuerte que a la larga propició la destrucción del pequeño reino.

b) La invasión de Judá por Senaquerib

El rey Ezequías (727-699 a.C.) sucedió a Ajaz en el trono de Judá. Ezequías se rebeló contra el rey de Asiria dejando de serle vasallo (2 Re 18,7). En represalia, Senaquerib (705-681 a.C.), rey de Asiria, atacó y conquistó todas las ciudades fortificadas de Judá (2 Re 18,13). Ezequías para evitar el desastre envió un mensaje al monarca asirio: *"He obrado mal, aléjate y aceptaré lo que me impongas"* (2 Re 18,14a). Senaquerib exigió al rey de Judá diez mil kilos de plata y mil de oro, y Ezequías entregó toda la plata que había en el templo del Señor y en el palacio real (2 Re 18,14b-16). Sin embargo los asirios no se contentaron con las riquezas obtenidas.

El jefe de la casa real asiria y el copero mayor acompañados de un fuerte ejército asediaron Jerusalén y exigieron en nombre de Senaquerib la rendición de la ciudad diciendo al pueblo: *"No os dejéis engañar por Ezequías, porque no podrá libraros de mi poder. Que tampoco os haga confiar en el Señor aunque os diga: El Señor nos librará, y no entregará esta ciudad en manos del rey de Asiria [...] Ezequías os engaña cuando os dice: El Señor nos librará"* (2 Re 18,17-37).

Ezequías, atenazado por el pánico, dudaba entre rendirse ante Senaquerib o resistirle militarmente. El rey consultó a Isaías, el cual en nombre de Dios, le dio esta respuesta: *"No te asusten las palabras que has oído, los insultos que los esbirros del rey de Asiria han proferido contra mí. Voy a hacer que (el rey de Asiria), al oír cierta noticia, se vuelva a su tierra"* (2 Re 19,6-7).

El rey Ezequías creyó en la palabra de Dios transmitida por Isaías y no entregó Jerusalén. La palabra de Dios, según cuenta la Biblia, se cumplió rápidamente: *"Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campamento, se fue a Nínive y se quedó allí"* (2 Re 19,36). Los historiadores atribuyen la retirada de Senaquerib a la peste que diezmó su ejército, o a un intento de golpe de estado en Nínive, pero lo importante para la Biblia es que Ezequías confió en el Señor y eso salvó Jerusalén.

La guerra siro-efraimita y la invasión de Senaquerib enmarcan la misión de Isaías. Notemos que la actividad del profeta no se limitó a la denuncia verbal contra la opresión, sino que, confiando plenamente en Dios, comprometió políticamente la vida para salvar a su pueblo en momentos de auténtica adversidad.

2. Lectura del texto Is 7,1-9.14

¹ Reinando en Judá Ajaz, hijo de Jotán, hijo de Ozías, subieron a atacar Jerusalén el rey de Siria, Rasín, y el rey de Israel, Pecaj, hijo de Romelías. ² Comunicaron al heredero de David (a Ajaz): «Los sirios acampan en Efraín». Temblaron el rey y su pueblo, como tiemblan los árboles del bosque sacudidos por el viento. ² El Señor dijo a Isaías:

“Sal con tu hijo Sear Yasub al encuentro de Ajaz. Cuando te encuentres con él al final del canal de la piscina de arriba, junto al camino del campo del batanero, ⁴ dile: Pon atención, pero estate tranquilo. No tengas miedo, ni te acobardes ante estos dos tizones humeantes (ante la ira ardiente de Rasín, el sirio, y del hijo de Romelías). ⁵ Ciertamente que Siria y Efraín (Israel) con el hijo de Romelías al frente (Pecaj rey de Israel), han tramado tu ruina diciendo: ⁶ «Subamos contra Judá, se asustará de nosotros, la conquistaremos y pondremos por rey al hijo de Tabej».

⁷ Pero esto dice el Señor Dios:

Eso no pasará, no se llevará a cabo:

^{8a} la capital de Siria es Damasco

y a la cabeza de Damasco está Rasín;

^{9a} la capital de Efraín (Israel) es Samaria

y a la cabeza de Samaria

está el hijo de Romelías.

^{8b} Dentro de sesenta y cinco años,

Efraín será aniquilado,

y dejará de ser pueblo.

^{9b} Si no creéis no subsistiréis.

El Señor os dará una señal: Mirad, la joven está encinta y da a luz un hijo, a quien pone el nombre de Enmanuel.

3. Situación de Is 7,1-9.14 en el conjunto del libro de Isaías

El libro de Isaías es el más extenso de los libros proféticos, pero presenta una paradoja: por una parte la obra en su conjunto muestra un sentido coherente como todo libro; pero, por otra parte, al analizarla con más detalle, los investigadores percibieron tres secciones distintas Is 1-39; 40-55; 56-66.

Los estudiosos que apreciaron esas tres secciones fueron J.C. Döderlein y B. Duhm. Döderlein en 1788 descubrió que Is 1-39 contenía una temática diversa a Is 40-55 y, más tarde, en 1892 Duhm notó una gran divergencia de contenido entre Is 40-55 e Is 56-66. A partir de entonces cada sección de Isaías recibió un nombre excesivamente técnico: Is 1-39 Primer Isaías; Is 40-55 Segundo Isaías e Is 56-66 Tercer Isaías.

El Primer Isaías relata, especialmente, la actividad del profeta Isaías en la ciudad de Jerusalén entre los años 740-701 a.C.

Comienza situando la misión del profeta: Isaías predicó en Judá y su capital Jerusalén (Is 1,1). Después expone la predicación dirigida a los habitantes de Judá e Israel (Is 1,2-6,13). A continuación figura un apartado especialmente hermoso llamado “el Libro del Enmanuel” (Is 7,1-12,6), que describe cómo al final de los tiempos triunfará el proyecto de Dios y será derrotada la injusticia imperante.

Seguidamente emergen los “Oráculos contra las Naciones” (Is 13,1-23,18). El profeta percibe que la injusticia no se da sólo en Judá, sino que acontece en todo Oriente, por eso censura con dureza la corrupción dondequiera que ocurra: Babilonia, Asiria, Filistea, Moab, Damasco, Etiopía, Egipto, Duma, Arabia, Tiro y Sidón.

A continuación figura el “Apocalipsis Mayor” (Is 24-27) que relata el triunfo de la verdad y la derrota de la injusticia. Después brota nuevamente un conjunto de “Oráculos contra Judá” (Is 28-33) donde el profeta fustiga la estulticia de los dirigentes. Acto seguido figura de nuevo un texto apocalíptico, “el Apocalipsis Menor” (Is 34-35), que resalta el fracaso

del país de Edom, enemigo de Judá, y la victoria de Jerusalén. Finalmente un "Apéndice histórico" (Is 36-39), describe los avatares de la invasión de Senaquerib y los consejos de Isaías al rey Ezequías.

El fragmento Is 7,1-9, objeto de nuestro estudio, se sitúa en el Primer Isaías (Is 1-39) y, concretamente, encabeza el "Libro del Enmanuel" (Is 7-12). El episodio narrado en Is 7,1-9 se desarrolla durante la guerra siro-efraimita y, específicamente, cuando los reyes de Siria e Israel acosan a Ajaz, rey de Judá. Isaías trasmite a Ajaz el consejo divino: "Si no creéis, no subsistiréis" (Is 7,9). El profeta insta al rey a depositar su confianza en las manos de Dios y a no dejarse intimidar ni por las amenazas de Rasín y Pecaj, ni por la tentación de solicitar la falsa ayuda de Asiria. Jerusalén con sus murallas y la fuerza de Dios podrá resistir la embestida del enemigo. ¿Qué hará el rey de Judá?

4. Elementos del texto

a) Los detalles topográficos

Los reyes de Siria e Israel acampan en la región de Efraín, en la misma frontera de Judá. El trance de Jerusalén no puede ser más dramático. El Señor dirige la palabra al rey Ajaz a través de Isaías. El profeta y el rey se topan en el camino, lo que implica una situación tan desesperada que Ajaz sale al encuentro de Isaías mientras el profeta corre a la cita con el rey.

La localización del encuentro es muy precisa: "Al final del canal de la piscina de arriba, junto al camino del campo del batanero" (Is 7,3). El lugar de la entrevista no es el palacio sino un cruce de caminos. La escena trasluce la topografía de Jerusalén; pero, sobre todo, denota cómo en los momentos cruciales de la vida sobra lo accesorio: palacio, secretario, murallas, corte, etc.

b) La palabra de Dios es clara

Isaías, que en todo momento habla en nombre de Dios, no oculta al rey el apuro de la situación: "Cierto que Siria y

Efraín (Israel)... han tramado tu ruina diciendo: "Subamos contra Judá, se asustará de nosotros, la conquistaremos y pondremos por rey al hijo de Tabel" (Is 7,5-6). El rey Ajaz oye descarnadamente que el enemigo quiere destronarlo. La ascensión al trono del hijo de Tabel tendría dos consecuencias graves: una política y otra religiosa.

* Consecuencias políticas

El hijo de Tabel aceptaría aliarse con Siria e Israel para combatir contra Asiria. La guerra contra los asirios estaba perdida de antemano, pues tres países pequeños (Judá, Israel y Siria) carecían de fuerza para vencer a la potencia más poderosa del momento. Al perder la guerra, el reino de Judá quedaría convertido en una región sometida al imperio asirio.

* Consecuencias religiosas

Los reyes de Judá no sólo administraban civilmente la nación, sino que también dirigían el aspecto religioso. El rey de Judá era un monarca ungido: un profeta o un sacerdote derramaba sobre la cabeza del rey aceite consagrado que le convertía en mediador entre Dios y los hombres; de ese modo el profeta Samuel ungió a David (1 Sm 16,13). Cuando David subió al trono, el Señor, por mediación del profeta Natán, le auguró que su dinastía se mantendría para siempre: "El Señor te anuncia que te dará una dinastía [...] mantendré después de ti el linaje salido de tus entrañas [...] Tu dinastía y tu reino subsistirán para siempre ante mí, y tu trono se afirmará para siempre" (2 Sm 7,11-16).

La entronización del hijo del Tabel acarrearía el desastre político, pues el reino de Judá sería destruido por Asiria. Pero, además, acabaría con la dinastía de David, ya que Tabel no descendía de la familia de David. El ocaso de la dinastía davidica implicaba el fin de la relación privilegiada entre Dios y su pueblo anunciada por el profeta Natán (2 Sm 7,11-16).

A pesar de intimidaciones y peligros, la Biblia no cesa de reiterar un principio básico: la firmeza de la promesa divina es más fuerte que cualquier amenaza humana. Isaías expone crudamente al rey las dificultades del momento, pero también le recuerda que el Señor siempre cumple sus promesas y no le abandonará (Is 7,7-9).

c) La palabra de Dios conforta

Isaías, por orden de Dios, sale al encuentro de Ajaz acompañado por su hijo Sear Yasub. La presencia del hijo durante la entrevista entre el profeta y el rey permite atisbar un resquicio de esperanza. Como decíamos más arriba, el nombre hebreo "Sear Yasub" significa "un resto volverá". La presencia del hijo y el significado de su nombre indican que no todo está perdido, aun queda un resto, todavía permanece la esperanza para sacar a Jerusalén del pozo de la angustia.

La Biblia insiste siempre en la lealtad del Dios liberador en los momentos difíciles. La Sagrada Escritura y la vida cotidiana están repletas de destellos de la presencia de Dios. Sear Yasub no pronuncia palabra alguna durante el encuentro entre Isaías y Ajaz, pero el significado de su nombre presagia el auxilio divino. Por eso, al leer la Biblia y al contemplar nuestra vida debemos hacerlo con los ojos del corazón, sólo así descubriremos en los entresijos del texto y en los recovecos de la existencia la presencia gratuita de Dios. Contemplar la vida con los ojos del corazón significa comprenderla desde la fe, y recorrerla intensamente con la humildad y la plegaria.

Isaías, en nombre de Dios, conforta al rey diciéndole: *"Pon atención, pero estáte tranquilo. No tengas miedo ni te acobardes ..."* (Is 7,4). El Señor no oculta al rey la gravedad de los problemas; pero, a la vez, le conforta con su presencia. Profundicemos en cada término.

* *"Estáte tranquilo"*

La tranquilidad que ofrece la Biblia nace de la confianza en Dios y de la conciencia limpia. Durante el reinado de Ezequías, el monarca asirio Senaquerib invadió Judá (704-701 a.C.). Ezequías quiso buscar ayuda pactando con Egipto, pero entonces le dijo el Señor por medio de Isaías: *"Si os convertís y tenéis calma os salvaréis; en la tranquilidad y en la confianza está vuestra fuerza"* (Is 30,15); y aún añade: *"El fruto de la justicia será la paz, la justicia traerá calma y seguridad perpetua"* (Is 32,17).

La tranquilidad propuesta por la Biblia no consiste en dar la espalda a las contrariedades, sino en la certeza de vencerlas cuando las encaramos con los criterios de Dios,

pues el Señor no permanece tranquilo hasta lograr la liberación de sus fieles (Is 62,1). Cuando Isaías pide a Ajaz tranquilidad no le sugiere que permanezca impasible, el profeta exige al rey que afronte los problemas desde la perspectiva divina.

La tranquilidad social brota cuando existe un ámbito de justicia para todos, y la tranquilidad personal acontece cuando nos hallamos en armonía con nosotros mismos. La paz no consiste en la ausencia de guerra, sólo hay auténtica paz cuando existe verdadera justicia. La paz interior nace de la armonía profunda de la persona, y del arte de saber curar los golpes y rencores que el decurso de la vida imprime en el alma.

Isaías reconoce el aprieto en que se encuentra Ajaz, pero conmina al rey a afrontarlo con los criterios de Dios: la búsqueda de un orden social justo y el esfuerzo por lograr la armonía interior. Si los habitantes de Jerusalén sienten la ciudad como suya y no como el baluarte de la clase dirigente, lucharán por defenderla. Si el rey recupera la armonía interior, es decir, la certeza de saberse el ungido del Señor, encontrará fuerzas en sí mismo para vencer los obstáculos, sin necesidad de venderse a un rey extranjero.

Desde la perspectiva bíblica, "estar tranquilo" no conlleva instalarse en la comodidad, implica el esfuerzo por encontrar la paz nacida de la justicia y de la armonía personal.

* *"No tengas miedo ni te acobardes"*

En el lenguaje del Antiguo Testamento la realidad opuesta a la fe no es el ateísmo, sino el miedo. Actualmente nuestra forma de pensar concibe el miedo como un estado psicológico que padece quien se halla frente al peligro. Tenemos miedo de caernos, miedo a la oscuridad, etc. Para el mundo antiguo el miedo, además de eso, era la expresión externa de la falta de fe: quien tiene miedo no tiene fe, y quien tiene fe no tiene miedo. Para comprender la noción bíblica de miedo es necesario comprender la concepción del Universo en la mentalidad del Antiguo Testamento.

La tierra era plana y se sostenía sobre columnas que al temblar ocasionaban terremotos (Sal 75,4; Job 9,6). Los pilares de la tierra reposaban, a su vez, sobre el abismo de un

mar ubicado bajo la superficie terrestre (Sal 24,2). Bajo la tierra y entre las columnas que la sostenían había un habitáculo llamado "Sheol" (Gn 37,35), y un gran depósito de agua que alimentaba los mares, las fuentes, y los ríos (Prov 8,28).

Los extremos de la tierra veían erguirse altas montañas, las columnas del cielo (Job 26,11), que sustentaban una campana transparente, el firmamento (Gn 1,6-10). Sobre el firmamento había una gran masa de agua, "las aguas de encima del firmamento" (Gn 1,7), y a lo largo del mismo existían las "compuertas del cielo" (Is 24,18) que, al abrirse por orden de Dios (Mal 3,10), ocasionaban la lluvia. El firmamento sujetaba el sol, la luna, y las estrellas (Gn 1,14-18).

Si comparamos la visión del universo israelita con las representaciones descubiertas en Mesopotamia, apreciamos una gran semejanza, pero en el fondo palpita una diferencia crucial. Para un habitante de Mesopotamia el universo "vagaba al azar"; en cambio, para un israelita el mundo estaba sostenido en las buenas manos de Dios.

Cuando Isaías dice a Ajaz "no tengas miedo" no le transmite sólo una seguridad psicológica, sino que le está diciendo que vivir sin miedo consiste en sentirse seguro en las manos de Dios. El Señor sostiene el cosmos (Is 40,26) y guía la historia (Is 41,1-5) por eso no permitirá que perezca su pueblo.

El profeta remacha su palabra y añade: "...ni te acobar-des" (Is 7,4). Literalmente el texto hebreo dice: "No tengas miedo y que tu corazón no cambie de sitio". Nuestra mentalidad concibe el corazón como el órgano impulsor de la sangre, pero en la mentalidad bíblica es el centro de la persona y, sobre todo, el ámbito donde acontece la relación íntima entre la persona y Dios. ¿Qué significa cambiar el corazón de lugar?

El creyente deposita su corazón, es decir, el sentido de su vida, en las manos de Dios. En cambio el idólatra coloca el corazón bajo el influjo de los ídolos. Para los antiguos el sol, la luna y las estrellas eran los ídolos por excelencia. El sol con su esplendor representa el afán de poder. La luna que cambia de cara cada noche denota el ansia de aparentar, y la multitud de estrellas alude al afán de tener. La idolatría no consiste en adorar la materialidad de los astros, sino en diri-

gir la vida hacia lo que significan: la codicia del poder, el deseo de aparentar y la ambición de tener. El idólatra cambia el corazón de lugar, en vez de alojarlo en las manos de Dios lo orienta hacia el tener, el poder y la apariencia.

El rey Ajaz tiene miedo y siente la tentación de cambiar el corazón de lugar. Ajaz desconfía del Dios liberador y opina que sería mejor depositar la confianza en Asiria, o en el aparente poder de Rasín rey de Siria y Pecaj rey de Israel.

El texto define a Pecaj y Rasín como "dos tizones humean-tes" (Is 7,4). La profecía de Isaías no sólo denomina ídolos a los astros, sino también a los falsos dioses de madera incapaces de salvar (Is 44,17-20) que sólo sirven para convertirse en cenizas (Is 44,20). Rasín y Pecaj no son grandes ídolos como pueden ser el sol o la luna, tan sólo son pequeños ídolos, simples reyezuelos, pero si Ajaz les entrega el corazón, su reino también se convertirá en ceniza. ¡Cuántas veces alteramos la orientación de nuestra vida no para servir a grandes ídolos, sino para entregarla al vacío de pequeños dioses!

d) La palabra de Dios es exigente

Isaías confirma a Ajaz la lealtad de Dios, y certifica que la amenaza de los reyes de Siria e Israel no surtirá efecto contra Judá (Is 7,7-9a). El profeta reafirma la ayuda divina, pero también recalca la exigencia de Dios mediante una condición: "Si no creéis, no subsistiréis" (Is 7,9b). La frase constituye un juego de palabras, pues bajo los términos "creéis" y "subsistiréis" se esconde la palabra hebrea "amén", que significa "subsistir, ser estable, sostenerse". La locución equivale a decir: "Si vuestra vida no se sostiene en las manos de Dios, no se sostiene en nada".

La palabra "amén" (subsistir, ser estable, sostenerse) es muy importante en la historia de los reyes.

El profeta Natán dijo a David: "Tu dinastía y tu reino subsistirán para siempre ante mí, y tu trono se afirmará para siempre" (2 Sm 7,16). El término que traducimos por "subsistirán", figura en el texto hebreo con la palabra "amén". El Señor asegura a David que no permitirá la extinción de su linaje: "Si hace el mal, yo lo castigaré con varas y con golpes como hacen los hombres. Pero no le retiraré mi favor" (2 Sm 7,14-15). Notemos el detalle: el profeta Natán no impone ni

guna condición al rey para que su dinastía se mantenga para siempre; si los reyes obran el mal palparán las consecuencias de su pecado, pero Dios no aniquilará la estirpe de David.

Los profetas constataron con tristeza cómo los reyes abusaban de la confianza depositada por Dios en la dinastía de David. Los monarcas confiando en que su linaje nunca perecería se permitían todo tipo de arbitrariedades. De ese modo David hizo asesinar a su amigo Urías (2 Sm 11), Salomón fue infiel al Señor (1 Re 11,1-13), la insensatez de Roboam (931-914 a.C.) provocó una guerra civil (1 Re 12,16-33), Abías (914-912 a.C.) destacó por su mala conducta (1 Re 15,3), etc.

Ante tanto atropello, los profetas comenzaron a poner condiciones a los reyes. Los profetas vincularon la permanencia de la dinastía de David a la fidelidad de los monarcas a los preceptos divinos. Si el rey gobernaba el país con los criterios de Dios, es decir, con justicia, solidaridad y lealtad, la dinastía se mantendría. Pero si el soberano se decantaba por la idolatría, o sea, por el afán de tener, el ansia de aparentar y la codicia del poder, el reino se precipitaría al desastre.

Ajaz se halla acosado por los reyes de Siria e Israel. El rey de Judá siente miedo. No le basta la certeza de ser el ungido del Señor e intenta "cambiar el corazón de sitio" (Is 7,4) buscando una alianza con Asiria que le salve del ataque de Rasín de Siria y Pecaj de Israel.

El rey pretende salvar su trono y no tanto salvaguardar los intereses de su pueblo. Si Ajaz solicita ayuda asiria recibirá a cambio de un fuerte tributo que, en última instancia, saldrá del sudor del pueblo. En cambio si Ajaz actúa con equidad considerando Jerusalén no como su propiedad personal, sino como la heredad de todo el pueblo, todos los ciudadanos lucharán y la ciudad santa resistirá.

Cuando Isaías dice a Ajaz "*si no creéis, no subsistiréis*" (Is 7,9b) no incita al rey a depositar una confianza ingenua en Dios, sino una confianza que implica la vivencia de la justicia. Únicamente si los habitantes de Jerusalén sienten la ciudad como suya y no como bastión de la nobleza, y si perciben al rey como garante del derecho de todos y no sólo de los privilegios de la corte, lucharán para salvar la ciudad y la dinastía. ¿Cuál fue la decisión de Ajaz?

e) La conclusión de nuestra historia

El miedo de Ajaz fue más fuerte que su fe. El rey "cambió su corazón de lugar" en dos sentidos. Por una parte olvidó al Dios liberador y adoró ídolos de muerte: "... y hasta hizo pasar por el fuego a su hijo. Ofrecía sacrificios y quemaba incienso en los santuarios de los altozanos (santuarios idolátricos)" (2 Re 16,3-4). Por otra parte, salvó su trono a costa de pagar un enorme tributo a Asiria, lo que implicaba el empobrecimiento y la miseria del pueblo: "Ajaz tomó la plata y el oro que había en el templo del Señor y en el tesoro del palacio real, y lo envió como presente al rey de Asiria. Este atendió su petición, atacó Damasco y la conquistó" (2 Re 16,8-9).

La Sagrada Escritura juzga con dureza el comportamiento del rey Ajaz: "Su conducta no agradó al Señor; no fue como la de David, su antepasado ..." (2 Re 16,2). Pero, aun así, la fidelidad y la misericordia de Dios fueron más fuertes que la mezquindad del rey. Veámoslo.

Isaías dijo ante Ajaz: "Mirad, la joven está encinta y da a luz un hijo, a quien pone el nombre de Enmanuel [...] el Señor hará venir sobre ti, sobre tu pueblo y sobre tu dinastía, días como no los ha habido desde que Efraín (Israel) se separó de Judá" (Is 7,12-17). ¿Qué significan las palabras de Isaías en el contexto del Antiguo Testamento?

Desde la panorámica histórica, la joven encinta corresponde a la joven esposa de Ajaz que va a tener su primer hijo. El profeta Isaías, como hizo antes con sus propios hijos, anuncia un nombre simbólico para este varón, "Enmanuel", que significa "Dios-con-nosotros", y augura al futuro monarca un reinado feliz.

El primer hijo de Ajaz y, por tanto, sucesor suyo, fue Ezequías (2 Re 16,20; 18,1). El término "Ezequías" significa "Dios es mi fuerza" y especifica muy bien el talante del rey, pues se apoyó en la fuerza de Dios para dirigir el reino como atestigua la Escritura: "Vivió unido al Señor, sin apartarse de él, y guardó los mandamientos que el Señor había prescrito a Moisés. El Señor estuvo con él, y por eso triunfó en todas sus empresas" (2 Re 18,6-7). Notemos cómo las palabras "el Señor estuvo con él", cuadran con el significado del término "Enmanuel", Dios-con-nosotros, que Isaías anuncia para el hijo de Ajaz.

Efectivamente, Ezequías, seguro de que el Señor estaba con él, gobernó el país con los criterios de Dios “*y no hubo en Judá rey como él, ni entre sus sucesores ni entre sus predecesores*” (2 Re 18,5). Durante el reinado de Ezequías (727-698 a.C.), aunque las amenazas asirias continuaron, la prosperidad volvió a Judá. El monarca realizó la reforma religiosa que centralizó el culto en Jerusalén. Construyó un túnel, excavado en la roca, que conducía el agua desde la fuente de Guijón, situada fuera de la ciudad, hasta un estanque dentro de Jerusalén con el fin de que la ciudad, incluso en tiempo de asedio, no careciera de agua (2 Re 20,20).

La prueba de fuego para la fe de Ezequías aconteció cuando Senaquerib saqueó Judá y cercó Jerusalén (701 a.C.). Ezequías, siguiendo el consejo de Isaías y creyendo que el Señor estaba con él, no entregó la ciudad al invasor y, Senaquerib abandonó el asedio (2 Re 18,13-19,37; Is 36-37).

5. Síntesis y aplicación a nuestra vida

La predicación de Isaías transmite una certeza: nuestra vida no vaga al azar, sino que reposa en las buenas manos de Dios. El rey Ajaz desconfió de la ayuda divina y depositó la confianza en el poder de Asiria. La servidumbre requerida por Asiria, como la sumisión exigida por cualquier ídolo, ahogó a Judá bajo el peso de un tributo insostenible. Ezequías confió en la seguridad del Señor, y rechazó la tentación ofrecida por Senaquerib, de ese modo el reino de Judá respiró tranquilo.

Las promesas del Antiguo Testamento culminan en el Nuevo. Isaías percibió en el nuevo hijo de Ajaz, Emmanuel, la presencia de Dios-con-nosotros, pero el cumplimiento pleno acontece en la persona de Jesús de Nazaret. El evangelio de Mateo aplica la profecía de Isaías a Jesús y a María diciendo: “*La virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel (que significa Dios con nosotros)*” (Mt 1,23). Jesús será la presencia encarnada de Dios entre nosotros (cf. Jn 1,14).

Teresa de Jesús decía: “*Sólo Dios basta*”. Pero acontece demasiado a menudo en nuestra vida que Jesús de Nazaret

no nos basta. Y como hiciera el rey Ajaz cambiamos el corazón de sitio, dejamos a Dios de lado, y nos entregamos a los ídolos inútiles: el afán de poder, el ansia de aparentar y la codicia de tener.

Sólo Dios basta, pues sólo Él es la roca que mantiene nuestra vida (Sal 18,3). Ezequías se apoyó en la roca auténtica del Señor, y rechazó la piedra de tropiezo que hubiera sido la rendición ante Senaquerib.

La posmodernidad habla de gozar el instante y vivir lo efímero, tiende a hacernos creer que todo es fugaz y pasajero y, como consecuencia de ello, provoca que la existencia humana se someta al poder de los ídolos de siempre: poder, tener y aparentar.

Una aportación cristiana a la posmodernidad puede ser testimoniar que la vida humana no se halla sometida al capricho del azar, ni al poder idolátrico. El cristiano debe mostrar la certeza de saberse sostenido en las manos de Dios. A partir de ahí, señalar que el sentido de la vida radica en creer que el Señor nos ha amado primero (1 Jn 4,10), y actuar en la historia de la misma manera que lo hizo Dios con Israel propiciando la liberación de la humanidad.

“Si no creéis, no subsistiréis”

Ambientación

Nos reservamos este tiempo para la lectura orante de la Palabra. Si dejamos que cale en nuestro corazón será fuente de esperanza en nuestro caminar. Podemos comenzar cantando juntos: “Tengo que gritar”.

Antes de empezar buscamos **Is 7,1-9.14**.

Miramos nuestra vida

Hay momentos en los que, debido a las posturas que hemos tomado públicamente, el mundo que nos rodea se vuelve hostil. Nos da la impresión de que algunos pactan contra nosotros y no podemos salir del conflicto. Nos sentimos acobardados y sin recursos y no sabemos a quién acudir.

- *Cuando nos llega el conflicto ¿en quién ponemos nuestra confianza?*

- *¿Qué personas nos han prestado ayuda en estas situaciones?*

Escuchamos la palabra de Dios

Isaías se implica con el rey de Jerusalén, ante la amenaza de guerra por parte de Siria e Israel. Ajaz y el pueblo de Judá tiemblan como “los árboles del bosque sacudidos por el viento”. El profeta es radical y contundente: no hay nada que temer porque Dios ha prometido la continuidad de la dinastía de David.

• Antes de escuchar la palabra de Dios guardamos un momento de silencio e invocamos el auxilio del Espíritu Santo.

- Un miembro del grupo lee en voz alta Is 7,1-9.14.

- Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje y tratamos de comprenderlo, con la ayuda de la introducción al profeta que hemos estudiado previamente y con las notas de nuestra Biblia.

- Respondemos juntos a estas preguntas:

- *¿Qué personajes aparecen en este relato?*

- *Siria y Efraín han hecho una alianza anti-Asiria, ¿qué proyecto tienen sobre Judá?*

- *¿Cuál es la reacción del rey de Jerusalén?*

- *¿Qué dice Isaías a Ajaz, en nombre de Dios?*

- *¿Qué significan las palabras de Isaías (Is 7,14) en el contexto del Antiguo Testamento?*

Volvemos sobre nuestra vida

Los cristianos sabemos que no debemos temer, estamos seguros de que Dios está presente en la historia y que apuesta siempre por la liberación de la humanidad. Nos sentimos llamados, como el profeta Isaías, a implicarnos en la sociedad en la que vivimos; unas veces denunciando aquello que no encamina hacia el Reino y otras anunciando a las personas que pueden estar tranquilas, que sus vidas no vagan al azar, sino que descansan en las manos de Dios.

- *¿Tenemos puesta nuestra confianza en el Señor?*

- *¿Cómo ayudamos a las personas a no temer en los momentos de dificultad y a poner su esperanza en Dios?*

- *Isaías, fiado de Dios, comprometió su vida para la liberación del pueblo. ¿Nuestro cristianismo tiene una dimensión pública o nos refugiamos en el ambiente cálido de nuestra pequeña comunidad? ¿En qué podemos comprometernos socialmente?*

Oramos

Una forma de poder escuchar los latidos del corazón de las personas es tomar contacto con el periódico. Si sabemos

leer más allá de la letra podemos percibir, a través de él, los hilos que tejen la historia.

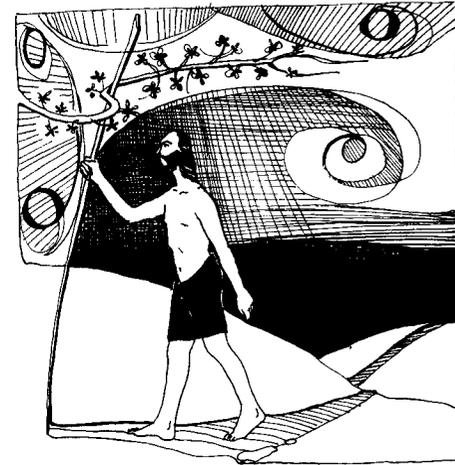
Ponemos alrededor de la Biblia, que siempre estará abierta presidiendo nuestras reuniones, unos recortes de periódicos.

- Leemos de nuevo el pasaje: Is 7,1-9.14.

- Durante unos instantes tomamos contacto con la prensa. Intentamos hacerlo desde la mirada de Dios.

- A continuación oramos en voz alta, expresando nuestra confianza en un Dios que nos dice: "Estáte tranquilo, no tengas miedo ni te acobardes" (Is 7,4).

- Terminamos el encuentro leyendo juntos: 1 Jn 4,7-10. Con la lectura de este pasaje nos separamos teniendo la certeza de que Dios nos ha amado primero.

JEREMÍAS**Dios es el almendro que vela nuestra vida**

El Señor con la palabra valiente de Amós exigía justicia, y a través del matrimonio de Oseas mostraba su ternura. El Dios justo y misericordioso no permanece oculto en el cielo, sino que actúa en la historia para liberar a la humanidad del poder idolátrico. La voz de Isaías ha recordado que nuestra vida reposa en las manos de Dios, y sólo la plena confianza en el Señor llena de sentido nuestro ser. Ahora el profeta Jeremías narrará cómo Dios conoce nuestra vida y vela sobre el devenir de nuestra existencia, especialmente en los momento difíciles.

1. Situación política, social y religiosa en la época de Jeremías

El profeta Jeremías nació en Anatot (Jr 1,1), una pequeña villa situada al noreste de Jerusalén hacia el año 650 a.C. y murió después del 582 a.C., seguramente en Egipto.

La vida de Jeremías transcurrió en el marco de una situación internacional muy agitada. Asiria, la gran potencia del Próximo Oriente, comenzaba su declive, mientras Babilonia iniciaba su ascenso. Egipto era todavía un imperio importante pero estancado y aferrado a las glorias del pasado.

El ejército babilónico conquistó Asiria tomando la capital en el año 614 a.C. y derrotó a las tropas egipcias en el 609 a.C.; de ese modo, Babilonia se convirtió en la potencia indiscutida, y su rey, Nabucodonosor, sometió a los estados limítrofes de su imperio a un duro vasallaje. Entre esos países estaba el reino de Judá que dependía de los avatares históricos de Egipto y Babilonia, pues era demasiado pequeño para interpretar papel alguno en la política internacional.

El rey Manasés (698-643 a.C.) gobernó despóticamente en Jerusalén (2 Re 21,1-18). Le sucedió su hijo Amón (643-640 a.C.) que continuó la política de su padre hasta que fue asesinado (2 Re 21,19-25). Ambos monarcas dejaron el reino de Judá sumido en la idolatría y la barbarie.

Muerto Amón, subió al trono su hijo Josías (640-609 a.C.) (2 Re 21,26). Aprovechando la creciente debilidad de Asiria mostró cierta independencia política: recuperó algunos territorios del antiguo reino de Israel (cf. 2 Re 23,15-21), y emprendió una reforma religiosa en todo el país (2 Re 23,4-27).

Según cuenta la Biblia, la reforma religiosa acometida por Josías comenzó cuando se descubrió en el templo de Jerusalén el "Rollo de la Ley" (2 Re 22,3-23,3), que relataba la lealtad de Dios, pero también exigía al pueblo la fidelidad y el cumplimiento de los preceptos divinos. Dicho libro lo tenemos actualmente en la Biblia, concretamente en el interior del Deuteronomio.

El reinado de Josías fue una época de renacimiento y prosperidad. El pueblo admiraba a Josías y detectaba la presencia de Dios junto al rey (2 Re 22,2). Lamentablemente, este sentimiento iba a truncarse muy pronto.

El faraón egipcio Neco (610-593 a.C.) envió un ejército contra Babilonia. Cuando las tropas egipcias cruzaban Palestina, Josías les presentó batalla en la llanura de Meguido. Era el año 609 a.C. Las milicias egipcias vencieron y el

rey Josías murió en el combate (2 Re 23,29-30). El impacto de la derrota y la muerte del rey calaron profundamente en el ánimo del pueblo.

El tiempo feliz de la reforma concluyó con la muerte de Josías. Los nobles de Jerusalén buscaron precipitadamente un nuevo monarca para hacer frente al fragor de la guerra. Quienes tenían el poder nombraron rey a Joacaz (609 a.C.), hijo de Josías, pero al faraón no le gustó la elección. Detuvo a Joacaz y lo llevó preso a Egipto e impuso en el trono a otro hijo de Josías, Joaquín (609-597 a.C.) (2 Re 23,31-34).

Al principio Joaquín se sometió al faraón (2 Re 23,35), pero más tarde Babilonia consiguió imponerse sobre Egipto, y Joaquín abandonó la lealtad con Egipto decantándose hacia Babilonia (603 a.C.). El año 601 a.C. Babilonia sufrió un descalabro militar, y entonces Joaquín cambió nuevamente su alianza, se rebeló contra Babilonia para apoyarse de nuevo en Egipto.

Más tarde y en represalia, Nabucodonosor, rey de Babilonia, sitió Jerusalén en el año 597 a.C. Joaquín fue asesinado durante un tumulto sucediéndole su hijo Jeconías, que se rindió ante Nabucodonosor. El soberano babilónico apresó a Jeconías, a los dirigentes y artesanos de Jerusalén y los deportó a la capital de su imperio (2 Re 24,8-16). La deportación significó una fuerte ruptura para la comunidad hebrea: parte de la población permaneció en Jerusalén y una minoría marchó exiliada a Babilonia.

Nabucodonosor entronizó en Jerusalén a Sedecías (597-586 a.C.). El rey, presionado por la corte, se rebeló contra el yugo babilónico. Nabucodonosor cargó de nuevo contra Jerusalén, y en el año 587 a.C. conquistó la ciudad, torturó al rey, y deportó otro contingente de población a Babilonia (2 Re 24,17-25,21). La toma de Jerusalén produjo otra honda decepción en la población: la ciudad santa había sido capturada por un rey pagano, y otro grupo de ciudadanos había sido deportado.

Nabucodonosor puso al frente de quienes quedaban en Judá a Godolías (2 Re 25,22). Posteriormente, un guerrillero llamado Ismael asesinó a Godolías, y capturó un grupo de prisioneros entre los que se encontraban el profeta Jeremías y su fiel secretario Baruc. Unos días después, un cabecilla

de la región llamado Juan, apresó a los cautivos que transportaba Ismael y los llevó a Egipto. Ante tales disturbios, Nabucodonosor arremetió de nuevo contra las ruinas de Jerusalén y todavía deportó otro grupo de personas a Babilonia (582 a.C.) (Jr 52,28-30).

El reino de Judá llegó a su fin y su territorio quedó incorporado al imperio babilónico (582 a.C.). La situación de Judá no podía ser más dramática: un contingente de la población se hallaba deportado en Babilonia; Jerusalén sufrió los horrores de la guerra aunque siguió habitada por quienes permanecieron en el país, mientras que un grupo muy reducido, al que pertenecía Jeremías, encontró refugio en Egipto. En pocos años, el reino de Judá había pasado de la esperanza suscitada por Josías al quebranto del exilio, la destrucción de Jerusalén, y la huida de un exiguo grupo a Egipto.

2. Lectura del texto Jr 1,4-12: Vocación y misión de Jeremías

⁴ El Señor me habló así:

⁵ “Antes de formarte en el vientre te conocí; antes que salieras del seno te consagré, te constituí profeta de las naciones”.

⁶ Yo dije: “¡Ah, Señor, mira que no se hablar, pues soy un niño!”.

⁷ Y el Señor me respondió: “No digas «Soy un niño», pues irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que te ordene.”

⁸ No les tengas miedo, pues yo estoy contigo para librarte, oráculo del Señor”.

⁹ Entonces el Señor alargó su mano, tocó mi boca y me dijo: “Mira, pongo mis palabras en tu boca:

¹⁰ en este día te doy autoridad sobre naciones y reinos, para arrancar y arrasar, para destruir y derribar, para edificar y plantar”.

¹¹ El Señor me preguntó: “¿Qué ves Jeremías?”.

Respondí:

“Veo una rama de almendro”.

¹² Entonces el Señor me dijo:

“Bien visto, pues yo velo por mi palabra para cumplirla”.

3. La vocación y misión de Jeremías en el conjunto de su predicación

Jeremías comenzó a recibir la palabra de Dios en el año decimotercero del reinado de Josías (Jr 1,2). Como vocero de Dios, exigió la conversión de todo el pueblo, e insinuó la amenaza babilónica que se cernía sin tregua sobre Jerusalén (Jr 1,13-16).

Atemorizados por la muerte y la derrota de Josías, los habitantes del país desconfiaban de la bondad de Yavé y se refugiaban en la falsedad de los ídolos (Jr 2,1-19), y en la fingida piedad del templo (Jr 7,1-15). El rey Joaquín, sucesor de Josías, cayó en el despotismo y el lujo desmedido (Jr 22,13-19). Jeremías denunció el pecado del rey (Jr 22,1-19) y arremetió contra la hipocresía del templo (Jr 25,1-4). El profeta percibió la ascensión de Babilonia y conminó a Joaquín para que no entablara combate con la gran potencia, pues sólo evitando la confrontación bélica podría subsistir Judá.

Jeremías detectó la destrucción inminente no sólo con la visión de hombre instruido sino con los ojos de la fe. Enfatizó cómo la catástrofe venidera tenía su raíz en el pecado que afloraba en múltiples aspectos: la temeridad de Josías al enfrentarse con Egipto; la precipitación de los poderosos para elegir a Joacaz; los constantes vaivenes del rey Joaquín buscando la alianza que más le favorecía y no la que beneficiaba al pueblo; la negligencia del templo celebrando un culto ciego ante los problemas sociales y, sobre todo, el interés de la clase opulenta que precipitó al país a una guerra contra Babilonia, perdida de antemano. Todo eso, decía Jeremías, es el pecado.

La desolación de Judá no era fruto de la casualidad sino consecuencia de su pecado, por eso Jeremías exigía la conversión al pueblo, al templo y al rey. ¿Qué significaba convertirse en el contexto social de Jeremías? Convertirse

implicaba abandonar el sendero espinoso del orgullo, concretamente dejar de creer que una pequeña nación podía derrotar militarmente a la primera potencia mundial. Convertirse implicaba dejar de creer que la fe en Dios supliría la irresponsabilidad humana.

Sobre la cima de Jerusalén se erguían el templo de Dios y el palacio real. Los ciudadanos creían que la presencia divina en el templo y la residencia del rey en palacio, hacían de Jerusalén una ciudad inexpugnable. Sin embargo la fe nunca suple la responsabilidad humana. El orgullo de la ciudad santa enturbió su entendimiento y le hizo pensar que, por voluntad de Dios, su pequeño ejército derrotaría a Babilonia. Recordémoslo de nuevo: la fe no suple nunca la falta de responsabilidad humana.

A menudo convertirse equivale a utilizar el sentido común. Por eso Jeremías advertía a sus conciudadanos que el ejército judaíta era demasiado endeble contra el poderío babilónico, alentaba al pueblo a vivir su fe en medio de la prueba, e insistía en evitar cualquier guerra que acabarían pagando, como siempre, los débiles. Pero el orgullo del rey pudo más que la sensatez del profeta. Jeremías fue encarcelado y el rey Joaquín se enfrentó a Nabucodonosor. El monarca babilónico conquistó la ciudad (597 a.C.) y deportó parte de la población a la capital del imperio.

Consumada la deportación, Nabucodonosor entronizó en Jerusalén a Sedecías. El pueblo entrevió que Jeremías tenía razón: todos admitían que el orgullo era la raíz de sus males, pero surgió una dificultad curiosa. Los deportados pensaban que los orgullosos eran quienes habían permanecido en Jerusalén. Mientras, los que permanecieron en la ciudad santa opinaban que los orgullosos eran los deportados.

La conversión no se detiene en el reconocimiento del pecado, sino que implica establecer las mediaciones para atacarlo. Por una parte, Jeremías escribe una carta a los deportados donde les recomienda la integración en la sociedad babilónica, les anima a vivir su fe en tierra extranjera y les advierte contra los falsos profetas que les incitan a rebelarse (Jr 29). Por otra parte, exhorta a Sedecías y los habitantes de Jerusalén a no enfrentarse con Nabucodonosor y a vivir la fe en medio de la prueba (Jr 21,1-7).

Nadie hizo caso a las palabras de Jeremías. El rey Sedecías desafió a Nabucodonosor, el cual conquistó Jerusalén (587 a.C.), destruyó el templo, y deportó otro contingente de población. Nabucodonosor impuso como gobernador a Godolías.

Jeremías optó por quedarse en Judá y compartir su vida con los campesinos del lugar, a quienes animaba a depositar la confianza en la bondad de Dios (Jr 40,1-6). Pero ni siquiera la exigua población de Judá escuchó la voz del profeta. Un cabecilla de la región, Ismael, se rebeló contra Babilonia y asesinó a Godolías. La comunidad judía, temiendo la represalia babilónica, se refugió en Belén. Jeremías suplicó al pueblo que permaneciera en su tierra, pero la comunidad asustada huyó a Egipto llevándose consigo al profeta y a su secretario. Jeremías, seguramente, acabó sus días en Egipto exigiendo a sus compatriotas la coherencia con su fe, y advirtiéndoles del peligro de la idolatría (Jr 40,7-44,30).

El Señor liberó a Israel de la esclavitud de Egipto y le regaló la tierra prometida (Dt 26,5-9). El gozo de la tierra de promisión alcanzó su apogeo durante el reinado de David y, en menor medida, cuando se sentó Josías en el trono. La predicación de Jeremías comienza con la primavera que significó el reinado de Josías y termina en el invierno que representó la emigración a Egipto, el destierro de Babilonia y la destrucción de Jerusalén.

Jeremías tuvo una misión difícil, fue la voz cálida y exigente de Dios que acompañó a Israel durante el invierno de su historia. ¿De dónde obtuvo Jeremías la fuerza para llevar a término una tarea tan ardua? El relato de su vocación y misión (Jr 1,4-12) ofrece la respuesta. La seguridad de intuir que el Señor estaba a su lado mantuvo la esperanza del profeta, y le permitió acompañar a su pueblo en el dolor del fracaso.

4. Elementos del texto

a) La llamada de Dios (Jr 1,4-5)

El texto comienza anunciando escuetamente: *“El Señor me habló así”*.

El libro de Jeremías está escrito en hebreo. El verbo “hablar”, en hebreo, no significa simplemente comunicar noticias, para eso existe el verbo “decir”. El verbo “hablar” significa propiamente “hablar en profundidad”; o sea, comunicar alguna cosa que llega al corazón de quien escucha y provoca un cambio en su interior. Dios no se limita a “decir” cosas sino que “habla en profundidad”, desea que nuestra vida se transforme a los acordes de su Palabra, cuya única intención es hacernos felices.

Notemos algo importante. No es Jeremías quien decide ser profeta sino que el Señor le llama primero. La certeza de que Dios nos ha hablado primero o, dicho con otras palabras, que nos ha amado desde el principio del mundo, es una cuestión central en la Biblia.

Entre los pueblos antiguos las enfermedades, las guerras y los desastres naturales, infundían en la población el pánico ante la vida. Para soportar la angustia de la existencia, los hombres adoraron al sol, la luna y las estrellas como si fueran dioses. Diseñaron un complejo ritual de sacrificios para conseguir el favor de las divinidades y esquivar los escollos de la vida. Los hombres deseaban ganarse el favor de la divinidad mediante el esfuerzo de múltiples ofrendas.

La experiencia de Israel es distinta. Israel no consigue el favor de Dios mediante el tesón de su propio esfuerzo, sino que Dios se adelanta a amar al pueblo. Los israelitas gemían y se quejaban por la opresión de los egipcios (Éx 2,23). El dolor de Israel llegó a Yavé que dijo a Moisés: *“He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias. Voy a bajar para librarlo”*. (Éx 3,7-8). Israel sufre en Egipto, pero antes de implorar la ayuda divina, Yavé se anticipa a salvarlo.

También a Jeremías Dios le habla primero: *“Antes de formarte en el vientre [...] antes que salieras del seno te consagré”* (Jr 1,5). Literalmente el texto dice: *“Antes de que yo (Dios) te formara en el vientre”*. ¿Qué significa esta expresión?

La antropología semita entendía la vida como un don de Dios. Los israelitas suponían que el varón plantaba una semilla en la mujer, pero no por eso se gestaba una criatura. El nuevo ser se concebía, sólo, cuando Dios otorgaba el don de la vida a la simiente sembrada en la esposa. La concepción de

un hijo requería la mediación del varón y la mujer, pero dependía del don de la vida regalado por Dios a la criatura. El hijo engendrado constituía un ente distinto de sus padres, surgido del don de Dios por mediación de los esposos.

Antes de que Dios le otorgara el don de la vida ya planeaba sobre Jeremías el proyecto de Dios: *“Te conocí [...] te consagré, te constituí profeta de las naciones”* (Jr 1,5). Conviene observar un detalle. El Señor tenía un proyecto sobre la vida de Jeremías, porque tiene un proyecto para la vida de toda persona y sobre el universo entero. Escuchemos el relato del Génesis: *“La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas”* (Gn 1,2). Sobre aquella tierra yerma aleteaba el espíritu de Dios, latía el plan divino para convertir el desorden primigenio en armonía.

Las religiones de Mesopotamia muestran cómo los dioses también tenían sus planes sobre el hombre y el mundo. Los dioses tiranizaban el universo y convertían al hombre en esclavo de sus caprichos. El plan de Dios que narra el Génesis es distinto. Dios crea al hombre “a su imagen y semejanza” (Gn 1,27) y le entrega el mundo para que viva en él y lo cuide (Gn 1,29). El proyecto divino no esclaviza al hombre al antojo de Dios, sino que le permite experimentar la amistad del Señor y habitar el mundo que le ha dado.

Dios desea hacernos felices, alentarnos a vivir en plenitud y, sobre todo, revelarnos su amistad. El proyecto divino respecto de Jeremías aparece bajo tres aspectos: *“te conocí”, “te consagré”* y *“te constituí profeta de las naciones”*.

* *“Te conocí”*

Cuando Dios afirma “conocer a alguien” no indica que sabe de oídas algún aspecto de esa persona. En labios de Dios “conocer” significa “proteger y cuidar” al ser humano (Sal 144,3). Dios conoce a Jeremías como una madre, pues antes de nacer le protege y le cuida en el seno. Dios nos conoce porque nos teje desde el seno materno (Sal 139,13) y nos protege durante toda la vida (Sal 139,5).

* *“Te consagré”*

Consagrar significa hacer que algo o alguien sea santo. Aunque sólo Dios es verdaderamente santo, el hombre pue-

de participar de la santidad divina. La santidad de Dios se percibe en la manifestación de su intimidad. Un santo es quien ha percibido algún aspecto de la santidad o, en otras palabras, de la intimidad de Dios. El Señor conoce a Jeremías con la ternura de una madre, pero también le comunica como a un buen amigo su propia intimidad. No se limita a conceder la vida y proteger a Jeremías. Además de eso, le muestra su intimidad haciéndole participar así de su santidad, en definitiva, le consagra.

* *“Te constituí profeta de las naciones”*

El profeta es aquel que mediante el pensamiento, la palabra y la acción muestra ante sus contemporáneos el auténtico rostro de Dios. Jeremías ha palpado, metafóricamente, desde el seno materno las entrañas de Dios. El Señor le ha cuidado, ha mostrado su santidad. Dios es madre que teje en el seno y amigo que abre la intimidad. Jeremías será profeta porque su forma de pensar, hablar y vivir revelará al pueblo las entrañas de Dios. Su misión será amplia y abarcará a Israel y las naciones.

b) El miedo de Jeremías (Jr 1,6)

Jeremías siente respeto ante la exigencia de Dios y grita: *“¡Ah!”*. La llamada de Dios provoca respeto pero nunca pavor o pánico. El proyecto divino entusiasma, pero también revela los límites de nuestra existencia. Jeremías oye la voz de Dios pero percibe también su propia limitación: *“No sé hablar [...] soy un niño”*. Jeremías constata que su límite radica en no saber hablar cómo Dios habla, pues cuando el Señor habla lo hace “en profundidad”, con la intención de llegar a lo más hondo del corazón humano y restaurarlo de raíz. Recordemos que en hebreo el término “hablar” indica “hablar en profundidad”.

c) La respuesta de Dios (Jr 1,7-8)

Jeremías, en su respuesta, ha considerado sólo su pequeñez, *“soy un niño”* (Jr 1,6), y por eso se ha mostrado temeroso ante el Señor. La fuerza humana, por sí misma, se revela insuficiente para llevar a término el plan de Dios en plenitud. El proyecto divino sólo triunfa con la misma fuerza de Dios. Por eso el Señor le responde *“no digas soy un niño”*;

es decir, deja de pensar sólo en términos humanos y ábrete a las posibilidades que Dios te ofrece.

El profeta es la persona forjada por la Palabra. El Señor forjará con su palabra la existencia de Jeremías: *“irás adonde yo te envíe y hablarás todo lo que yo te ordene”* (Jr 1,7). El proyecto de Dios no consiste en que Jeremías *“diga las cosas de Dios”*, sino en que *“hable las cosas de Dios”*. El simple “decir” alcanza los oídos, en cambio el “hablar” llega al corazón del oyente de la palabra y lo transforma.

En vida de Jeremías, muchos “decían” cosas que alegraban los oídos pero que eran incapaces de calar en el alma. El rey “decía” que vencería a Babilonia. El culto “decía”, desde su falsedad, que Dios salvaría Jerusalén. El pueblo “decía” que la presencia material del palacio y el templo mantendría segura la ciudad santa. Había muchos que “decían” cosas pero sólo Jeremías “hablaba en profundidad”. El profeta “habló” al rey advirtiéndole cómo su orgullo arruinaría la nación. Habló contra el templo denunciando la piedad fingida. Habló al pueblo amonestándole contra la ficticia confianza depositada en el poder de la corte y del templo.

Jeremías, transformado por la Palabra, llega a ser el profeta que trasmite la voz de Dios (Jr 1,7). Cuando Dios transforma nuestra vida, permanece junto a nosotros sosteniéndonos con sus buenas manos. Dios, al forjarnos con su palabra, no modela sirvientes sino amigos. La presencia cálida del Señor junto a Jeremías aparece clara en dos expresiones: *“no les tengas miedo”* y *“yo estoy contigo para librarte”* (Jr 1,8).

Cuando Yavé se dirige a sus amigos les dice: *“No temas”*. Así dice a Abrahán: *“No temas Abrahán, yo soy tu escudo”* (Gn 15,1), y a Agar, desesperada con su hijo en el desierto: *“No temas porque Dios ha escuchado los gritos del niño”* (Gn 21,17). Tampoco Jeremías debe temer, aunque tenga sobrados motivos para ello, pues hablará en nombre de Dios en una época en que nadie escucha: los jefes del templo denunciarán su mensaje, el rey le encarcelará, y la mayoría del pueblo le tendrá por traidor y cobarde.

La fuerza de Jeremías brota de la decisión de Dios: *“Yo estoy contigo para librarte”* (Jr 1,8). La locución *“yo estoy contigo”* resalta cómo Yavé acompaña a su pueblo y a sus elegidos. La locución es frecuente en la historia de José (Gn

37-50) y en las victorias de David (2 Sm 8,14), y destaca cómo ambos personajes culminan su proyecto gracias a la fuerza de Dios.

El Señor está junto a Jeremías de manera dinámica: “*para librarte*”. La presencia de Dios acontece en las situaciones más críticas de vida del profeta: durante la vocación (Jr 1,8), cuando el pueblo le ataca (Jr 1,19; 15,20), y en el acoso de los violentos (Jr 15,21; 20,13). Jeremías a pesar de las dificultades y percibiendo el auxilio de Dios, infunde confianza al pueblo (Jr 42,12) y anuncia la salvación (Jr 39,17).

La vida de Jeremías estará en las manos de Dios, pero la dureza de la existencia hará que muy a menudo no perciba la proximidad del Señor. Un grupo de textos, llamados “Confesiones de Jeremías”, expresan la sensación de la lejanía divina que siente el profeta (Jr 11,18-12,6; 15,10-21; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18). Pero más importante que el pesar de la distancia es la certeza de la presencia fiel del Señor. Las palabras finales “*oráculo del Señor*” (Jr 1,8) corroboran que Dios cumplirá su palabra.

d) La misión de Jeremías (Jr 1,9-10)

Dios impele a Jeremías a una misión importante. El Señor le revela: “*pongo mis palabras en tu boca*” (Jr 1,9). Literalmente, el texto dice: “*pongo mi modo de hablar en tu boca*” y seguidamente añade: “*en este día te doy autoridad sobre naciones y reinos*” (Jr 1,10). El profeta contará con la ayuda de Dios para llevar a término una misión difícil: “*arrancar y arrasar [...] destruir y derribar [...] edificar y plantar*” (Jr 1,10). Jeremías, utilizando el lenguaje exigente y misericordioso de Dios, comunicará al templo (Jr 7,1-15), al rey (Jr 21,1-10), a Israel (Jr 2,1-37) y a las naciones (Jr 46-51) la voluntad del Señor que exige justicia y lealtad.

El Antiguo Testamento utiliza la expresión “dar autoridad” como sinónimo de “visitar”. Cuando Dios visita a alguien no realiza sólo una visita de cortesía, sino que salva a quien visita. Sara lloraba su esterilidad, pero Dios la “visitó” y dio a luz un hijo en su ancianidad (Gn 21,1-2). Rut decidió volver a Belén al enterarse que Dios “había visitado” a su pueblo para darle pan (Rut 1,6). La visita de Dios implica la liberación de quien la recibe, así lo afirma Zacarías,

padre de Juan Bautista: “*Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo*” (Lc 1,68).

El lenguaje cotidiano tiende a contemplar la locución “dar autoridad” como un acto externo, en el que un superior ordena a un subordinado la ejecución de alguna tarea. Pero para la mentalidad hebrea, poseer la “autoridad de Dios” implicaba mucho más: entrañaba tener una profunda experiencia de Dios, saberse guardado en sus manos y proclamar sin ambages el mensaje liberador de la Palabra.

e) Dios: el almendro que vela (Jr 1,11-12)

La tarea del profeta comienza en los albores gloriosos del reinado de Josías, y fenece en la tristeza de su refugio en Egipto y en la aflicción del pueblo exiliado en Babilonia. Jeremías acompañará a Israel en el invierno de su historia y será la presencia de Dios junto al pueblo que se precipita al abismo. El Señor nunca nos abandona. Incluso cuando nuestra vida toma el rumbo del sinsentido, Dios permanece fiel junto a nosotros, esperando el momento en que volvamos a su regazo.

Jeremías no fue un profeta triunfante. Nadie escuchó su mensaje. Al final de su vida, tuvo que abandonar Jerusalén para emigrar a Egipto. El Señor, antaño, había liberado a los israelitas de la esclavitud impuesta por el faraón (Éx 14-15). Ahora Israel, inmerso en su fracaso, regresa a la tierra de sus lamentos.

¿Cómo pudo Jeremías ser testigo de la fidelidad de Dios en tiempos de tiniebla? La primera visión del profeta ofrece la respuesta mediante una bella metáfora (Jr 1,11-12). El profeta realizó su tarea porque en todo momento el Señor le protegía bajo la sombra de su ternura. Recreémonos en la visión.

Jeremías ha escuchado la llamada de Dios, ha comprendido la dificultad de la misión y ha sentido el escalofrío del miedo. Se preguntaría en su corazón ¿cómo cumpliré la voluntad de Dios? Entonces, el Señor le ordena salir al campo. Supongamos que estamos en invierno, cuando todos los árboles están sin hojas ni frutos esperando la primavera. Entre aquellos árboles que duermen el sueño invernal, Jeremías observa un árbol florido cuyas flores blancas velan el sueño de los otros árboles.

Los almendros florecen en invierno, y con sus flores abiertas parece que guardan a los demás árboles hasta que despierten en primavera. No en vano la lengua hebrea conoce al almendro como “el árbol que vela”, “el árbol que sabe escuchar”. El Señor revela a Jeremías: “Yo soy un almendro. A ti te ha correspondido ser mi profeta durante el invierno de la historia de mi pueblo. Yo te envío para que recuerdes a los israelitas que estoy siempre a su lado. Pocos te escucharán pero, en el desánimo, recuerda que junto a ti está el Señor que como un almendro vela por tu vida y la de su pueblo, hasta que llegue una nueva primavera en la que Israel florezca de nuevo”.

La labor de Jeremías fue dura e incomprendida, pero a él nunca le faltó la certeza de que Dios le acompañaba, y que como un almendro velaba por su vida durante el invierno de la historia israelita.

5. Síntesis y aplicación a la vida

La existencia de Israel reposaba en la capacidad de escuchar la voz cálida y exigente de Dios que habla desde el fondo del alma. Recordemos el gran precepto del pueblo hebreo: *“Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Guarda en tu corazón estas palabras que hoy te digo. Incúlcalas a tus hijos y háblales de ellas estando en casa o yendo de viaje, acostado o levantado; átalas a tu mano como signo, ponlas en tu frente como señal; escríbelas en las jambas de tu casa y en tus puertas”* (Dt 6,4-9).

Israel había perdido durante la época de Jeremías la capacidad de escuchar, la pasión por amar y la actitud de guardar en el corazón las palabras de la vida. El pueblo elegido comenzaba a atravesar el largo invierno de su historia.

En este momento, Israel levantó los ojos y contempló Palestina. Era invierno, los árboles no tenían flores e, igual que Israel, parecía que también habían perdido el deseo de vivir. Pero desplegando la vista hacia la magnitud del horizonte, Israel descubrió un árbol en flor. Un árbol que en el

frío del invierno era capaz de hacer germinar una flor blanca. Un árbol sitiado por la ausencia de vida que aun tenía fuerzas para alumbrar una flor. Con esta flor abierta escuchaba a los otros árboles, sus hermanos, y les anunciaba que aquel crudo invierno no duraría para siempre. La flor blanca y abierta pregonaba la primavera por llegar y daba testimonio de que, al final, siempre triunfa la vida.

Israel sumido en el invierno de su historia quedó impresionado por aquel árbol que velaba a los otros, y con su flor abierta los sabía escuchar. Y puso nombre a aquel árbol, le llamó almendro, que en lengua hebrea significa “el árbol que vela” o “el árbol que sabe escuchar”.

Mediante la metáfora del almendro, Israel redescubrió que “saber escuchar a Dios y al prójimo” requiere silencio y paciencia pero, sobre todo, exige amar apasionadamente la vida, amar profundamente el corazón de los otros, creer que la humanidad será capaz algún día de hacer brotar sus flores en primavera y dar los mejores frutos de su ternura.

“No les tengas miedo pues yo estoy contigo para librarte”

Ambientación

La palabra de Dios es eficaz y puede sostenernos cuando nos sentimos llamados a colaborar en un proyecto liberador. Vamos a preparar nuestro corazón para acogerla, invocando al Espíritu que viene en ayuda de nuestra debilidad. Empezaremos recitando juntos el Salmo 67 (66): “Que todos los pueblos te den gracias”.

Antes de comenzar buscamos **Jr 1,4-12**.

Miramos nuestra vida

En la vida de cada día, muchas veces surgen problemas en los que nos vemos involucrados. Ante la situación conflictiva sentimos que tenemos que implicarnos pero a veces la dificultad nos supera; tenemos ganas de echarnos atrás, nos falta audacia y confianza.

– Ante los problemas familiares, laborales o sociales ¿nos hemos sentido llamados a comprometernos? ¿Cómo lo hemos vivido? ¿Hemos tenido miedo?

Escuchamos la palabra de Dios

Si recorremos las páginas de la Biblia nos encontramos con personajes que han sido llamados por Dios. Jeremías es uno de ellos. El Señor le pide que hable, en su nombre, en un momento difícil de la historia del pueblo de Israel: no es escuchado, sus compatriotas se burlan de él y los notables del pueblo le persiguen. El profeta, que ha perdido el deseo de vivir, es sostenido por el Señor que le promete que estará vigilante y cumplirá su Palabra.

- Nos preparamos para acoger la palabra de Dios con un momento de silencio y de apertura al Espíritu Santo que nos ayudará en esta escucha.

- Un miembro del grupo proclama Jr 1,4-12.

- Volvemos a leer el pasaje recordando el contexto en el que vive Jeremías y el comentario al pasaje que hemos leído previamente.

- Después tratamos de responder juntos a la siguientes cuestiones:

- *¿Qué proyecto tiene el Señor sobre la vida de Jeremías?*

- *¿Qué quiere decir que Dios le conoce, le consagra y le constituye profeta de las naciones?*

- *¿Qué objeción pone Jeremías a la llamada de Dios? ¿Cuál es la respuesta del Señor?*

- *¿Qué metáfora emplea el profeta para mostrar que el Señor está atento al cumplimiento de su Palabra?*

Volvemos sobre nuestra vida

Jeremías proclamó la palabra de Dios durante una época oscura de la historia de Israel. No fue entendido ni seguido por su pueblo. Los suyos le consideraron cobarde y traidor. También nosotros, cuando nos ponemos a la escucha de aquellos que viven inmersos en el fracaso, cuando escuchamos la llamada de Dios que nos anima a colaborar en su proyecto de liberación, sentimos miedo e inseguridad como el profeta. Muchas veces las personas que nos rodean no nos apoyan en nuestro proyecto de generar vida, pero el Señor nos dice: "Yo estoy contigo para librarte" (Jr 1,8).

- *¿Nos sentimos acompañados por Dios en esa misión que Él nos ha confiado? ¿De dónde sacamos fuerza para seguir adelante?*

- *¿Hasta qué punto somos capaces de reconocer los signos que Dios pone en nuestro camino para asegurarnos de que vela por nuestra vida?*

Oramos

Antes de comenzar la reunión ponemos encima de la mesa una Biblia abierta y una rama de almendro.

Vamos a recoger ahora en forma de oración lo que nos ha sugerido la lectura y la meditación de este pasaje:

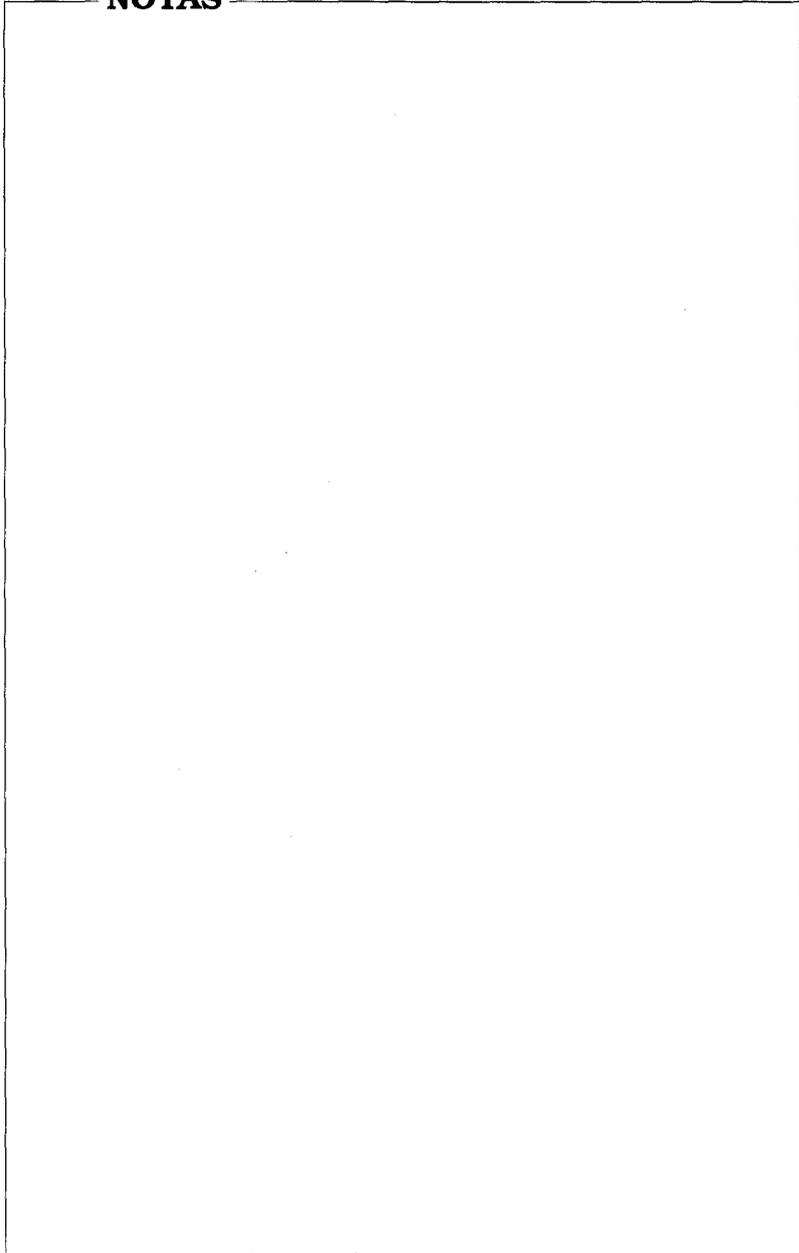
- Intentamos crear un clima de oración y leemos de nuevo Jr 1,4-12.

- Oramos personalmente.

- Oramos comunitariamente. Podemos comenzar presentando las llamadas que hoy percibimos en nuestro mundo cuando estamos atentos a los signos de los tiempos. En un segundo momento expresamos a qué nos sentimos llamados en esta etapa de nuestra vida.

- Podemos acabar cantando: "Me sedujiste, Yavé".

NOTAS



III
¿CÓMO TRANSFORMA NUESTRA EXISTENCIA
EL DIOS DE LA VIDA?

EZEQUIEL

El sufrimiento: un lugar privilegiado para el encuentro con el Señor



La característica crucial de Dios es su capacidad para intervenir en la historia propiciando la liberación, siempre que la libertad humana se lo permita. Amós fue la mediación para que Dios manifestara su exigencia de justicia, y la vida matrimonial de Oseas llegó a ser la metáfora de la que se valió el Señor para indicarnos que actúa en nuestra vida con ternura. El Señor no abandona a quienes llama a exigir la justicia y proclamar la misericordia: Él nos protege en sus buenas manos (Isaías) y nos guarda en los momentos difíciles (Jeremías).

Pero, además de todo eso, la Sagrada Escritura explicita que el ser humano no es una simple mediación de Dios, sino que es el objetivo privilegiado de la tarea divina. Cuando Dios nos habla, no se limita a comunicarnos noticias por buenas que sean, sino que nos transforma de raíz. La vida agitada de Ezequiel será el fiel testimonio de cómo el Espíritu de Dios consuela al pueblo desgarrado en el exilio de Babilonia. El Segundo Isaías (Is 40-55), con su voz cálida y apasionada, describe cómo la palabra de Dios transforma al

pueblo yermo en la nación que manifiesta ante el mundo la gloria de Dios.

1. Situación política, religiosa y social durante el tiempo del exilio

Las advertencias de Jeremías se cumplieron, pues, aunque el Señor permanezca junto a su pueblo no violenta la libertad ni suple la responsabilidad humana. Israel desoyó la predicación de Jeremías y se enfrentó a Nabucodonosor. Las consecuencias no pudieron ser más nefastas. El monarca babilónico atacó Jerusalén y deportó a la población más relevante de la ciudad, junto con los artesanos y cerrajeros, a la capital de su imperio. Gran parte del pueblo continuó viviendo en la ciudad santa y en el territorio de Judá, cultivando las tierras que les repartió Nabuzardan, general de Nabucodonosor.

La deportación de un contingente de población fragmentó al pueblo en dos comunidades: la que permaneció en Jerusalén y la que fue deportada a Babilonia. El tiempo del exilio fue largo y duro (587-538 a.C.), pero el sufrimiento del destierro acrisoló a ambas comunidades purificándolas en su fe.

La comunidad que permaneció en Jerusalén reflexionó sobre el porqué de la catástrofe. Percibió que el motivo de su desgracia había sido la confianza ciega en el poder del rey y en la falsa piedad del templo. Ni el templo ni la monarquía podían, por sí mismos, salvar a Israel. El pueblo aprendió en la tristeza de la derrota que la verdadera seguridad brota del cumplimiento de los preceptos divinos. Así lo recuerda el Deuteronomio: *“No te olvides del Señor tu Dios ni dejes de observar los mandamientos, los preceptos y las leyes que yo te prescribo hoy [...] Pero, si te olvidas del Señor tu Dios y sigues a otros dioses [...] os juro hoy que pereceréis sin remedio”* (Dt 8,11-20).

El pueblo que permaneció en Jerusalén meditó sobre su historia y la revisó según el precepto del Deuteronomio (Dt 8,11-20). Apreció que el desastre era consecuencia del abandono del Señor para adorar ídolos inútiles: el afán de poder, la renuncia a la propia responsabilidad y la falsa seguridad del culto vacío. El pueblo escribió sus reflexiones para adver-

tir las causas que le precipitaron ante los ídolos abandonando al Dios verdadero. Esta reflexión permanece escrita en gran parte de los libros de Josué, Jueces, Samuel, Reyes y en algunas secciones del Deuteronomio.

La comunidad deportada a Babilonia soportó la dureza del exilio, pero alentó nuevas instituciones para vivir su fe durante la prueba del destierro. De ese modo el sufrimiento del destierro no ahogó a la comunidad, sino que alumbró una nueva manera de vivir la fe en el Dios liberador.

Los israelitas habían perdido su tierra, pues el reino de Judá se había convertido en una provincia del imperio babilónico. Al no tener tierra propia buscaron una marca, un signo que les identificara como judíos. La circuncisión era un antiguo rito de iniciación practicado por los hebreos, pero durante el exilio, esta señal comenzó a convertirse en el signo distintivo de todo judío varón.

La comunidad judía deportada carecía de templo donde celebrar el culto. Entonces comenzaron a reunirse en casas particulares para orar. Esas reuniones constituyen el embrión de la sinagoga, que, como tal, florecería mucho más tarde. Tampoco podían celebrar sus fiestas religiosas, pues en Babilonia debían regirse por un calendario distinto. Por eso comenzaron a valorar el sábado, no sólo como día de descanso sino como el día privilegiado en que adorar al Señor.

Cuando vivían en Palestina, el sacerdocio tendía a reducirse a la función material de sacrificar animales para ofrecerlos en el templo, o de presentar ofrendas vegetales que, mezcladas con incienso, ardían en honor del Señor. Durante el exilio, al no poder ofrecer sacrificios, los sacerdotes se dedicaron de forma preferente a la instrucción del pueblo y a la plegaria, convirtiéndose lentamente en los guías de la comunidad exiliada.

Un fuerte golpe para los deportados fue la pérdida de la institución monárquica, pues el rey representaba en Israel un papel sumamente importante al ser el mediador entre Dios y su pueblo. Ante la falta de rey terreno, Israel dio un salto en la fe y confió en que el Señor fuera, a partir de entonces, el único rey de Israel. Así lo afirma a menudo el Segundo Isaías: *“Así dice el Señor [...] Yo soy el Señor, vuestro Santo, el Creador de Israel, vuestro Rey”* (Is 43,14-15).

El sufrimiento del exilio fue la ocasión privilegiada para el encuentro personal entre Dios y su pueblo. Contemplado desde la distancia, el exilio marcó las líneas maestras para la vivencia futura de la fe. La confianza en que sólo Dios es el rey de nuestra vida, el nacimiento de una comunidad guiada por sacerdotes que adoptaron una función pastoral y no meramente cúltrica, y la aparición de tres nuevas mediaciones: la plegaria y la formación en la sinagoga, la consagración del sábado al Señor, y la aparición de la circuncisión como signo de identidad.

2. Lectura de Ez 37,1-14: Visión de los huesos secos

¹ El Señor me invadió con su fuerza y su espíritu me llevó y me dejó en medio del valle, que estaba lleno de huesos. ² Me hizo caminar entre ellos en todas direcciones. Había muchísimos en el valle y estaban completamente secos. ³ Y me dijo:

“Hijo de hombre ¿podrán revivir estos huesos?”

Yo le respondí:

“Señor, tu lo sabes.”

⁴ Y me dijo:

“Profetiza sobre estos huesos y diles: ¡Huesos secos, escuchad la palabra del Señor! ⁵ Así dice el Señor a estos huesos: Os voy a infundir espíritu para que viváis. ⁶ Os recubriré de tendones, haré crecer sobre vosotros la carne, os recubriré de piel, os infundiré espíritu y viviréis, y sabréis que yo soy el Señor.”

⁷ Yo profeticé como me había mandado y, mientras hablaba, se oyó un estruendo; la tierra se estremeció y los huesos se unieron entre sí. ⁸ Miré y vi cómo sobre ellos aparecían tendones, crecía la carne y se cubrían de piel. Pero no tenían espíritu.

⁹ Entonces él me dijo:

“Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Esto dice el Señor: Ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que vivan.”

¹⁰ Profeticé como el Señor me había mandado, y el espíritu penetró en ellos, revivieron y se pusieron en pie. Era una inmensa muchedumbre.

3. Situación del texto en el conjunto de la predicación de Ezequiel

El Señor no abandonó a su pueblo en la cruz del exilio, sino que le sostuvo mediante el ministerio de Ezequiel y la palabra apasionada del profeta anónimo que denominamos Segundo Isaías, cuya voz se esconde bajo las páginas de Is 40-55. Ezequiel actuó en la primera parte del tiempo del destierro, mientras el Segundo Isaías predicó al final del exilio o en los albores del retorno.

El profeta Ezequiel, cuyo nombre significa “Dios es mi fuerza”, era un sacerdote hijo de Buzi (Ez 1,3). Este hecho explica su profundo conocimiento del templo de Jerusalén y de los ritos que se celebraban en él. Fue desterrado a Babilonia por el rey Nabucodonosor en la primera deportación (587 a.C.).

Ezequiel se estableció con los primeros exiliados junto al río Quebar, y allí recibió la Palabra del Señor para confortar a su pueblo (Ez 1,1-5). Observemos que Ezequiel pertenecía a una familia sacerdotal que servía en el templo de Jerusalén, pero al recibir la llamada del Señor tuvo que cambiar su manera de ejercer el ministerio. No se dedicaría ya a sacrificar animales en el templo, sino que predicaría la exigencia y el consuelo del Señor. También Ezequiel, como toda persona, necesitó la llamada de Dios para convertirse y permanecer fiel a la Palabra.

La misión de Ezequiel se desarrolló en dos fases. La primera aconteció entre los años 592 y 587 a.C., es decir, tras la primera deportación y el momento en que Nabucodonosor tomó Jerusalén y deportó un segundo contingente judío. La segunda fase comenzó con la llegada de los exiliados de la segunda deportación, y concluyó con la muerte, en fecha incierta, del profeta en el exilio. La mayoría de comentaristas sitúan la misión de Ezequiel entre los años 592 y 571 a.C.

Durante la primera etapa de su actividad, Ezequiel censura a los exiliados su mala conducta y su pertinaz idolatría. Les recuerda sin cesar, en el mismo tono que Jeremías, que su oprobio es la consecuencia de su pecado y les exige la conversión (Ez 5,5-17).

En el invierno del año 588 a.C. recibió la noticia del nuevo asedio de Jerusalén (Ez 24,1-2). Poco después murió su esposa, y el profeta enmudeció hasta la llegada de un fugitivo que le anunció la caída de la ciudad santa (Ez 24,27; 33,22). La pérdida de Jerusalén truncó la esperanza de los deportados y quebró su confianza en el Señor.

La nueva situación hizo cambiar a Ezequiel el contenido de su mensaje. Tras haber censurado los pecados del pueblo, ahora, postrado por el dolor del exilio, comienza la segunda fase de su predicación. Ezequiel proclama que no todo está perdido, anuncia que en el sufrimiento puede brotar una nueva relación con Dios. El profeta barrunta ya, en definitiva, el resurgimiento del pueblo nuevo.

Ezequiel no se limitó al uso de la palabra para proclamar el mensaje salvador; también utilizó gestos simbólicos (Ez 21,23-26), la experiencia trágica de su vida (Ez 24,15-27) y explicó numerosas visiones (Ez 37,1-14). Su influencia fue crucial para los deportados y determinante en quienes regresaron. A los primeros les infundió coraje y a los segundos les dio clarividencia para reedificar Jerusalén, no como la capital de un estado, sino como una comunidad fraterna.

Cuando los judíos se habían establecido de nuevo en su tierra, mucho tiempo después de la muerte de Ezequiel, compilaron la predicación del profeta en el libro que lleva su nombre. La visión objeto de nuestra meditación (Is 37,1-10) pertenece a la segunda etapa de la predicación de Ezequiel, refleja el momento en que Israel permanecía hundido en la desesperación y necesitaba la fuerza de Dios nacida en los labios del profeta.

4. Elementos del texto

a) Ez 37,1-2: El escenario de la visión

La visión de Ezequiel constituye la más elocuente metáfora de la situación de Israel en el exilio. Tras la amarga noticia de la toma de Jerusalén (587 a.C.), el pueblo cayó en el mayor desánimo. Desde la falsa seguridad del palacio y del templo, situados en la zona alta de Jerusalén, el pueblo

se precipitó en el valle de lágrimas del destierro. El valle simboliza la ubicación de la comunidad deportada, y los huesos resecos la situación individual de cada exiliado. El texto recalca cómo los huesos eran muchos y estaban completamente secos (Ez 37,2), llamando así la atención sobre la desesperación y el desamparo que pendían sobre Israel.

b) Ez 37,3-6: El Señor llama a Ezequiel para que profetice sobre el pueblo deshecho

Dios entabla un diálogo con Ezequiel llamándole “hijo de hombre” (Ez 37,3). La locución “hijo de hombre” constituye un sinónimo del término “hombre” (Sal 80,18), pero muestra la particularidad de contemplar al ser humano desde la perspectiva de su precariedad (Job 25,6) y pequeñez (Sal 11,4). Al comienzo de la misión de Ezequiel, el Señor llama al profeta “hijo de hombre” revelándole su condición limitada y mortal (Ez 2,1); pero cuando vuelve a denominarle “hijo de hombre” ante los huesos resecos (Ez 37,3), lo hace con la intención de equiparar la situación del profeta con la del pueblo.

Dios presenta a Ezequiel desde la óptica de la debilidad humana. No muestra al profeta con la palabra aguerrida de Amós, ni con la ternura de Oseas o con la decisión de Isaías, sino como el ser humano débil y frágil, es decir como “hijo de hombre”. De modo análogo a Ezequiel, Israel ya no es el pueblo fuerte de la época de David (2 Sm 5-8), ni la nación admirada del tiempo de Salomón (1Re 5,1-14). El pueblo aparece marchito en la caducidad sin futuro del destierro. El ánimo de Ezequiel se equipara, de ese modo, al desaliento del pueblo exiliado.

No debe extrañarnos que Dios confíe en la debilidad de Ezequiel para salvar a su pueblo, pues el Señor *“ha escogido lo débil del mundo para confundir a lo fuerte”* (1 Cor 1,27). Por eso mismo tampoco deberá sorprendernos que Dios elija a un pueblo deportado y humillado para manifestar su gloria ante las naciones (Is 43,1-7). Con toda certeza los planes del Señor siguen senderos distintos de las rutas humanas (cf. Is 55,8).

El Señor ordena a Ezequiel que profetice sobre el pueblo reseco: *“Profetiza sobre estos huesos y diles: ¡Huesos secos,*

escuchad la Palabra del Señor! (Ez 37,4). Actuar como profeta no significa infundir falsas esperanzas en el ánimo del pueblo, sino recordarle la capacidad de Dios para intervenir en la historia. Ezequiel debe conseguir que Israel recupere las ganas de vivir y no se deje llevar por el derrotismo del exilio. Por eso, el contenido de la Palabra que proclama radica en la nueva vida que Dios confiere a su pueblo: “*Os voy a infundir espíritu para que viváis*” (Ez 37,5). En una situación en la que se baraja la vida y la muerte, el pueblo no está en disposición de analizar las causas que le precipitaron al desastre, Israel necesita vivir.

Por eso el Señor no se manifiesta desde la perspectiva del juez o el consejero, propia de los profetas anteriores al exilio, sino como el buen amigo que regala la ilusión por la vida. En los momentos difíciles sobran los protocolos, y se necesitan amigos con quienes sobrellevar la cruz de la existencia y alentar un porvenir esperanzado.

La frase “*os voy a infundir espíritu para que viváis*” (Ez 37,5), evoca la etapa final de la creación de Adán en la que recibe el don de la vida: “*Entonces el Señor, Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz un hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente*” (Gn 2,7).

La vida que Dios otorga a Adán no es una existencia biológica análoga a los animales, sino que es la vida plena que goza de libertad. Por eso, el Señor, para demostrar que ha creado al hombre intrínsecamente libre, le comunica un precepto: “*Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero no comas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque si comes de él morirás sin remedio*” (Gn 2,16-17). El precepto divino no destruye la libertad, sino que la hace posible. Es decir, el precepto que Dios impone al ser humano le permite optar entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte. Si el hombre no se rigiera por precepto alguno su libertad sería ficticia, pues al estar todo determinado desde el principio, no podría tomar ninguna decisión personal.

Cuando el Señor, por mediación de Ezequiel, dice al pueblo deportado “*os voy a infundir espíritu para que viváis*” (Ez 37,5), no se resigna a otorgar a su pueblo una vida biológica, ni siquiera a conferirle la supervivencia entre los esteriores del destierro. Como aconteció con Adán en el paraíso,

el Señor comunicará el espíritu de vida a Israel y, ese espíritu, lo convertirá en un pueblo libre, pues desde la perspectiva divina no es posible la vida humana sin libertad. Así lo recuerda Pablo a los corintios refiriéndose al Espíritu del Señor: “*... donde está el Espíritu del Señor hay libertad*” (2 Cor 3,17).

El pueblo, en el exilio, ha recibido la triste noticia de la toma de Jerusalén (587 a.C.), pero a pesar de todo comienza a revivir, porque entre las cadenas del destierro ha prendido la llama de la libertad. Pero Dios no se conforma con un pueblo libre, desea, además, que Israel sea su amigo, por eso añade: “*os infundiré espíritu y viviréis, y sabréis que yo soy el Señor*” (Ez 37,6). Dios actuará en favor de Israel para que perciba que el Señor es el único Dios. El Antiguo Testamento sitúa la divinidad de Yavé no sólo en su omnisciencia o eternidad, sino en la capacidad divina de actuar en la historia humana propiciando siempre la liberación. Dios es Dios porque cuando actúa libera.

c) Ez 37,7-8: Ezequiel profetiza sobre el pueblo

El profeta cumple el mandato del Señor y profetiza sobre los huesos secos, metáfora del pueblo exiliado. Cuando Ezequiel habla, los huesos se cubren de tendones, carne y piel, de ese modo, la palabra del profeta comienza a revitalizar al pueblo mortecino. Notemos, también, que cuando el profeta habla se produce una alteración en el paisaje: “*Se oyó un estruendo; la tierra se estremeció*” (Ez 37,7). Los cambios que se producen evocan las alteraciones de la tierra cuando Israel acampó en la falda del Sinaí, esperando los mandamientos del Señor: “*Hubo truenos y relámpagos [...] y se oía un sonido creciente de trompeta [...] y todo el monte trepidaba violentamente*” (Éx 19,16-20).

El ruido de los huesos que se juntan y el estruendo de la tierra evocan la expectativa de Israel ante la recepción de los mandamientos. La intención de la semejanza es hacernos ver lo siguiente: De la misma manera que Moisés entregó los mandamientos al pueblo (Éx 19,16-20,21), también Ezequiel derrama su palabra sobre Israel (Ez 37,7-8). Pero igual que la ley entregada a Moisés resultó insuficiente para crear un pueblo nuevo, pues Israel traicionó enseguida al Señor construyéndose el becerro de oro (Éx 32), tampoco la

palabra pronunciada por Ezequiel se basta por sí sola para renovar al Israel exiliado. Los huesos se han recubierto de carne, pero carecen de lo más importante "... *no tenían espíritu*" (Ez 37,8).

La ley de Moisés era muy perfecta y la palabra de Ezequiel podría ser muy sabia, pero sin la presencia del espíritu la ley no es más que letra muerta, y los huesos recubiertos de carne no pasan de ser cadáveres bien ordenados. ¡Cuántas veces en la vida cristiana nos quedamos en las frases de la ley, o en los organigramas brillantes y olvidamos lo más importante: la presencia del Espíritu! Recordemos la recomendación de Pablo a los corintios: "*Dios nos ha capacitado para ser ministros de una nueva alianza, basada no en la letra de la ley, sino en la fuerza del Espíritu; porque la letra mata, mientras que el Espíritu da vida*" (2Cor 3,6).

d) Ez 37,9-10: La fuerza del espíritu vivificante

El profeta invoca con fuerza al espíritu y, cuando el espíritu penetra en los cuerpos, éstos reviven y se ponen en pie (Ez 37,9-10). Ezequiel invoca con fuerza el espíritu. La intensidad del clamor aparece en la expresión "*¡ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que vivan!*" Los cuerpos no sólo cobran vida, sino que se ponen de pie. La posición "estar de pie" alude a la dignidad personal. Desde la perspectiva bíblica, el hombre que ha sido liberado y ha recibido el espíritu de Dios, recupera su plena dignidad humana que se manifiesta en el hecho de poder ponerse de pie.

La primera intervención del profeta consiguió que los huesos secos, metáfora del Israel exiliado, se constituyeran en cuerpos, es decir, logró que los israelitas dispersos se congregaran en una comunidad para poder sobrevivir. Pero aquella comunidad, por muy bien organizada que estuviera, carecía de lo más importante, le faltaba el espíritu.

¿Qué significa el espíritu en la profecía de Ezequiel? Para responderlo leamos otro fragmento del libro: "*Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis mandamientos, observando y guardando mis leyes [...] vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios*" (Ez 36,26-28).

El espíritu que Dios infunde a su pueblo radica en el nuevo corazón que le regala. Un corazón que no es de piedra, sino un corazón de carne. En definitiva, un corazón que sabe amar. Quien ama ha cumplido toda la ley, porque sólo el amor hace nuevas todas las cosas. Amar a una persona es creer en ella, fiarse de su condición y desearle lo mejor que uno puede darle. ¿Qué es lo mejor?: querer hacerla libre y aproximarla a la verdad. Cuando el amor prendió en el pueblo deportado, la comunidad organizada se convirtió en una comunidad viva que sabía amar. En aquella comunidad, Dios depositó su mejor esperanza en que algún día llegara a manifestar la gloria divina entre las naciones (Is 43,1-7).

El Señor eligió a su pueblo para siempre y Él es fiel a su palabra, pues sólo el amor permanece (1 Cor 13). Israel abandonó al Dios liberador para entregarse a los ídolos de muerte y pagó su ingratitud con el dolor del exilio. El sufrimiento del destierro permitió a Israel descubrir la intimidad de Dios: el Señor no es una divinidad difusa y lejana, es el único Dios. Él actúa en el corazón de la historia para liberar a su pueblo mediante el espíritu, el amor que hace nuevas todas las cosas.

5. Síntesis y aplicación a la vida

El sufrimiento de Israel en el exilio fue la encrucijada donde el pueblo descubrió la ternura liberadora de Dios. Nos cuesta mucho hallar un sentido al sufrimiento. Muchas veces la óptica humana sólo percibe en el dolor la experiencia de la fatalidad. Pero desde la perspectiva cristiana, desde la visión de quien se siente sostenido en las buenas manos de Dios, el sufrimiento puede ser una mediación para hacernos descubrir que el amor y la entrega llenan la vida de sentido. Reflexionemos brevemente sobre el sentido del sufrimiento humano.

Cuando abrimos las páginas de los periódicos y constatamos el dolor que asola las naciones del Tercer Mundo quedamos sobrecogidos. El sufrimiento y el hambre que las acosa no acontecen por azar ni porque Dios lo desee. El mal que padecen nace de la injusticia, concretamente del afán

de poder y del abuso despiadado de unos pueblos sobre otros.

Muchas veces nos sorprenden las noticias de catástrofes naturales, accidentes y enfermedades. Tampoco se producen por casualidad, ni porque Dios lo envíe, sino que son consecuencia de la propia limitación de la naturaleza y de la persona humana. El hombre, nacido de mujer, es corto de días y harto de dolores como proclama el libro de Job (Job 14,1-2), y la naturaleza está sometida a las leyes de la selección natural que implica que se produzcan terremotos, volcanes, etc.

El cristiano tiene la obligación moral de combatir las causas del sufrimiento que nace de la injusticia con la militancia eficaz en la lucha por la paz y la justicia social. Respecto del sufrimiento que procede de la limitación de la persona humana y de las características propias de la naturaleza, no le queda al hombre otra alternativa que aceptarlo, pero tiene la sagrada obligación de mitigar este tipo de sufrimiento con la participación activa en el desarrollo científico-técnico y mediante la práctica activa de la solidaridad.

Desde la perspectiva externa nuestra respuesta al sufrimiento no puede ser otra, pero interiormente, ¿cuál es el sentido del sufrimiento?

Los cristianos creemos en la encarnación del Hijo de Dios (Jn 1,14). El Evangelio enseña que Jesús ha sido más humano en aquellos momentos de su vida en que más ha sufrido. Durante su pasión, el Evangelio lo presenta en su rostro más humano. Pilato, ante Jesús azotado y coronado de espinas, exclama: *“¡Aquí tenéis al hombre!”* (Jn 19,5). Jesús sufre injustamente, pero sabe transformar este dolor en amor en favor de todos. Utilizando una metáfora, podríamos decir que el sufrimiento es aquello que le da al Hijo de Dios la “oportunidad” de hacerse profundamente humano. Le ofrece la “ocasión” de convertir su amor divino en humano.

San Pablo dice: *“Ahora me alegro de sufrir por vosotros, y por mi parte completo en mi carne lo que le falta a la pasión de Cristo”* (Col 1,24). ¿Qué quiere decir con estas palabras? Pablo predicó el Evangelio con entusiasmo, pero sufrió la persecución y el oprobio a causa de Cristo (2 Cor 11,23-29). El apóstol sufre injustamente pero afirma que este dolor es precisa-

mente aquello que le hace “sentir como” Jesús durante la pasión. El sufrimiento brinda a Pablo la “ocasión” de sentirse como Cristo en la pasión; en definitiva, le permite convertir su amor humano en divino.

Nuestro vocabulario actual relaciona el término “misterio” con aquello que es intrincado y oscuro. Pero para la mentalidad antigua la noción de “misterio” adquiría un significado completamente distinto. El misterio era el ámbito donde tenía lugar el encuentro personal entre el hombre y Dios.

El sufrimiento es un misterio, pero no porque sea algo inexplicable, sino porque en él se encuentran, solidariamente, las dos “ocasiones”. La “ocasión” de Dios para hacerse plenamente humano y la “ocasión” del hombre para sentirse como Jesús. En el sufrimiento, el hombre puede tantear cómo padeció Jesús por nosotros, y el Hijo de Dios, sufriendo en la cruz, pudo experimentar cómo padece el hombre que necesita salvación.

El sufrimiento es duro, pero es misterio. Es decir, es un momento privilegiado para el encuentro personal entre Dios y el hombre. A Israel, el sufrimiento del exilio le hizo descubrir la naturaleza amorosa de Dios y propició el inicio de un nuevo pueblo edificado sobre el espíritu y el amor. Y, a nosotros ¿qué nos aporta la experiencia de sufrimiento?

“¡Huesos secos, escuchad la palabra del Señor!”

Ambientación

Nos disponemos a escuchar la palabra de Dios. Nos hacemos conscientes de que, una vez más, Dios quiere dialogar con nosotros. Podemos comenzar rezando juntos el Salmo 20 (19) e invocando la fuerza del Espíritu Santo que nos ayude a comprender y a transformar en vida lo que escuchamos y meditamos.

Antes de comenzar buscamos **Ez 37,1-14**.

Miramos nuestra vida

Los medios de comunicación introducen en nuestras casas situaciones de dolor extremo: personas “en los huesos”, castigadas por el hambre; pueblos destrozados por las guerras, por los terremotos o por el afán egoísta de poder... A nuestro alrededor también se producen situaciones de gran sufrimiento: el paro, familias rotas, personas sin hogar... Conocemos muy de cerca gente a quienes la depresión o los problemas les hacen parecer “muertos vivientes”.

- *¿Cuál es nuestra reacción ante el dolor en el mundo? ¿Y ante el sufrimiento propio o el de los nuestros?*

- *Frente a estas situaciones, ¿qué o quiénes me ayudan a no perder la esperanza?*

Escuchamos la palabra de Dios

El pueblo de Israel estaba sufriendo el exilio. La incertidumbre por lo ocurrido estaba dejando paso a la desesperanza. En este contexto de sufrimiento, Ezequiel, de parte



del Señor, ofrece una palabra de aliento. Es uno de los textos más conocidos del profeta. Dejémonos impactar por la fuerza de sus imágenes y la expresividad de los símbolos. Detengámonos sin prisas en todos los detalles que llamen nuestra atención. Imaginémonos presentes en el valle de los huesos secos. Miremos y escuchemos lo que sucede.

- Para acoger mejor la palabra de Dios nos preparamos con unos momentos de silencio. Nos hacemos conscientes de que el Señor quiere transmitirnos algo importante.

- Proclamación de Ez 37,1-14.

- Cada uno vuelve a leer personalmente el pasaje e intenta comprender lo que dice, ayudado de las notas de su Biblia.

- Todos juntos tratamos de responder a las siguientes preguntas:

- *¿Por qué Ezequiel usa la imagen de los huesos secos? ¿Qué está describiendo con ella?*
- *¿De qué manera se produce la transformación de los huesos en seres vivientes? ¿Qué pasos se dan?*
- *¿Quién o quiénes hacen posible esa transformación tan radical?*

Volvemos sobre nuestra vida

Ezequiel hablaba a los exiliados de Israel sumidos en el desaliento. Pero sus palabras no son como aquellos huesos secos, incapaces por sí mismos de cobrar vida. Al contrario, están llenas del Espíritu del Señor y pueden seguir hablándonos hoy, aquí, en nuestra situación actual.

Vamos a seguir conversando a partir de las siguientes preguntas:

- *¿En qué situaciones de nuestro mundo actual este texto de Ezequiel podría resonar con vigencia y actualidad? Tratad de poner ejemplos concretos.*

- *¿Cómo puedo comprometerme y ser la voz de Dios que ponga de pie a tantos "huesos secos"?*

Oración

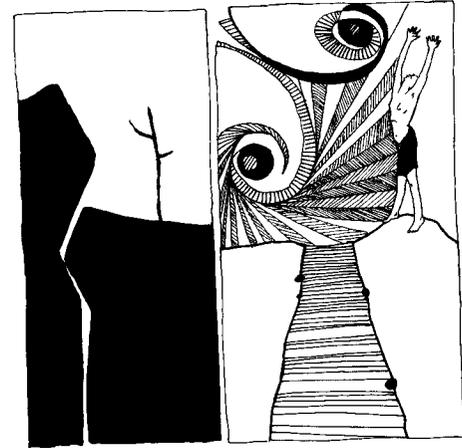
Movidos por el Espíritu Santo, que es capaz de sacar vida de la muerte, presentemos al Señor nuestra oración a partir de lo que hemos leído y meditado.

- Leemos de nuevo el pasaje bíblico.

- Cada uno ora personalmente a partir de lo que el pasaje de la Escritura le sugiere decir a Dios. Su plegaria puede ser también una petición de luz y fuerza para saber poner en práctica la invitación que el Señor le hace.

- Cada participante puede expresar en voz alta una breve plegaria reflejo de su oración al Señor.

- Podemos terminar el encuentro con un canto apropiado. También podemos acabar leyendo 1Cor 13,1-13, recordando que el Señor dio vida a su pueblo y le regaló un corazón grande, un corazón capaz de amar. Ese amor es un regalo y un compromiso para dar esperanza al sufrimiento de nuestros hermanos.

SEGUNDO ISAÍAS**Dios interviene en la historia
con su fuerza liberadora**

Amós predicaba la justicia y Oseas testimoniaba la ternura de Dios. El Señor que exige la justicia y proclama la misericordia, sostiene nuestra vida en sus buenas manos (Isaías) y la protege en los momentos difíciles (Jeremías). Pero el Señor no se limita a protegernos y guardarnos, sino que transforma de raíz nuestra existencia. La profecía de Ezequiel ha mostrado cómo el sufrimiento es un ámbito privilegiado donde acontece el encuentro personal entre Dios y el hombre. El Segundo Isaías (Is 40-55) narrará cómo la palabra de Dios cala en el fondo de Israel deshecho y lo convierte en el pueblo que proclama la gloria de Dios. En definitiva, Is 40-55 manifiesta cómo la ternura del Señor actúa en la historia y engendra siempre la liberación humana.

Recordemos lo que se entiende por Segundo Isaías. El libro de Isaías presenta un sentido coherente en cuanto a su globalidad (Is 1-66). Sin embargo desde los estudios de B. Dhum (1892) se considera dividido en tres secciones mayores: Is 1-39 Primer Isaías, Is 40-55 Segundo Isaías e Is 56-66 Tercer Isaías. El Segundo Isaías corresponde a la voz de

un profeta anónimo que proclama la palabra de Dios a lo largo de Is 40-55.

1. Situación política, social y religiosa en la época del Segundo Isaías

La segunda etapa de la misión de Ezequiel se caracterizó por devolver la confianza al pueblo desalentado por el pesar del exilio. El profeta anunciaba con tesón la futura regeneración de Israel y, ciertamente ésta tuvo lugar, pues Dios no abandona nunca a quienes ha ganado para sí.

Ciro el Grande (555-529 a.C.), fundador del imperio persa, después de tomar Ecbatana y ocupar Lidia conquistó Babilonia en el año 539 a.C. Ciro se caracterizó por su gran humanidad con los pueblos vencidos. Tras conquistar Babilonia, publicó un decreto por el que permitía a los judíos deportados regresar a su patria y reconstruir el templo de Jerusalén (Esd 1,1-4).

La predicación del Segundo Isaías puede situarse en el período que media entre las primeras victorias de Ciro y el regreso de los primeros exiliados a la Ciudad Santa. El mensaje del profeta reposa en un principio claro y básico: el Dios de Israel es el único Dios, y su divinidad reposa en su capacidad de intervenir en la historia humana. Es decir, el Dios de Israel es Dios no porque sea eterno u omnisciente, sino porque interviene en la historia para propiciar la liberación de Israel.

El Segundo Isaías percibió la actuación divina en la historia del pueblo exiliado mediante tres mediadores: Ciro, el mensajero de buenas nuevas y el Siervo de Yavé.

Ciro llevó a término, por mediación de Dios (Is 41,1-5.25), la liberación de los deportados, por eso el profeta le denomina "mayoral" (Is 44,28) y "ungido de Dios" (Is 45,1). El mensajero de buenas nuevas anunció con gozo la reconstrucción de Jerusalén e infundió ánimo al pueblo para levantar la ciudad (Is 41,27).

Dios intervino en la historia para liberar a Israel pero, como siempre, la actuación divina no suplantó la libertad ni

la responsabilidad humana. El pueblo tuvo que esforzarse para dar sentido a su libertad y reconstruir la ciudad santa. Ese esfuerzo tenaz que implicó lucha y sufrimiento aparece en los llamados "Cánticos del Siervo de Yavé" (Is 42,1-4; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12). El Siervo es un personaje anónimo al que los comentaristas han atribuido identidades diversas pero, como veremos más adelante, representa el esfuerzo de Israel para constituirse en el pueblo que refleja ante las naciones la gloria de Dios.

A diferencia del resto de los grandes libros proféticos, el protagonista de Is 40-55 no es el profeta que llamamos Segundo Isaías. El auténtico protagonista del libro es la palabra de Dios que, voceada por los labios del profeta, transforma al pueblo desolado del exilio en la nación que proclama la gloria del Señor.

2. Lectura de Is 40,1-11: La palabra de Dios permanece para siempre

- ¹ *Consolad, consolad a mi pueblo.
-dice vuestro Dios-*
- ² *Hablad al corazón de Jerusalén,
gritadle que se ha cumplido su condena
y que está perdonada su culpa,
pues ha recibido del Señor doble castigo
por todos sus pecados.*
- ³ *Una voz grita:
"Preparad en el desierto un camino al Señor,
allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios".*
- ⁴ *Que se eleven los valles
y los montes y colinas se abajen,
que lo torcido se enderece y lo escabroso se allane.*
- ⁵ *Entonces se revelará la gloria del Señor
y la verán juntos todos los hombres
-lo ha dicho la boca del Señor-.*
- ⁶ *Una voz dice: "¡Grita!"
Y yo pregunto: "¿Qué he de gritar?"
¡Si todo el pueblo es hierba
y su ilusión está marchita como flor del campo!"*

- ⁷ *Así es, toda carne es hierba.
Se seca la hierba, se marchita la flor,
al pasar sobre ellas el soplo del Señor;*
⁸ *se seca la hierba, se marchita la flor,
pero permanece para siempre
la Palabra de nuestro Dios.*
- ⁹ *Súbete a un monte elevado, mensajero de Sión,
alza tu voz con brío, mensajero de Jerusalén,
álzala sin miedo y di a las ciudades de Judá:
"Aquí está vuestro Dios,*
¹⁰ *aquí está el Señor;
viene con poder y brazo dominador;
viene con él su salario, le precede la paga.*
- ¹¹ *Apacienta como un pastor a su rebaño
y amorosamente lo reúne;
lleva en brazos los corderos
y conduce con delicadeza a las recién paridas."*

3. La misión de la palabra de Dios en el Segundo Isaías

El Segundo Isaías no describe la vida de un profeta particular, sino que el protagonista del libro es la palabra de Dios que renueva la vida de Israel. Recorreremos ahora el itinerario de la Palabra por las entrañas del pueblo para constatar la eficacia con que le transforma.

Cuando la palabra de Dios halla eco en nuestra vida, la cambia de raíz. El Segundo Isaías narra una bella historia. En el prólogo (Is 40,1-11) el profeta grita la Palabra al pueblo endeble como hierba y flor marchita (Is 40,6-8). El eco de la voz divina engendrada en los labios del profeta retumba en los oídos de Israel y, a lo largo de todo el libro, lo convierte en el pueblo que narra la gloria de Dios (Is 40,12-55,5). El epílogo constata cómo la Palabra ha renovado a Israel desde los cimientos: *"En vez de zarzas crecerán cipreses, y mirtos en lugar de ortigas. Y será ésta una señal imperecedera, que hará famoso para siempre al Señor"* (Is 55,13). El pueblo quebradizo y fugaz, zarza y ortiga, se vuelve verde y longevo como mirto y ciprés.

La Palabra restaura a Israel en cuatro etapas: el combate contra los ídolos (Is 40,12-44,23), la misión de Ciro y la

caída de Babilonia (Is 44,24-48,22), el misterio del sufrimiento (Is 49,1-53,12), y la reconstrucción de Jerusalén (Is 54,1-55,5).

La palabra profética revela el cuidado de Dios por su pueblo (Is 40,9.11), pero la voz del profeta topa con una dificultad: Israel vive alejado del Señor y apegado a los ídolos. El profeta necesita recordar la identidad de Dios y comentar de nuevo sus maravillas: Yavé es el Creador (Is 40,12-31), el Señor de la historia (Is 41,1-42,13) y el Libertador de Israel (42,14-44,23). En contraposición con la grandeza divina, los ídolos son ridículos, efímeros, e incapaces de salvar (Is 40,19-20; 41,6-7; 44-20).

La Palabra cala en el pueblo. La verdad no está en los ídolos, sino en Yavé que actúa para salvar a Israel. El pueblo podría inquirir: ¿dónde acontece la actuación de Dios? Israel esperaría captar la presencia de la divinidad con las mediaciones del Antiguo Testamento: sacerdote, profeta y rey. Pero la palabra profética sorprende siempre. Dios no actúa sólo con las mediaciones del Antiguo Testamento, sino que acontece principalmente en los signos de los tiempos: Ciro es el instrumento divino para salvar a Israel (Is 44,24-45,19), Babilonia el paradigma de la opresión y la ausencia de Dios (Is 45,20-47,15), e Israel será testigo de la liberación del Señor propiciada por la palabra del profeta (Is 48,1-48,22).

La Palabra descubre a Israel su intimidad con Dios pero le desvela también el desafío de convertirse en pueblo nuevo plasmado en la reconstrucción de Jerusalén. La opción por crecer implica la confianza en Dios, la ilusión por construir el futuro y la decisión para dejar el lastre del pasado. La palabra de Dios no actúa mecánicamente, sino que supone el esfuerzo, conlleva el sufrimiento y exige la esperanza humana.

Israel tuvo que abandonar muchas cosas para dejarse transformar por la Palabra. La más difícil fue, sin duda, la renuncia a la institución monárquica. Los pueblos antiguos estaban gobernados por un rey, pero Israel durante el exilio en Babilonia (587-538 a.C.) y al volver a su patria (538 a.C.) tuvo que renunciar a la monarquía, y edificarse sobre bases nuevas. Al carecer de rey humano, el Señor sería su rey (Is 43,15; 52,7) y el mismo pueblo manifestaría el destello de Dios en su seno (Is 43,7).

El esfuerzo y el sufrimiento de Israel para edificarse sobre bases nuevas aparece en la tercera parte del libro (Is 49,1-53,12) y, especialmente, en los llamados “Cánticos del Siervo de Yavé” (Is 42,1-4; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12). Los comentaristas confieren al Siervo identidades diversas, pero ahora indagaremos su significado metafórico. El Siervo representa el misterio del sufrimiento y del esfuerzo de Israel para edificarse de nuevo sobre los criterios de Dios.

El término “misterio” alude en el lenguaje cotidiano a lo intrincado y oscuro, pero en el vocabulario religioso indica el ámbito donde acontece el encuentro entre Dios y el hombre, encuentro que implica siempre el crecimiento personal y comunitario. La palabra de Dios penetra en Israel pero no actúa automáticamente, su eficacia depende de la acogida que le otorgue la libertad humana. La opción por la libertad implica sufrimiento y renuncia: dejar la carga del pasado y desplegar velas al futuro. El Siervo representa el sufrimiento por crecer, la opción por desprenderse de las ataduras del pasado y la decisión de dejar actuar la Palabra que lo transforma.

La opción por abrir la libertad al eco de la Palabra implica esfuerzo y dolor, pero posibilita engendrar la nueva Jerusalén. La cuarta parte del libro muestra la ciudad santa, símbolo del pueblo, reconstruida por la Palabra (Is 54,1-55,5). La novedad de Jerusalén consiste en su nueva relación con Dios, sobre la que crece la ciudad y la alianza del Señor. El pueblo, penetrado por la Palabra, expresa la gloria de Dios y se transforma en su testigo ante las naciones (Is 54,4.5) convirtiéndose, de ese modo, en la mediación divina para extender el mensaje a todas las naciones (Is 55,5).

Israel era un pueblo sumido en el fracaso, pero más importante que eso es la certeza de que Dios no abandona a ninguno de los que ha llamado. El Señor con la fuerza de su Palabra regeneró a Israel hasta convertirlo en el pueblo que manifestaba la gloria divina ante las naciones. La palabra de Dios inicia su tarea en el prólogo (Is 40,1-11) y la consuma en el epílogo (Is 55,6-13): el pueblo que era hierba seca y flor marchita se convierte en el testigo privilegiado de la gloria de Dios.

4. Elementos del texto

Podemos dividir el prólogo del Segundo Isaías en cuatro fragmentos: Is 40,1-2; 3-5; 6-8 y 9-11.

a) Is 40,1-2: El Señor consuela a su pueblo

Dios desea salvar a Israel que sufre el dolor del exilio. La relación entre Dios e Israel aparece mediante una frase sencilla: “dice vuestro Dios” (Is 40,1). El término “decir” indica en el lenguaje humano la acción de “comunicar datos”, en cambio cuando se refiere a Dios adquiere la significación de “revelar”. Cuando Dios habla se revela. El Señor no se limita a comunicar información. Su palabra penetra en la profundidad de la vida transformándola, siempre y cuando la libertad humana se lo permita.

El dolor de Israel en el exilio no era fruto del azar, sino consecuencia de haber abandonado los caminos de Dios y tomado la senda de la idolatría y el orgullo. Así lo anunciaba Jeremías (Jr 25,1-4), y lo narran con tristeza los últimos párrafos del libro de los Reyes (2 Re 24,1-25,26). Israel prescindió de Dios pero, a pesar de ello, el Señor no olvidó a su pueblo. Dios no abandona a quienes ha llamado, por eso se refiere a Israel diciéndole “mi pueblo” y se reconoce a sí mismo como Dios de Israel, “vuestro Dios” (Is 40,1). A pesar de la desidia humana, Dios mantiene la lealtad con el pueblo elegido consolándole, hablándole y gritándole su perdón.

El término “consolar” implica “dar ánimo” (Job 2,11) y “socorrer” al prójimo en la necesidad (Lam 1,21), pero en el Segundo Isaías la voz “consolar” significa “restaurar, reconstruir” (Is 49,13; 51,3). El pueblo padece el exilio y la Palabra divina no se limita a darle conformidad en la prueba. El Señor transformará a su pueblo para que manifieste ante las naciones la misericordia divina. Por eso el consuelo de Dios radica en la certeza que su Palabra reconstruirá a Israel. La decisión de Dios por rehacer a su pueblo es intensa, pues el término “consolar” aparece dos veces seguidas (Is 40,1): ciertamente, el Señor pone el vino nuevo en odres nuevos (Mt 9,17).

El Señor ordena hablar al corazón de Jerusalén. El término hebreo que traducimos por “hablar” ahonda el significado de la voz “decir” que antes hemos comentado. El lugar

más sagrado del templo de Jerusalén era el “debir”, llamado después “Santo de los Santos”: el sector reservado a Yavé donde reposó el Arca de la Alianza. El verbo “hablar” se pronuncia en hebreo “dabar”. Notemos la semejanza entre las palabras “debir” y “dabar”, pues en hebreo sólo cuentan realmente las consonantes, y, en ambos casos, son las mismas.

Cuando los profetas utilizaban la voz “dabar”, hablar, no entendían simplemente la palabra humana, sino la palabra nacida de Dios que alcanzaba el corazón humano renovándolo. La fuerza de la palabra del Señor aparece recalcada con la utilización del verbo gritar (Is 40,2), que indica la llamada divina que suscita la respuesta de quien la recibe. El grito que Dios nos dirige es la invitación a dialogar amistosamente con Él (Is 58,9).

La transformación divina no es superficial, alcanza la entraña de Israel: “*Hablad al corazón de Jerusalén*” (Is 40,2). El corazón representa para el Antiguo Testamento el eje de la persona, el lugar donde se asienta la relación con Dios y la morada de los sentimientos humanos. Pero en el lenguaje profético “hablar al corazón de alguien” implicaba también hablarle con cariño y ternura, por eso Oseas acoge de nuevo a Gomer, su esposa infiel, hablándole al corazón (Os 2,16).

Dios proclama un mensaje liberador al corazón del pueblo deshecho en la angustia del exilio, le dice que “*está perdonada su culpa, pues ha recibido del Señor doble castigo por todos sus pecados*” (Is 40,2). Detengámonos en este verso.

La prueba del exilio fue dura pero también fue el crisol donde Israel se purificó de la idolatría. Jeremías relata cómo el pueblo había abandonado la fuente de agua viva del Señor por las cisternas agrietadas de los ídolos (Jr 2,13). El sufrimiento del destierro fue la ocasión propicia por la que Israel reconoció a Yavé como único Dios y rechazó la falsedad idólatra. No en vano el Segundo Isaías dice a menudo refiriéndose a Yavé: “*Yo soy el primero y yo soy el último, no hay dios fuera de mí*” (Is 44,6). La dureza del exilio hizo que Israel redescubriera la identidad de Dios, al que la idolatría y la soberbia mantenían oculto.

El dolor de Israel en el exilio fue un misterio, pero no porque fuera algo inexplicable, pues se percibía objetivamente en la pérdida de la tierra, la destrucción del templo y la

división del pueblo. El sufrimiento de Israel fue un misterio porque era el ámbito en el que aconteció el encuentro pleno con Dios. El sufrimiento humano es un misterio, no porque sea inexplicable, sino porque es el ámbito privilegiado del encuentro entre Dios y el hombre.

El Señor revela a su pueblo que la prueba del destierro ha terminado. El anuncio divino utiliza una expresión propia “*ha recibido del Señor doble castigo por todos sus pecados*” (Is 40,2). La locución indica en el ámbito judicial que la pena impuesta por un delito ha sido satisfecha del todo. Dios anuncia a su pueblo que reencontrándole a Él ha reconquistado su libertad.

b) Is 40,3-5: El pueblo proyecta su futuro

Israel se ha reencontrado con Dios en la prueba del exilio, pero la fuerza divina no suple la responsabilidad humana en la opción por edificar un mundo nuevo. Una voz anónima ha escuchado el grito de Dios e invita al pueblo a edificar su futuro: “*Una voz grita: Preparad en el desierto un camino al Señor, allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios*” (Is 40,3).

El desierto denota el lugar terrible lleno de serpientes y escorpiones, árido y sin agua (Dt 8,15), pero también evoca el momento privilegiado de la revelación de Dios a su pueblo (Jr 2,2; Os 2,26). En el Segundo Isaías, el “desierto” y su sinónimo, la “estepa”, constituyen la metáfora que describe a Israel alejado de Dios. Recuerdan al pueblo ciego y sordo, saqueado y expoliado por haberse apartado del Señor (Is 42,12-28). Efectivamente, el desierto y la estepa simbolizan la existencia de Israel en el exilio. ¿Qué otra cosa es Israel sino un pueblo expoliado, saqueado y deportado de su tierra? En el exilio redescubrirá la amistad con Dios y la capacidad de reconstruir la alianza permanente con Él.

A lo largo del desierto y la estepa, la voz anónima exige la construcción de un camino o una calzada para el Señor. El sustantivo “camino” puede comprenderse en su acepción material (Gn 24,48), pero en el Segundo Isaías refiere metafóricamente el plan de Dios sobre Israel y la respuesta coherente del pueblo a la voluntad divina. Cuando Israel se halla fuera del camino aparece como impío (Is 55,7), expoliado (Is

42,24) y alejado de Dios (Is 53,6). En cambio cuando recorre el camino de Dios es el pueblo redimido que simbólicamente disfruta de buenos pastos (Is 49,9).

La voz anónima del prólogo (Is 40,3.6) compara a los exiliados con el desierto y la estepa. No esconde de ese modo el sufrimiento de los deportados, pero les recuerda que es el ámbito para encontrarse con Dios y convertirse. La auténtica conversión implica la decisión por cambiar de vida acogiendo al plan de Dios. Israel sabe de antemano que tiene a Dios de su parte, pero el esfuerzo por construir el camino y la calzada depende de su propia decisión: Israel, con la ayuda divina deberá optar por emprender los caminos del Señor.

El consuelo divino potenciará la decisión del pueblo, pero Israel deberá elevar los valles de su humildad y abajar los montes de su orgullo, tendrá que enderezar lo torcido de sus mentiras y eliminar los embustes de la idolatría. Después de ese proceso, el pueblo transformado revelará la gloria de Dios (Is 40,5).

La gloria de Dios constituye la santidad, la bondad y la ternura del Señor, pero ¿cómo es posible ver la gloria de Dios? El Segundo Isaías describe poéticamente cómo Él ha elegido y modelado a Israel para que sea ante todas las naciones el espejo de su gloria (Is 43,1-7). Dice el Señor: *"Israel no temas, pues yo te he rescatado [...] para mi gloria"* (Is 43,1.7). Dios ha salvado a Israel para que refleje la gloria divina.

Israel convertido, como la Iglesia que da testimonio de Cristo, constituye la gloria de Dios. Y la gloria de Dios manifestada por el testimonio del pueblo es la mediación privilegiada de la evangelización, pues así lo afirma la voz profética con decisión *"... y la verán juntos todos los hombres"* (Is 40,5). ¿Podrá el pueblo exiliado convertirse y revelar la gloria del Señor?

La respuesta es categóricamente afirmativa: *"lo ha dicho la boca del Señor"* (Is 40,5). La "boca de Yavé" aparece a menudo como sinónimo del término "profeta" (Is 1,20, Miq 4,4), pero en Is 40,5 adquiere un sentido especial. Al inicio del prólogo (Is 40,1-2), el Señor consuela y habla a su pueblo. Recordemos que cuando Dios habla no se limita a rela-

tar acontecimientos, sino que transforma de raíz a quien opta libremente por dejarse penetrar por su Palabra. La voz anónima ha recordado a Israel su obligación de convertirse a los caminos del Señor, y la frase final *"lo ha dicho la boca del Señor"* asegura por parte de Dios la redención del pueblo.

Desde la perspectiva creyente, el compromiso militante para edificar el mundo según los criterios de Dios manifiesta externamente la profundidad de la fe. La disposición divina para regalar la libertad a Israel no tiene límite, pero ¿querrá el pueblo exiliado comprometerse a seguir los caminos del Señor?

c) Is 40,6-8: La imprescindible fuerza divina para llevar a término el proyecto humano

El Señor ha consolado a su pueblo (Is 40,1-2), y la voz anónima ha proclamado el proyecto divino en favor de Israel (Is 40,3-5). Súbitamente, alguien oye una voz que le dice *"¡Grita!"* (Is 40,6). ¿De quién procede esa voz? Al observar atentamente Is 40,1-11 notamos que la palabra "dice" aparece dos veces. Si la primera apunta a Dios *"dice vuestro Dios"* (Is 40,1), podemos suponer que la segunda (Is 40,6) también tiene a Dios por sujeto [Opinan así numerosos comentaristas]. El Señor dice a algún deportado que grite, es decir, que proclame el consuelo y el proyecto divino en favor de Israel (Is 40,1-5).

El israelita invitado a proclamar la Palabra se detiene a contemplar la realidad de su pueblo. Al ver la desolación de Israel, responde a Dios con desazón: *"¿Qué he de gritar? ¡Si todo el pueblo es hierba y su ilusión está marchita como flor del campo!"* (Is 40,6). Le parece imposible que el pueblo renazca de la postración. Ciertamente, desde la perspectiva humana parece que no hay nada que hacer. La hierba reseca y la flor marchita describen metafóricamente la situación de Israel y de la estirpe humana agostados y sin ánimo (Sal 103,15).

Tras la respuesta desabrida, el texto presenta una glosa: *"Así es, toda carne es hierba"* (Is 40,7). ¿Qué es una glosa? Cuando el libro de Isaías terminó de redactarse comenzó a leerse con fruición por los creyentes. Si un lector hallaba un párrafo que cuestionaba su vida, escribía en el margen de la

página una nota. Esas notas se denominan glosas y, al copiarse los libros a mano, las glosas se incorporaban con facilidad al texto bíblico. [Algunas versiones de la Biblia omiten esta glosa, pero como figura en el texto hebreo, creemos que debe traducirse].

Imaginemos la situación del glosador. Ha pasado mucho tiempo desde que se terminó de escribir el libro de Isaías, el pueblo habita en Jerusalén donde lleva una vida lánguida e irrelevante. En esa situación, un judío lee la expresión desazonada que profirió el israelita exiliado “*se seca la hierba, se marchita la flor...*”, y la aplica a la situación de su pueblo. Constata cómo Israel, aunque habite la Ciudad Santa, continúa desalentado y, con tristeza, manifiesta: “*efectivamente, el pueblo es hierba*” (Is 40,7).

Pero volvamos a la situación del israelita exiliado que ha recibido la llamada de Dios. Vuelve a observar a su pueblo, y constata cómo, humanamente, hay poco que hacer “*se seca la hierba, se marchita la flor...*” (Is 40,7-8). Aun así, su mirada no se detiene en la superficie, sino que alcanza la profundidad de la vida “*...pero permanece para siempre la palabra de nuestro Dios*” (Is 40,8).

Ese “*pero*” es significativo, pues indica la lectura creyente de la realidad. Quien capta la llamada de Dios, observa la desidia de su pueblo, pero junto al desaliento humano intuye lo esencial: la misma presencia de Dios que con la fuerza de su Palabra transforma a Israel desde lo hondo de su vida.

El significado de la frase “*permanece para siempre la Palabra de nuestro Dios*” (Is 40,8), podría considerarse un excelente resumen del mensaje de Is 40-55: la palabra de Dios, o, mejor dicho, Dios mismo, transforma siempre a quien se deja transformar por Él. Tras la palabra que traducimos por “*permanece*” se esconde el verbo hebreo “*levantarse*”: Dios levanta siempre a quien se acoge a su misericordia y se refugia en su regazo.

d) Is 40,9-11: La palabra de Dios culmina su proyecto liberador

El israelita transformado por la Palabra es alguien capaz de proclamar el mensaje liberador del Señor, y se convierte en profeta. Recordemos que los profetas no hacen

cábalas sobre el futuro, para eso están los nigromantes y adivinos. Profeta es el hombre forjado por la Palabra que comunica a la sociedad de su tiempo el designio liberador de Dios.

El profeta sube a un monte y anuncia a las ciudades de Judá la Buena Nueva: “*Aquí está vuestro Dios [...] viene con poder [...] Apacienta como un pastor a su rebaño y amorosamente lo reúne; lleva en brazos a los corderos y conduce con delicadeza a las recién paridas*” (Is 40,9-11). Las ciudades de Judá no indican, en este caso, una realidad geográfica sino que representan al pueblo exiliado sobre el que el profeta vierte la palabra de Dios. El Señor no es indiferente al sufrimiento de su pueblo sino que lo toma en sus brazos y lo hace revivir.

La sociedad israelita practicaba la agricultura y el pastoreo y, por eso, identificaba fácilmente a Yavé con la figura del pastor. Los salmos describen el pastoreo divino especialmente cuando Israel atraviesa etapas difíciles de su historia (Sal 23,4). Concretamente los salmos 78,52 y 80,2 evocan la ocasión en que el Señor liberó a Israel de la esclavitud de Egipto y lo guió a través del desierto hacia la tierra prometida.

El profeta proclama que el Señor viene a pastorear a su pueblo, es decir, a liberarlo de la encrucijada del exilio. Pero esta vez el pastoreo divino será muy especial. Dios acogerá delicada y amorosamente a su pueblo y prestará su ayuda privilegiada a los más débiles, representados por las ovejas recién paridas (Is 40,11).

5. Síntesis y aplicación a la vida

El Señor ofrece el consuelo a su pueblo (Is 40,1-2). Después, una voz anónima intenta convencer a Israel para que se acoja el proyecto de Dios (Is 40,3-5). El Señor elige a un exiliado para ser su profeta, pero cuando el elegido palpa la realidad reseca de Israel cae en el desánimo. Sin embargo, tras una observación más atenta, comprende que, aunque el pueblo yazca marchito, la fuerza de la Palabra permanece para siempre. Y, sabiéndose forjado por la Palabra, comienza a predicar a los deportados su pronta liberación (Is 40,9-11).

Durante el dolor del exilio, Israel descubrió la ternura liberadora de Dios. La Palabra trocó el corazón yermo de Israel en espejo de la gloria del Señor en cuatro etapas: le desveló la falsedad de los ídolos, le abrió los ojos ante los signos de los tiempos, le explicó el sentido del sufrimiento y le alentó a edificarse como pueblo renovado.

La Sagrada Escritura reitera hasta la saciedad la identidad de los tres ídolos clásicos: el afán de poder, el ansia de tener, y el anhelo de aparentar. Pero quizá habría que añadir un cuarto ídolo muy propio de la posmodernidad y del sentimiento religioso concerniente al *new age*: el ídolo de la superficialidad.

La falta de profundidad hace que la existencia humana se disuelva en el instante fugaz. Sin darnos cuenta, la ausencia de raíces convierte nuestra vida en hierba seca y flor marchita. La falta de calado envuelve al ser humano en el espejismo de pensar que el sentido de la vida reposa en lo efímero, cuando la razón de la existencia cristiana permanece en la certeza de la victoria final, en el triunfo del Dios de la vida sobre los ídolos de muerte. Jesús de Nazaret no se conformaba con la admiración pasajera provocada por sus milagros, sino que proyectaba su existencia hacia la victoria de la resurrección.

El triunfo de la resurrección de Jesús supuso el trago amargo del sufrimiento y la muerte en cruz. Vivir en profundidad implica para todo cristiano adoptar ante la existencia una actitud abierta, crítica y activa que conlleve la transformación de nuestro mundo en imagen del reino de Dios.

El Segundo Isaías abrió los ojos de Israel a los signos de los tiempos. Mostró al pueblo que la actuación divina no tiene por qué acontecer mediante las instituciones propias del Antiguo Testamento (profeta, sacerdote y rey). Ciro el Grande, un monarca pagano y ajeno por completo al judaísmo, fue el mediador elegido por Dios para liberar a su pueblo.

El Espíritu Santo sopla donde quiere y hace crecer la semilla del Reino. La misión del cristiano radica en estar atento a los signos de los tiempos a través de los que brota la actuación de Dios en la historia, y comprometerse con ellos para que fructifiquen en la liberación de la humanidad.

“Consolad, consolad a mi pueblo”

Ambientación

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como palabra de Dios. Durante unos minutos de silencio le pedimos al Dios de la Vida que nos abra los ojos para reconocerlo presente entre nosotros, actuando en nuestra historia. Tras la pausa cantamos juntos un canto apropiado.

Antes de comenzar buscamos **Is 40,1-11**.

Miramos nuestra vida

Lo peor de las personas castigadas por el dolor no es, muchas veces, el sufrimiento en sí mismo. Lo peor es el abatimiento crónico, la desesperanza, el desconsuelo que se cierne sobre quienes sólo ven un futuro de hambre, de pobreza, de falta de trabajo, de soledad... Con frecuencia, lo primero que necesitan estas personas es que se les escuche, se les abrace, sentir la cercanía de alguien que les consuele y se implique con ellos.

- *¿Has tenido alguna vez la experiencia de ser consolado? Cuéntala al grupo.*

- *¿Qué personas necesitan hoy aliento y cercanía?*

Escuchamos la palabra de Dios

El pueblo de Israel en el exilio estaba desanimado. Se había quedado sin rey, sin templo, sin tierra y su esperanza, marchita, estaba dejando paso al desaliento. El profeta, de

parte de Dios, le ofrece consuelo y le da motivos para ponerse en pie y hacer revivir la esperanza.

- Para hacernos conscientes de que vamos a escuchar la palabra de Dios nos preparamos con unos momentos de silencio.

- Proclamación de Is 40,1-11.

- Leemos de nuevo el pasaje personalmente e intentamos comprender lo que dice, ayudados de las notas de la Biblia.

- Todos juntos tratamos de responder a las siguientes preguntas:

- *¿Qué personajes intervienen en el texto?*

- *¿Qué dice cada uno de ellos?*

- *¿Qué imágenes utiliza el profeta para dar su mensaje al pueblo?*

- *¿A qué le está invitando con esas imágenes?*

Volvemos sobre nuestra vida

R. Tagore, un poeta de la India dice: "Cuando el camino me cansa no te pido que me hables, sino que me des la mano". La palabra inicial de consuelo, para que sea auténtica, necesita el compromiso. Precisa, como los exiliados de Israel, sentir que Dios los reúne y los lleva en brazos, se preocupa de verdad por ellos. Vamos a reflexionar sobre las implicaciones que puede tener esto en nuestras vidas.

- *¿Somos la voz de Dios que consuela?*

- *¿A quién y cómo podemos consolar, liberar, ayudar?*

Oramos

Sabemos que no podemos ofrecer consuelo y apoyo si nosotros mismos no estamos unidos a Cristo, la fuente de todo consuelo. Vamos a reafirmar nuestra unión con Él y a pedirle que nos ayude a animar, ayudar y liberar.

- Leemos de nuevo Is 40,1-11.

- Cada uno ora personalmente a partir de lo que el pasaje de la Escritura le sugiere para decir a Dios y pidiendo

do saber poner en práctica la invitación que el Señor le hace.

- Cada participante puede expresar en voz alta una breve plegaria reflejo de su oración al Señor.

- Podemos terminar el encuentro cantando "Hazme instrumento de tu paz".

NOTAS

IV
**¿HACIA DÓNDE NOS CONDUCE
LA TRANSFORMACIÓN QUE REALIZA
EN NOSOTROS EL DIOS DE LA VIDA?**

DANIEL

La certeza de la victoria final



El Señor que modela nuestra vida, exige la justicia (Amós) y demanda la ternura (Oseas). Cuando optamos por practicar la justicia y vivir la misericordia, el mismo Dios nos sostiene en sus buenas manos (Isaías) y nos protege en los momentos difíciles (Jeremías). Pero además de guardarnos y cobijarnos, el Señor nos transforma con su Palabra (Segundo Isaías) y nos regala un corazón de carne (Ezequiel), un corazón capaz de amar para que seamos en medio del mundo testigos de la bondad de Dios.

Vivir el amor en el seno del mundo no es tarea fácil. El libro de Daniel explica cómo el pueblo judío conservó la fe y supo vivir el amor a lo largo de una persecución muy dura. Pero el libro no se limita a exponer la forma en que los judíos aguantaron la prueba. Va más lejos y afirma que todos aquellos que se mantienen fieles al Señor poseerán su Reino.

La bondad divina no se conforma con exigir la justicia y regalarnos un corazón capaz de sentir ternura con el prójimo. El Señor desea mucho más, quiere que seamos amigos suyos y, por eso, nos regala su Reino. El libro de Daniel des-

cribe la intención última por la que Dios modela nuestra vida con amor apasionado. El Señor nos forja para que estemos siempre con Él, para que vivamos con Él en su Reino.

1. Trasfondo político y social del libro de Daniel

El pueblo hebreo padeció el dolor del exilio hasta que Babilonia fue conquistada por Ciro el Grande (538 a.C.). El nuevo monarca publicó un edicto en el que permitía a los judíos deportados volver a su tierra (Esd 1,2-4). La primera expedición de repatriados fue encabezada por Sesbasar (537 a.C.), quien recibió el título de gobernador y al que se le encomendó la reconstrucción del templo de Jerusalén (Esd 5,14-16). Algunos años después, Zorobabel con otro grupo de exiliados llegó a la Ciudad Santa para continuar la obra de Sesbasar (Ag 1, 1).

Mientras tanto, Palestina permanecía integrada en una provincia del imperio persa llamada Transeufratina. La provincia se dividía en regiones menores, una de las cuales era Yehud, es decir, Judea. Los judíos, animados por los profetas Zacarías y Ageo, reconstruyeron el templo y lo habilitaron para el culto en el año 515 a.C.

Cerca del año 445 a.C. un dignatario persa de origen judío, Nehemías, fue designado por el rey persa Artajerjes gobernador de Yehud (Judea), y recibió el encargo de reconstruir la muralla de Jerusalén (Neh 5,16). Al concluir su tarea regresó a Persia, pero en el año 430 a.C. fue nombrado de nuevo gobernador de Judea. Esta vez le acompañó Esdras, sacerdote y escriba, para realizar una reforma religiosa (Esd 7,11-26).

Después de las grandes reformas de Esdras y Nehemías, Judea cayó en el desaliento de una vida lánguida mientras el imperio persa se deshacía lentamente.

Alejandro Magno, rey de Macedonia (Grecia), inició la conquista de Oriente (334 a.C.). Cuando llegó a Jerusalén recibió el acatamiento del sumo sacerdote y de toda la población. De ese modo, Judea pasó a depender de los griegos.

La influencia griega fue muy importante, pues los griegos esparcieron su cultura en Oriente. La cultura griega germinó en la tierra fértil del Próximo Oriente, y dio lugar a una nueva mentalidad llamada helenismo. La importancia del helenismo radica en ser el fruto maduro de la combinación de la cultura occidental (Grecia) con la oriental (Próximo Oriente). Judea se benefició de las cualidades del helenismo. Floreció el comercio, aparecieron nuevas vías de comunicación, aumentó la higiene, surgió una práctica médica más eficaz, la cultura se abrió al pensamiento griego, etc.

Pero Alejandro Magno murió súbitamente, siendo todavía joven (323 a.C.). Tras su muerte, el imperio atravesó un periodo turbulento en el que sus generales, los diádocos, se repartieron su vasto territorio. El general Ptolomeo, con el título de rey, ocupó Judea (320 a.C.). Pero más tarde (198 a.C.) se la arrebató el descendiente de otro general de Alejandro, llamado Seleuco. De esa manera, Judea pasó a formar parte del imperio Seléucida (la denominación "seléucida" procede del nombre de su primer rey, Seleuco).

Un sucesor de Seleuco, Antíoco IV Epífanes (173-164 a.C.) oprimió al pueblo judío intentando eliminar su cultura y su religión. Saqueó el templo de Jerusalén, exigió de los judíos la adoración de Zeus Olímpico y trastocó las costumbres ancestrales del pueblo. Muchos judíos apostataron de su fe y cambiaron su nombre hebreo por otro de origen griego. La represión de Antíoco y su obsesión por acabar con el judaísmo fue muy feroz.

Ante la agresión de Antíoco, los hermanos macabeos iniciaron una guerra de liberación nacional (167 a.C.). Durante la contienda murió Judas macabeo (161 a.C.), caudillo de la revuelta. A Judas le sucedió su hermano Jonatán y después Simón (142 a.C.). La valentía de los macabeos unida a las crecientes dificultades de Antíoco IV para controlar su imperio, favorecieron que los judíos recuperaran, con el esfuerzo de la lucha y el temple del sufrimiento, la independencia de la nación.

Sin embargo, la lucha armada no fue la única alternativa del pueblo judío para liberarse de la opresión de los despotas seléucidas. El libro de Daniel relata la segunda opción

que tomaron los judíos y que a la larga fue la más eficaz: la resistencia activa y pacífica.

La sección central del libro de Daniel (Dn 7-12) vio la luz durante la persecución de Antíoco IV. El libro nos revela en clave metafórica el sufrimiento del pueblo hebreo durante la represión de Antíoco. El libro de Daniel constituyó un acicate para que los judíos perseguidos perseveraran en su fe, sabiendo que quien mantiene la fe en tiempos difíciles goza de la victoria final. La obra de Daniel propone una resistencia activa y pacífica ante la opresión de Antíoco, y lo hace desde la certeza de que la perseverancia en la prueba otorga el triunfo definitivo.

2. Lectura de Dn 7,1-14: El anciano y el hijo de Hombre

¹ El año primero de Baltasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo sueños y visiones mientras dormía. Apenas se despertó, puso por escrito lo que había soñado.

² En mi visión nocturna pude ver cómo los cuatro vientos del cielo agitaban el inmenso mar, ³ y cómo cuatro bestias gigantescas, diferentes una de otra, salían del mar. ⁴ La primera era como un león y tenía alas de águila. Mientras yo miraba, le arrancaron las alas, se alzó sobre el suelo, irguiéndose sobre sus dos patas como un hombre, y se le dotó de mente humana.

⁵ En esto, apareció una segunda bestia, semejante a un oso; se erguía sobre uno de sus costados, llevaba entre las fauces tres costillas y una voz le decía: "¡Anda, levántate, devora toda la carne que puedas!".

⁶ Después vi otra bestia, como un leopardo, con cuatro alas de ave en su dorso y cuatro cabezas; a ésta se le dio el poder.

⁷ Vi todavía en mis visiones nocturnas una cuarta bestia; era terrible, espantosa y muy fuerte. Tenía grandes dientes de hierro, lo devoraba y trituraba todo, y con sus pezuñas pateaba las sobras; era diferente de todas las bestias anteriores y tenía diez cuernos.

⁸ Estaba yo observando los cuernos cuando entre ellos despuntó otro cuerno pequeño; para hacerle sitio hubieron de ser arrancados tres de los diez cuernos anteriores. Y vi que este cuerno pequeño tenía ojos como los de un ser humano y una boca que profería insolencias.

⁹ Mientras yo continuaba observando, alguien colocó unos tronos y un anciano se sentó. Sus vestiduras eran blancas como la nieve y sus cabellos como lana pura; su trono eran llamas; sus ruedas, un fuego ardiente; ¹⁰ fluía un río de fuego que salía de delante de él; miles de millares lo servían y miríadas de miríadas estaban de pie ante él. El tribunal se sentó y se abrieron los libros.

¹¹ Estaba yo fascinado por las insolencias que profería aquel cuerno, cuando vi que mataron a la bestia, destrozaron su cuerpo y lo arrojaron a las llamas ardientes. ¹² A las otras bestias se les quitó también el dominio y sólo hasta un determinado momento se les permitió seguir con vida.

¹³ Seguía yo contemplando estas visiones nocturnas y vi venir sobre las nubes alguien semejante a un hijo de hombre; se dirigió hacia el anciano y fue conducido por él. ¹⁴ Se le dio poder, gloria y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su poder es eterno y nunca pasará, y su reino jamás será destruido.

3. Situación de Dn 7,1-14 en el conjunto del libro de Daniel

El libro de Daniel presenta varias peculiaridades. La primera consiste en que está escrito en tres lenguas: Dn 1,1-2,4a aparece en hebreo, Dn 2,4b-7,28 en arameo y Dn 3,24-90; 13,1-14,42 en griego.

La segunda particularidad estriba en que el libro ha sido calificado como profético desde la perspectiva cristiana, mientras que la Biblia hebrea lo ha situado en un lugar distinto al que ocupan los libros proféticos, colocándolo casi al final, pues tras el libro de Daniel sólo aparecen Esdras, Nehemías y Crónicas. En nuestro comentario contemplaremos el libro de Daniel desde la óptica cristiana considerándolo un libro profético.

La tercera nota radica en la misma estructura del libro. Los capítulos 1-6 se caracterizan, principalmente, por ser historias ejemplares, donde Daniel y sus tres compañeros salen siempre vencedores de las insidias de los paganos, a la vez que el Dios de Israel es reconocido por todos como único Dios. Los capítulos 7-12 contienen muchas visiones en las que Dios se revela a Daniel. La sección final 13-14 narra el triunfo de Daniel sobre los malvados y ridiculiza la nulidad de los ídolos.

Centrémonos en Dn 7-12. Aunque desde la perspectiva cristiana consideremos la obra de Daniel como un texto profético, no podemos olvidar que estos capítulos pertenecen a una corriente religiosa especial llamada apocalíptica. ¿Qué es la apocalíptica? La apocalíptica es una forma de pensamiento religioso. En referencia a los textos bíblicos, comienza a principios del siglo II a.C. y acaba a finales del siglo I d.C. o inicios de II d.C. Contempla la humanidad tan corrompida por el mal, que sólo la intervención directa de Dios puede liberarla.

La sección Dn 7-12 fue escrita durante el período de opresión que Antíoco IV Epífanes ejerció sobre el pueblo judío. En aquella época había dos situaciones que tenían al pueblo de dolor. Por una parte la persecución despiadada del rey contra la cultura y la religión judía, y, por otra, la constatación de que muchos judíos, cansados de sufrir, abandonaban la fe y se pasaban al paganismo.

Cuando el mal y la opresión visten de luto al pueblo hebreo, nace la apocalíptica. Un grupo de judíos piadosos decide rebelarse contra la opresión de Antíoco IV, pero su revuelta no será armada sino que tomará el cariz de resistencia activa y pacífica.

Los maestros de esos grupos no animan al pueblo a combatir militarmente contra el opresor, sino que dan a sus hermanos judíos elementos útiles para sobrevivir en una situación desesperada, haciéndoles saber que la vida, en último término, reposa en las buenas manos de Dios, y que el mismo Señor concederá la victoria a quienes resistan la prueba. En definitiva, los apocalípticos enseñan que el que aguanta gana. Es decir, que quien resiste activa y pacíficamente las pruebas obtiene la victoria final.

Los sabios que redactaron Dn 7-12 no podían describir directamente la realidad opresiva que vivían, pues la policía de Antíoco IV hubiera acabado con ellos rápidamente. Tuvieron que describir la realidad disfrazándola y, por eso, en Dn 7,1-14 refieren cuatro bestias feroces y dos personajes misteriosos: el anciano cargado de años y el Hijo del hombre. Tras la violencia de las fieras se oculta la persecución padecida por los judíos durante su historia y, especialmente, la atroz opresión de Antíoco IV. La figura del anciano transluce la presencia de Dios que no abandona a su pueblo. Escondida tras la forma del Hijo del hombre, aparece la comunidad judía que con tenacidad resiste la prueba.

4. Elementos del texto (Dn 7,1-28)

a) El disfraz histórico de la visión (Dn 7,1)

La visión está situada en el primer año de Baltasar, rey de Babilonia (Dn 7,1). Sin embargo al consultar la historia babilónica constatamos que no hubo ningún monarca llamado Baltasar. El rey Baltasar (Dn 5,1; 7,1; 8,1) es pura ficción, pues, aunque el último soberano babilónico, Nabónido, tuvo un hijo llamado Baltasar, éste nunca llegó a reinar y sólo fue gobernador de la capital antes de su caída en manos de Ciro (538 a.C.).

El receptor de la visión y quien la pone por escrito es el mismo Daniel (Dn 7,1.28). ¿Quién es Daniel? Daniel es el personaje central del libro, pero si leemos el texto con atención apreciaremos cómo su psicología cambia constantemente. A lo largo Dn 1-6 aparece asociado a sus compañeros con quienes alcanza un puesto relevante en la corte. En cambio Dn 7-12 le presenta como un personaje misterioso y capaz de recibir las más complejas visiones, mientras Dn 13-14 lo describe cómo un muchacho casi desconocido que resuelve situaciones insólitas.

¿Quién se esconde tras el rostro de nuestro personaje? Daniel no es una figura desconocida en la Biblia. El libro de Ezequiel menciona a un tal Daniel, junto a Job y Noé, como prototipo emblemático de intercesión (Ez 14,14.20). Esdras

refiere un sacerdote llamado Daniel que regresa del exilio (Esd 8,2). También fuera de la Biblia aparece Daniel: la literatura de Ugarit le caracteriza por su justicia y sabiduría. En definitiva, Daniel era un personaje legendario del Próximo Oriente, por eso muchas tradiciones antiguas se referían a él.

El autor de Dn 7,1-28 enmarca la historia en la época de un rey inexistente, Baltasar, y la sitúa en la visión de un personaje legendario, Daniel. De ese modo, el autor podía hablar de la persecución de Antíoco IV refiriéndola a la época de un monarca desconocido, y podía expresar los sentimientos de los judíos oprimidos por boca de Daniel, sin levantar sospechas en los perseguidores.

b) La simbología de las tres primeras bestias (Dn 7,2-6)

El escenario de la visión resalta la angustia del pueblo judío: es de noche y las aguas del inmenso mar están agitadas (Dn 7,2). La situación evoca el estado del Universo antes del acontecimiento creador de Dios: *“La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo”* (Gn 1,2). Antes de la actuación de Dios, el mundo estaba en tinieblas, no había luz y la tierra era caótica. La persecución de Antíoco ha sembrado la tiniebla y el caos en Israel, pues el monarca seleúcida *“proferirá palabras insolentes contra el Altísimo, oprimirá a los fieles del Altísimo, tratará de cambiar las festividades religiosas y la ley”* (Dn 7,25).

Desde la óptica judía, el rey Antíoco IV había convertido Palestina en un caos, no sólo por la opresión bélica, sino, sobre todo, por la persecución religiosa. El Señor había establecido la ley y las festividades para que la sociedad judía viviera en paz. De la misma manera que Dios creó el mundo armónicamente (Gn 1,1-2,4), también el pueblo hebreo vivía en armonía cumpliendo la ley de Dios. Pero cuando Antíoco IV suprime la ley y altera las festividades devuelve el mundo judío a una situación de tinieblas semejante a la del cosmos antes de que Dios creara la luz (Gn 1,2), pues el pueblo ya no puede celebrar su fe ni manifestarla públicamente.

Una vez que el autor de Dn 7,1-28 ha descrito las calamidades de la sociedad judía con la metáfora de la noche y el mar agitado, repasa la historia reciente de su pueblo para percibir los momentos en que las fuerzas malignas le han

atormentado. Y lo hace, como buen apocalíptico, utilizando la simbología de las fieras.

La primera fiera es el león alado (Dn 7,4). Representa a Nabucodonosor, rey de Babilonia. Nabucodonosor oprimió al pueblo hebreo con dureza, pues conquistó Jerusalén (587 a.C.) y deportó a buena parte de la población a la capital de su imperio en tres oleadas sucesivas (597, 587, 582 a.C.).

La segunda bestia es semejante a un oso (Dn 7,5). Aparece cargado de violencia, pues lleva tres costillas entre las fauces y recibe el encargo de devorar toda la carne que pueda. Este animal representa al imperio medo de cuya ferocidad habla directamente Isaías: *“... los medos [...] abatirán a los jóvenes y no se apiadarán del fruto de las entrañas”* (Is 13,17-18), mientras Jeremías refiere su terrorífica potencia militar (Jr 51,11.28).

El tercer monstruo, el leopardo alado de cuatro cabezas, recibe el poder (Dn 7,6). Personifica al imperio persa que se hizo tristemente famoso, tras la muerte de Ciro, por su refinada crueldad. El libro de Daniel identifica al imperio persa con un reino de bronce que dominará sobre toda la tierra (Dn 2,39).

El autor, mediante la simbología de la tiniebla y el mar agitado, ha descrito el caos que provoca en Judá la opresión de Antíoco IV. Pero el mal que aflige a Israel viene de muy lejos: el pueblo ha sufrido el dolor del exilio, el hostigamiento de los medos, y la crueldad de los persas. La opresión que sufrió Israel fue dura, pero la represión a la que le somete el rey seleúcida es la más cruel de todas. De manera semejante al pueblo judío, el sufrimiento más fuerte que experimentamos en nuestra vida suele ser el presente, porque es precisamente a ése dolor al que todavía no le vemos salida, aunque desde la perspectiva de Dios siempre puede tenerla.

c) La brutalidad de la cuarta bestia (Dn 7,7-8)

La última bestia carece de nombre, pero su fiera y crueldad supera con creces a las tres anteriores: *“... era terrible, espantosa... Tenía grandes dientes de hierro, lo trituraba y devoraba todo, y con sus pezuñas pateaba las sobras...”* (Dn 7,7). La cuarta bestia personifica al impero seleúcida.

Ninguna potencia antigua, representada por las tres fieras anteriores, había oprimido al pueblo judío con la violencia cruel de Antíoco IV.

La bestia tiene diez cuernos (Dn 7,7) que aluden a los diez reyes seleúcidas que precedieron en el trono a Antíoco IV. Al final, entre los diez cuernos, despunta otro cuerno pequeño (Dn 7,8), que personifica a Antíoco por tres motivos.

Por una parte es «un cuerno pequeño», su pequeñez evoca a Antígono IV que fue también un monarca de grandeza mermada. A partir de su reinado, el imperio seléucida comenzó a precipitarse hacia su trágico final. El rey tuvo que enfrentarse a los ejércitos que invadían la región oriental del imperio, y tuvo que sofocar constantes rebeliones que pretendían derrocarlo. Por otra parte, notemos que para hacer posible el despunte del último cuerno *“hubieron de ser arrancados tres de los diez cuernos anteriores”* (Dn 7,8). La ascensión al trono de Antíoco IV fue conflictiva, pues para subir al trono no le quedó más alternativa que eliminar a tres parientes, representados por los tres cuernos arrancados para que pudiera crecer el último, que alude directamente a su persona.

Finalmente, el pequeño cuerno *“tenía ojos como los de un ser humano y una boca que profería insolencias”* (Dn 7,8). El pequeño cuerno no posee el poder como lo detentaba la tercera fiera (Dn 7,6). Antíoco no es un hombre con poder verdadero, sino que tiene sólo el poder de quien mira y vocifera. Sólo tiene poder para asustar a los judíos pero su potencia no es suficiente para aniquilar al pueblo hebreo.

Los Salmos no cesan de recodar a Israel que la fuerza del mal no podrá vencerle, pues el Señor acabará con los opresores mucho antes de que estos aniquilen a su pueblo (Sal 75,5-6.10-11). También Jesús recuerda a Pedro *“... tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del abismo no la hará perecer”* (Mt 16,18) y dice a sus discípulos *“no tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden quitar la vida”* (Mt 10,28).

Quien reposa en las buenas manos del Señor cree con certeza que su vida no será aniquilada por las fuerzas del mal. La pequeña comunidad judía que sufría la persecución de Antíoco IV confiaba en la ayuda de Dios, pero nadie podía evitar a los judíos perseguidos el dolor de la prueba. Pode-

mos pensar que el pueblo oprimido se haría dos preguntas de difícil respuesta en tiempo de angustia: ¿acabará algún día el mal que nos aflige?, ¿cómo podemos sobrevivir entre las fuerzas del mal?

d) El anciano y el hijo de Hombre (Dn 7,9-14)

La respuesta a los interrogantes anteriores consta en la segunda parte de la visión, donde aparecen dos personajes emblemáticos: el anciano y el hijo de Hombre (Dn 7,9-14) ¿A quién encarnan ambas figuras?

El anciano representa a Dios. Literalmente, el texto de Dn 7,9 dice *“un anciano de días”* lo que en una traducción más poética podría entenderse como *“un anciano cargado de años”*. Tal denominación refiere por una parte la sabiduría que el Antiguo Testamento confiere a los ancianos, pero, sobre todo, destaca el dominio divino sobre el devenir temporal. Las tres primeras bestias de la visión representaban imperios poderosos, pero que han caído ya en el olvido; en cambio los días del anciano aun perduran. La contraposición entre la caducidad de los imperios y la persistencia vital del anciano recalca el señorío de Dios sobre la historia. Los sucesos que afectan a la humanidad pasan, pero la sabiduría de Dios permanece para siempre (cf. Is 40,8).

La descripción de las fieras causaba terror, en cambio la presentación de Dios engendra paz y nobleza. El anciano viste de blanco y sus cabellos son como lana, el fuego que le rodea le envuelve de brillantez, la corte celestial es incontable y reverencialmente le venera. Dios y su corte se sientan sobre sus tronos para juzgar el destino de los opresores de la humanidad (Dn 7,9-10).

La comunidad perseguida comienza a hallar respuestas. El sufrimiento del pueblo judío no pasa desapercibido a los ojos de Dios, como tampoco le pasó por alto el clamor del pueblo esclavizado en Egipto (Éx 3). Saber que Dios no es impasible ante el dolor humano es el primer hábito de consuelo de la comunidad oprimida. Pero el aliento divino no se detiene en vanas palabras, sino que abate el mal con la fuerza de su señorío sobre la historia humana.

La corte celestial *“... mató a la bestia, destrozó su cuerpo, y lo arrojó a las llamas ardientes. A las otras bestias se*

les quitó también el dominio y sólo hasta un determinado momento se les permitió seguir con vida" (Dn 7,11-13). Notemos las diferencias entre las sentencias judiciales contra las bestias: la última, que representa la persecución de Antíoco IV, es aniquilada por completo; en cambio, las tres primeras pueden seguir con vida aunque pierden todo su poder.

El texto alude a una realidad histórica. El pueblo soportó la opresión de Nabucodonosor (597-538 a.C.), y resistió la persecución de medos y persas. En el crisol de la prueba, los hebreos aguantaron con tesón sabiendo que su destino reposaba en las manos de Dios, y vieron caer, uno tras otros aquellos grandes imperios. Sin embargo, durante la opresión de Antíoco IV, los hebreos no se detuvieron en la resistencia pacífica, sino que consiguieron vencer militarmente a los seleúcidas logrando, a la larga, la independencia de la nación. Los historia de los Macabeos narra con pasión la victoria de los judíos sobre el despotismo seleúcida (Mac 1-2).

La segunda figura es semejante a un hijo de hombre. Viene sobre las nubes, se dirige al anciano y es conducido por él. El don que concede Dios al hijo de Hombre es inmenso "se le dio poder, gloria y reino, y todos los pueblos naciones y lenguas le servían. Su poder es eterno y nunca pasará, y su reino jamás será destruido" (Dn 7,14). ¿A quién representa el hijo de Hombre?

El hijo de Hombre no alude a una figura individual, personifica a la comunidad judía que se ha mantenido fiel en su fe a pesar de la persecución de Antíoco. Más adelante, el mismo texto confirma la referencia a la comunidad fiel "... y la realeza, el poder y el esplendor de todos los reinos de la tierra serán entregados al pueblo de los fieles del Altísimo" (Dn 7,27). Observemos que los dones entregados por Dios al hijo de Hombre (Dn 7,14) se corresponden con las dádivas otorgadas a los fieles del Altísimo (Dn 7,27), los cuales constituyen la congregación leal al Señor.

La comunidad fiel al Señor alcanzó el triunfo final descrito en el último verso de la visión "su poder es eterno y nunca pasará, y su reino jamás será destruido" (Dn 7,14). La comunidad fiel participará para siempre en el reino del Altísimo, y esa es la victoria final: permanecer para siempre en las manos de Dios en su Reino.

5. Síntesis y aplicación a la vida

Durante la persecución de Antíoco IV muchos israelitas abandonaron la fe adhiriéndose a creencias paganas para alcanzar un éxito efímero, pues aquellos grandes imperios a los que entregaron su vida, consumieron su historia hasta el más amargo desenlace. Sin embargo la comunidad que permaneció fiel al Dios liberador alcanzó la victoria final.

Entre el pueblo judío se dieron, entre otros, dos estilos principales de comprender la existencia. Una parte del pueblo abandonó la fe para adherirse a la cultura griega dominante. Tal vez buscaran en ello el éxito social, pero ese éxito fue fugaz ya que terminó con la derrota de Antígono. Otro permaneció fiel a su identidad religiosa a pesar de la dureza de la prueba. Esta comunidad no triunfó en la época de Antíoco, sino que tuvo que vivir oculta y quizá ridiculizada por sus hermanos de raza, que les reprochaban unas creencias religiosas, en su opinión, pasadas de moda. Entonces se llevaba el helenismo y la religión hebrea parecía obsoleta. Pero aquella comunidad confió en la única certeza posible, en la seguridad de que el Señor no falla nunca y con esa esperanza se mantuvo fiel a sus convicciones.

La comunidad fiel no alcanzó el éxito, consiguió algo mucho más importante: la victoria final. Una victoria que consistía en poseer para siempre el reino de Dios, y gozar en él de la bondad del Señor (cf. Dn 7,14).

Goethe escribió una obra teatral que ha pasado a la historia: Fausto. El argumento es complejo, pero su núcleo estriba en que el protagonista vende su alma al diablo para conseguir un triunfo mundano. ¿Qué significa vender el alma al diablo? En el seno de nuestra sociedad, esta expresión significa malgastar nuestra vida para conseguir un éxito efímero cuando estamos llamados por Dios a obtener la victoria final.

La sociedad no persigue a los cristianos militarmente como hiciera Antíoco con el pueblo judío. La persecución se llama hoy indiferencia o menosprecio. La sociedad de consumo exige que le entreguemos el alma a cambio de un triunfo efímero y, sin darnos cuenta, caemos en la trampa. Nos creamos falsas necesidades y carecemos de tiempo para todo lo verdaderamente esencial.

La presencia transformadora de los cristianos nos exige llevar, en muchos sentidos, un estilo de vida semejante a la comunidad judía de la época de Daniel. Una comunidad identificada con el hijo de Hombre, capaz de plantar la semilla del evangelio en el corazón de nuestra época, no sólo con palabras sino con la vivencia intensa de la humildad, la militancia cristiana, el ejemplo de la vida compartida, el espíritu de gratuidad y desprendimiento, y, sobre todo, la certeza de que nuestra vida reposa en las buenas manos de Dios que nos otorgará la victoria final.

Jesús de Nazaret se reconoció como el Hijo del hombre ante el sanedrín cuando utilizó, casi exactamente, las mismas palabras de la visión de Daniel. Le preguntó el sumo sacerdote *“¿Eres tú el Mesías, el hijo del Bendito? Jesús le contestó: “Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y que viene entre las nubes del cielo” (Mc 14,61-62). Jesús no cambió la fama que le proporcionaban sus discursos y milagros (Mc 2,35-38) por la victoria final de la resurrección (Mc 16,6).*

Por eso los himnos más antiguos de la Iglesia enaltecen al Señor con términos muy semejantes a los que el Anciano utilizó para encumbrar a la comunidad perseguida. Oigamos la voz del Apocalipsis: *“Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza” (Ap 5,12).*

No olvidemos, sin embargo, que la resurrección de Jesús pasó por el trago amargo de la cruz, y la gloria de la comunidad judía soportó previamente el dolor de la persecución. La renuncia al triunfo fugaz a cualquier precio y el rechazo de la superficialidad banal tienen, a menudo, el coste amargo del sufrimiento, pero concluyen siempre con el triunfo definitivo.

GUÍA DE LECTURA: Daniel 7,1-14

*“Se le dio poder, gloria y reino,
y todos los pueblos le servían”*

Ambientación

El Dios de la Vida, que permanece junto a nosotros e interviene en nuestra historia transformándola, nos conduce a la victoria final. Es la certeza que proclama el pasaje que vamos a reflexionar hoy. Antes de comenzar pedimos al Señor que nos ayude a acoger sus palabras de vida. Podemos hacerlo invocando la presencia del Espíritu con un canto u otra plegaria espontánea.

Antes de comenzar busquemos **Dn 7,1-14**.

Miramos nuestra vida

En otros tiempos, ser cristiano se castigaba con la persecución. Hoy, aunque esto se mantiene en algunos países, no ocurre en nuestra sociedad, que mira a los creyentes con indiferencia o, a lo sumo, con menosprecio. Esto no puede llevarnos a pensar que una fe coherente no tiene enemigos. Los tiene, y muy sutiles. Nuestra sociedad de consumo nos sumerge fácilmente en la trampa de la superficialidad, del poder, del prestigio, de la acumulación egoísta... Para ser hoy testigo de Jesús se sigue necesitando fortaleza y coraje.

– ¿Cuáles son las principales dificultades que encuentras en tu vida cotidiana para vivir y expresar tu fe?

– ¿Cómo reaccionas ante ellas?

Escuchamos la palabra de Dios

Los judíos que vivían en tiempo de Antíoco IV Epifanes tuvieron que enfrentarse con la persecución abierta a causa

de su fe. El autor del libro de Daniel recogió esa situación del pueblo e intentó ofrecerle un mensaje de aliento y esperanza para que no decayera su confianza en la victoria definitiva de Dios.

• Para hacernos conscientes de que vamos a escuchar la palabra de Dios nos preparamos con unos momentos de silencio.

• Proclamación de Dn 7,1-14.

• Leemos de nuevo el pasaje personalmente e intentamos comprender lo que dice, ayudados de las notas de la Biblia.

• Todos juntos tratamos de responder a las siguientes preguntas:

- *El pasaje que hemos proclamado consta de dos partes claramente señaladas. ¿Podrías identificarlas?*
- *Repasa los versículos que hablan de las bestias con rasgos mitológicos. ¿A quienes se refieren? ¿Qué dicen de ellos?*
- *Fíjate ahora en la visión cuyos protagonistas tienen rasgos humanos. ¿A quiénes representan?*
- *¿Cuál era la situación por la que estaba pasando la comunidad a la que se dirige el libro de Daniel? ¿Qué mensaje le transmite este pasaje?*

Volvemos sobre nuestra vida

La palabra de Dios sigue siendo actual. Muchos son los "antíocos" que hoy siguen poniendo trabas a nuestro testimonio creyente. Unas veces sus rasgos externos están bien definidos, otras no. En todo caso son fieras que amenazan con devorar nuestra fe. Nos mantiene y anima la certeza de que la victoria final está asegurada.

- *¿Qué puedo hacer para continuar con mi misión de "ser cristiano en el mundo"? ¿He considerado alguna vez la posibilidad de incorporarme como creyente a la política o a otro grupo de trabajo por la sociedad?*

- *¿Cuento con alguna comunidad o grupo donde pueda compartir mi fe y fortalecerla?*

Oramos

La meditación de este pasaje ha suscitado distintas reflexiones en nosotros y nos ha hecho sentir la necesidad de hablar con el Señor. Expresamos en nuestra oración de alabanza, súplica o acción de gracias lo que nos haya sugerido la lectura del libro de Daniel.

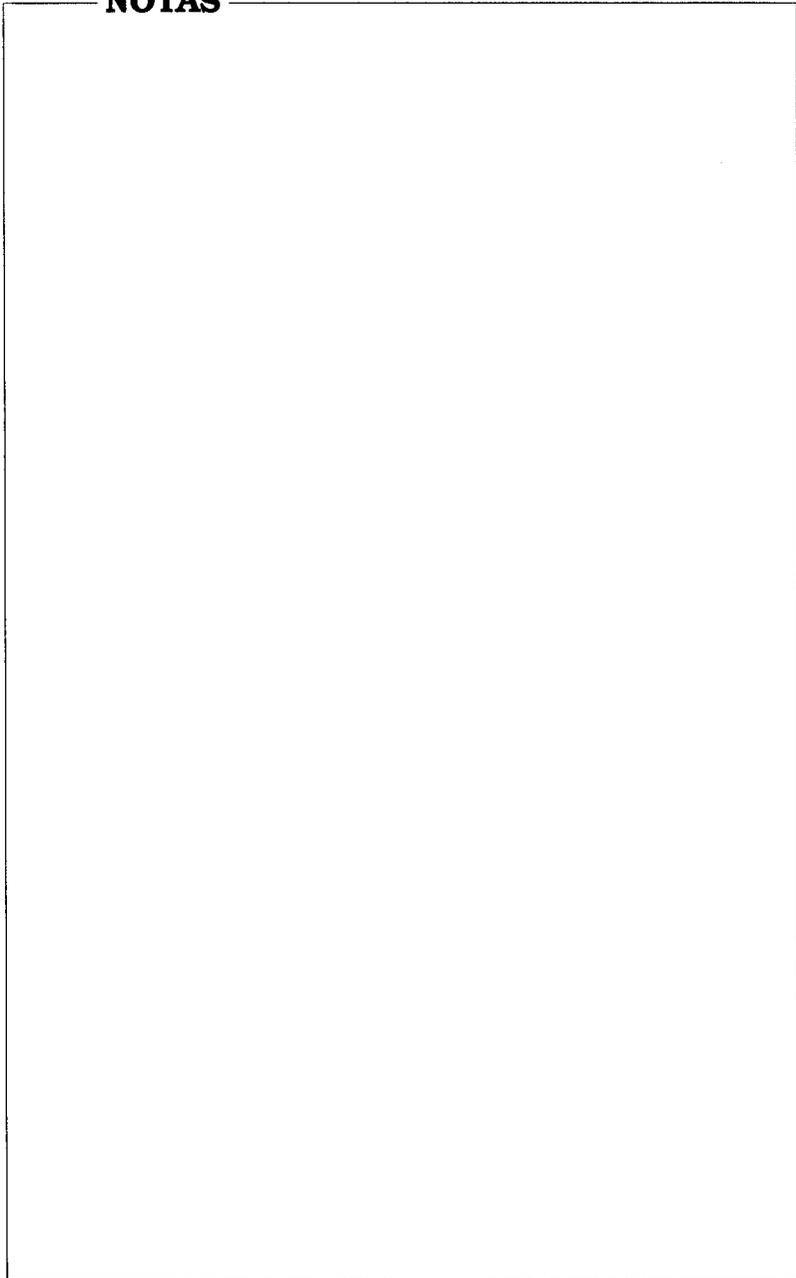
• Leemos de nuevo Dn 7,1-14.

• Cada uno ora personalmente a partir de lo que el pasaje de la Escritura le sugiere para decir a Dios y pidiendo saber poner en práctica la invitación que el Señor le hace.

• Cada participante puede expresar en voz alta una breve plegaria reflejo de su oración al Señor.

• Podemos terminar el encuentro con la canción "Anunciaremos tu Reino, Señor" u otro canto apropiado.

NOTAS

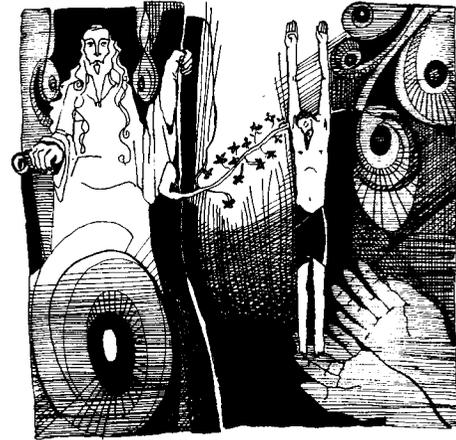


V

**JESÚS DE NAZARET: EL AUTÉNTICO
ROSTRO DEL DIOS DE LA VIDA**

JESÚS DE NAZARET

La presencia encarnada de Dios entre nosotros



La carta a los Hebreos comienza con estas palabras: *“Muchas veces y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros antepasados por medio de los profetas; ahora en este momento final nos ha hablado por medio del Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también el universo”* (Heb 1,1). El Señor, que modela nuestra vida con amor apasionado, habló a nuestros padres por boca de los profetas, pero hoy se dirige a nosotros por medio de su Hijo.

El Dios de la vida exige la justicia (Amós) y habla con ternura (Oseas); guarda nuestra vida (Isaías) y la protege en los momentos más duros (Jeremías); nos regala su espíritu (Ezequiel) y nos transforma con su palabra (Segundo Isaías); y, finalmente, nos promete la victoria final (Daniel). Pero ¿cuál es el rostro de este Dios que ama apasionadamente? El Antiguo Testamento es el río que desemboca en el Nuevo Testamento. Jesús de Nazaret es el profeta definitivo, pues contemplando el rostro de Jesús vemos la mirada de Dios que transforma nuestra vida con amor apasionado.

Leremos el Nuevo Testamento desde la perspectiva catequética. Es decir, contemplaremos la manera en que Jesús manifiesta a los discípulos su identidad más íntima, y cómo, después de la resurrección, se les revela como Señor.

1. Jesús de Nazaret: el Mesías esperado y sorprendente

“Jesús salió con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo y por el camino les preguntó: ¿Quién dice la gente que soy yo? [...] Pedro le respondió: Tú eres el Mesías” (Mc 8,27-30). ¿Qué significa la palabra “Mesías”?

El término hebreo “Mesías”, y su traducción griega “Cristo”, significa “ungido”. En el Antiguo Testamento los “ungidos” por excelencia, es decir, los “Mesías”, eran los reyes de Israel.

El rey de Israel gobernaba desde la perspectiva política, militar y legislativa, pero gozaba de una prerrogativa propia: era un rey ungido. Cuando el monarca hebreo era entronizado, un profeta derramaba sobre la cabeza del soberano aceite consagrado. De este modo el profeta Samuel ungió a David (1 Sm 16,13). La unción confería al rey atribuciones religiosas con las que se convertía en mediador entre Dios y los hombres, pero, sobre todo, le comprometía a gobernar con los criterios de Dios: eliminar la idolatría, defender a los pobres, servir al pueblo, y consolidar el templo.

Los reyes de Israel y Judá fueron numerosos, pero el Antiguo Testamento sólo alaba especialmente el comportamiento de David (1 Sm 16-2 Sm 6), Ezequías (2 Re 18,1-8), y Josías (2 Re 23,24-27). Los demás monarcas, en general, son censurados, pues aunque desde la perspectiva humana ganaran batallas y edificaran palacios, se preocuparon poco de sembrar entre el pueblo la misericordia divina.

Los abusos de la realeza llevaron a Israel al desastre (2 Re 23,31-25,26). El año 587 a.C. Nabucodonosor destruyó Jerusalén y deportó parte de sus habitantes a Babilonia. Al volver del exilio (538 a.C.), el pueblo fue administrado por sacerdotes. El sumo sacerdote recibió la unción que antes pertenecía a los reyes (Lv 4,3.5.16) y de ese modo se hizo responsable de dirigir el pueblo con los criterios de Dios.

Los profetas contemplaban el fracaso de reyes y sacerdotes para guiar al pueblo con las normas divinas. En los ambientes proféticos surgió el más intenso anhelo por la llegada de un auténtico ungido, de un verdadero “Mesías” que viviera y enseñara el plan de Dios (cf. Sal 2). El deseo del Mesías definitivo era tan intenso que algunos esperaban la llegada de dos Mesías: un “Mesías Sacerdote” para regir la esfera religiosa, y un “Mesías Rey” para los asuntos palaciegos (Ez 45,1-8; Zac 4,1-14).

Las condiciones sociales eran duras en Palestina durante el siglo I. Todos suspiraban la llegada inminente del Mesías pero, y eso es muy importante, el Mesías que la gente esperaba tenía unas características distintas al Mesías anunciado por el Antiguo Testamento.

Los profetas proclamaban el advenimiento del Mesías que traería el proyecto de Dios. En cambio, los hebreos del siglo I esperaban un Mesías con tres características. Deseaban un Mesías poderoso para desbancar militarmente a los romanos. Querían un Mesías económicamente fuerte para eliminar de un plumazo la pobreza. Y ansiaban un Mesías deslumbrante, ante quien no restara más alternativa que la adulación.

Jesús es el Mesías anunciando por el Antiguo Testamento, pero no es el Mesías poderoso, rico y deslumbrante que la gente esperaba. Jesús es el Mesías, pero ejerce su ministerio actuando como el “Hijo del hombre”. Aplicado a Jesús, el título “hijo de Hombre” indica que Jesús no libera desde la fuerza del poder, la capacidad material de tener o la astucia de la apariencia, sino desde la humildad, la actitud de servicio, y la vida compartida.

Jesús no redime con el poder, sino desde la entrega y el servicio: *“El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por todos”* (Mt 20,28). Jesús no salva desde la riqueza, sino compartiendo la vida con todos: *“Si quieres ser perfecto, ve a vender todo lo que tienes y dáselo a los pobres [...] Luego ven y sígueme”* (Mt 19,21). Jesús no libera mediante la apariencia deslumbrante, sino desde el oprobio de la cruz: *“Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz”* (Flp 2,8).

Jesús de Nazaret es el Mesías anunciado en la Antigua Alianza, pero matiza su mesianismo con el título de “Hijo del hombre”. Jesús es el Mesías que enseña a amar con los criterios de Dios: servicio, humildad y experiencia de vida compartida.

2. Jesús: el Hijo del hombre que actúa como Siervo de Yavé

La expresión “hijo de Hombre” designó, en sus orígenes, al hombre mismo contemplado desde su caducidad (Job 25,6), después adquirió un significado profundo. Veámoslo.

a) Durante el exilio de Babilonia (587-538 a.C.)

El exilio fue un tiempo difícil y a la vez privilegiado para el pueblo hebreo. Lejos de su patria, el pueblo se sentía débil e imploraba la ayuda de Dios. El Señor suscitó entre los desterrados al profeta Ezequiel a quien llamaba “hijo de Hombre” (Ez 2,1.3). El título “hijo de Hombre” no señala sólo la caducidad humana de Ezequiel, designa metafóricamente a Israel oprimido que súplica el auxilio divino para sobrevivir.

b) Durante la persecución de Antíoco IV Epífanés (175-163 a.C.)

El rey Antíoco IV oprimió al pueblo judío y atacó con violencia su religión y sus costumbres. Durante la persecución, un autor anónimo, escribió el libro de Daniel para infundir esperanza en el pueblo desolado. La obra de Daniel, a través de la alegoría histórica, narra el sufrimiento de Israel y testimonia la resistencia del pueblo que confía en la ayuda del Señor.

En el momento más cruel de la persecución, el libro describe a alguien semejante a un “hijo de Hombre” presentándose ante el “Anciano” (Dn 7,13). El “hijo de Hombre” simboliza a la comunidad fiel al Señor que no sucumbe a las insidias del opresor (Dn 7,18), y el “Anciano” representa a Dios que otorga a la comunidad fiel la victoria final (Dn 7,27).

La voz “hijo de Hombre”, durante la persecución de Antíoco IV, encarna a la comunidad oprimida y fiel al Señor, a la que la perseverancia y la fe otorgan el triunfo definitivo.

c) En la época de Jesús

Además del Antiguo Testamento el pueblo hebreo redactó excelentes libros. Entre ellos destaca “el Apocalipsis de Henoc”. Leído en perspectiva catequética, el libro presenta al hijo de Hombre como un personaje misterioso que Dios guarda en el cielo para enviarlo a la tierra en los últimos tiempos. El hijo de Hombre actuaría desde la humildad, el servicio y la vida compartida, y devendría juez, salvador y protector de los justos.

Tres diferencias separan el concepto de “hijo de Hombre” propio de la época de Daniel, de la connotación que tenía en la época de Jesús. El hijo de Hombre no designa ya una comunidad sino a un individuo concreto. El hijo de Hombre no vive en la tierra, sino que permanece en el cielo para intervenir al final de la historia. El hijo de Hombre no experimentará ningún dolor al actuar como salvador, juez y protector.

La diferencia crucial es la tercera: el hijo de Hombre no experimenta sufrimiento alguno cuando actúa con humildad, presta servicio a todos, y comparte la vida con los discípulos y los pobres.

d) El Hijo del hombre en la comprensión de Jesús

Jesús explica a sus discípulos la manera en que Él es Hijo del hombre: *“Empezó a enseñarles que el Hijo del hombre tenía que padecer mucho, que sería rechazado por los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían, y a los tres días resucitaría”* (Mc 8,31), pero sus discípulos no entienden nada (Mc 8,32).

Los apóstoles, igual que la gente de su tiempo, pensaban que el Hijo del hombre sería capaz de amar sin que le supusiera ningún padecimiento, cuando lo cierto es que amar significa mucho esfuerzo y grandes renunciaciones. Servir implica arrodillarse para lavar los pies al hermano (Jn 13,1-20), y compartir implica entregarse gratuitamente para el bien del prójimo (Mt 7,7-12).

Si Jesús se presentase como el Hijo del hombre según la opinión de su época, los discípulos creerían que servir, compartir, y ser humilde no implica ningún esfuerzo. Jesús es el Hijo del hombre, pero afirma que la opción por el amor supone la entrega y el sufrimiento para edificar el reino de Dios (cf. Mc 8,31).

El estilo en que Jesús vive como Hijo del hombre se denomina en el lenguaje bíblico "Siervo de Yavé". Desde la óptica catequética, el Siervo de Yavé es el Hijo del hombre que trae la salvación viviendo la humildad, experimentado la vida compartida, sirviendo a todos, y percibiendo en todo eso el cumplimiento de la voluntad de Dios.

3. Jesús: el Siervo de Yavé

El Antiguo Testamento confiere el título de "Siervo" a los hombres elegidos por Dios para guiar a Israel. Sin embargo, la connotación específica del término aparece en el Segundo Isaías. Recordemos que Is 40-55 afirma, básicamente, que Dios es Dios, no sólo porque sea eterno u omnisciente, sino porque interviene en la historia humana.

A lo largo de Is 40-55, Dios interviene en la historia de Israel mediante las figuras de Ciro y el Siervo. Ciro es el mediador divino para la liberación del pueblo exiliado (Is 41,1-5; 45,1-8), mientras el Siervo, a través de su vida entregada por amor, consigue la pervivencia de la identidad israelita, simbolizada en la reconstrucción de Jerusalén (Is 54,1-55,5). Cuatro poemas denominados "Cánticos del Siervo" (Is 42,1-4; 49,1-6; 50,4-11; 52,13-53,12) describen su entrega amorosa en favor de Israel deportado.

Jesús asume la misión del Siervo descrito en la obra de Isaías. Jesús es la luz del mundo (Jn 8,12) y el liberador de los pobres (Lc 4,18-19). Como le sucedía al Siervo descrito en los Cánticos, Jesús es despreciado y considerado un malhechor (Lc 22,37), y entrega su vida hasta quedar desfigurado y morir en la cruz (Mt 26,28), pero a los tres días resucita (Mt 28,1-9). La semejanza entre el proceso de Jesús y el Siervo aparece bellamente expuesto en la carta a los Filipenses: "Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de

todo nombre [...] para que toda lengua proclame que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre" (Flp 2,8-11).

Intentemos sintetizar lo que hasta ahora hemos expuesto. Jesús es el Mesías anunciado por el Antiguo Testamento que matiza su mesianismo desde la perspectiva del Hijo del hombre: la actuación de Jesús manifiesta la humildad, el servicio y la vida compartida. Seguidamente, Jesús perfila su actuación como Hijo del hombre desde la óptica del Siervo de Yavé presentado por Isaías: Jesús entrega realmente su vida por amor, sufre para salvarnos, y padece practicando la humildad, el servicio y la vida compartida. Pero todavía falta lo más importante, Jesús mostrará a sus discípulos su intimidad con Dios.

4. Jesús de Nazaret: El Señor

La transfiguración hizo posible que Pedro, Santiago y Juan, sondearan la intimidad de Jesús con Dios (Lc 9,28-36), pero sólo la experiencia de la resurrección y la ascensión (Lc 24,36-53), junto al don del Espíritu Santo (Hch 2,1-13), permitirá a los apóstoles confesar que Jesús es el Señor. Después de recibir el Espíritu, Pedro dirige un discurso al pueblo que concluye con estas palabras: "Así pues, que todos los israelitas tengan la certeza de que Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis" (Hch 2,36). Ciertamente, "nadie puede decir: Jesús es Señor, sino está movido por el Espíritu Santo" (1Cor 12,3).

¿De dónde procede el título "Señor" que la primera comunidad cristiana, impulsada por el Espíritu Santo, otorga a Jesús?

La comunidad judía de Alejandría (Egipto) tradujo el Antiguo Testamento hebreo al griego entre los siglos III y II a.C. en la llamada "traducción de los Setenta". Cuando el traductor hallaba el término hebreo "Yavé" que significa Dios, solía traducirlo con la palabra griega "Kyrios", equivalente a la voz "Señor". El texto del Antiguo Testamento más utilizado por los cristianos no fue el hebreo, sino el griego, pues la Iglesia, al ser intrínsecamente misionera, necesitaba exponer la Palabra en una lengua comprendida por todos

como era entonces el griego. Así como la traducción de los Setenta denomina a Dios “Señor”, el Nuevo Testamento, redactado en griego, llama a Jesús “Señor”, apreciando en Jesús de Nazaret la plenitud de la actuación divina en la historia iniciada ya en el Antiguo Testamento.

Yavé, el “Señor” en la traducción griega del Antiguo Testamento, modelaba a Israel mediante cinco etapas privilegiadas: liberación (Éx 1-15), acompañamiento (Gn 12-50), creación (Gn 1,1-2,3; Is 43,1-7), perdón (Os 1-3), y vida para siempre (Sab 3,1-5). Jesús, el “Señor”, forja a la comunidad mediante las mismas cinco etapas, y a través de la Iglesia anuncia a la humanidad entera la paternidad de Dios y la certeza del Reino.

a) Jesús libera

Yavé liberó a Israel de la esclavitud de Egipto (Éx 1-15). También Jesús ha venido “... a proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18b-19). La liberación concedida por Jesús aparece principalmente en los milagros. ¿Qué es un milagro?

Fijémonos en el texto de “*Los diez leprosos*” (Lc 17,11-19). Jesús encuentra diez leprosos y les dice: “*Id a presentaros a los sacerdotes*”. Los israelitas llamaban lepra a toda mancha de la piel (Lv 13). Los sacerdotes la diagnosticaban, y por eso Jesús los manda al sacerdote. Los leprosos vivían miserablemente en descampado (Lv 13,45) y esperaban al Mesías para que les curara de su dolencia (Lc 7,18-23).

“*Mientras iban de camino quedaron purificados de la lepra, uno de ellos notando que estaba curado*”. Nueve han sido “purificados” pero sólo uno ha sido “curado”. La “purificación” indica el cambio externo por el que las manchas de la piel desaparecen. Los nueve “purificados” ven en Jesús sólo a alguien capaz de cambiarles exteriormente. En cambio, la “curación” denota una transformación interior que se manifiesta externamente. Las manchas desaparecen, como en los otros nueve, pero a través de la volatilización de las manchas el hombre curado percibe en Jesús la actuación divina: ése es el auténtico milagro.

El verdadero milagro no consiste en el cese de la enfermedad, sino en descubrir a través de la curación la presencia de Dios que cura. En el Antiguo Testamento Dios es el que cura a Israel “*Yo soy Yavé, el que te cura*” (Éx 15,26). El hombre curado se prosterna ante la manifestación de la divinidad. Para el leproso curado acontece el milagro, mediante la eliminación de la lepra capta en Jesús la presencia de Dios que cura.

b) Jesús acompaña

Jesús atrae a las multitudes (Mc 3,7-11) y a los discípulos (Mc 2,23), entre quienes elige a los Doce (Mc 3,13-18), íntima con Pedro, Santiago y Juan (Mc 9,2) mientras las mujeres le siguen desde Galilea hasta la cruz y la sepultura (Mc 15,40).

Jesús habla a las multitudes mediante parábolas entresacadas del lenguaje popular: “*Sucede con el reino de los Cielos lo que con un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. Es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece es mayor que las hortalizas y se hace como un árbol, hasta el punto que las aves del cielo pueden anidar en sus ramas*” (Mt 13,31-32).

La parábola compara dos entidades de magnitud muy diversa. En nuestro caso, la pequeñez del grano de mostaza, con el árbol que engendra. La parábola propone, desde la comparación, una opción y ofrece una enseñanza. La opción cristiana consiste en plantar el grano de mostaza, símbolo del reino de Dios, para que brote en la tierra el amor. La enseñanza muestra que de la tarea cristiana, a veces pequeña como el grano de mostaza, siempre germina el reino de Dios.

Jesús no se limitó a acompañar a las multitudes y a los discípulos en Palestina, sino que prometió su presencia permanente: “*Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo*” (Mt 28,20).

c) Jesús crea

El Nuevo Testamento asume, como el Antiguo Testamento, la noción según la cual Dios es el creador de todo (Gn 1,1-2,3), pero añade que lo hizo todo por Cristo: “*Para*

nosotros no hay más que un Dios: el Padre de quien proceden todas las cosas y para quien nosotros existimos; y un Señor, Jesucristo, por quien han sido creadas todas las cosas y por quien también nosotros existimos” (1Cor 8,6). La nueva creación empieza en Cristo: *“Si alguien vive en Cristo, es una nueva criatura”* (2 Cor 5,17).

La tierra era caótica y vacía (Gn 1,2), pero la palabra de Dios la convirtió en un cosmos ordenado (Gn 1,1-2,3). Sólo la relación con Cristo transforma la existencia humana. El encuentro de Jesús con la samaritana convierte a aquella mujer en criatura nueva (Jn 4,1-42). Detengámonos un momento en el diálogo entre Jesús y la samaritana.

Judíos y samaritanos, por razones religiosas y raciales, se odiaban mutuamente. Para recalcar la importancia del encuentro entre Jesús y la mujer, el texto precisa el lugar y la hora: *“Cerca del terreno que Jacob dio a su hijo José [...] estaba el pozo de Jacob [...] era cerca de mediodía”* (Jn 4,5-6). Ambos tienen sed. Por una parte la samaritana saca agua, y por otra Jesús le pide de beber.

Junto al pozo se encuentran la sed de la mujer y la sed de Jesús. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él. Junto al pozo brota en el corazón de la mujer la experiencia central de la vida: el encuentro personal con Jesús. Ella y los samaritanos afirman *“Estamos convencidos de que Él (Jesús) es verdaderamente el salvador del mundo”* (Jn 4,42).

El resultado del encuentro personal con Cristo implica conocer a Dios en Espíritu y en Verdad (Jn 4,3-24). Adorar a Dios en Verdad supone ser discípulo de Jesús y servidor de los hermanos. Adorar al Padre en Espíritu significa saber que la paga del amor es conocer la paternidad de Dios (Rom 8,5; Gál 4,6) y disfrutar de los dones del Espíritu: *“amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre, y dominio de sí mismo”* (Gál 5,22-23).

La mujer y los samaritanos han sido creados de nuevo porque Jesús ha dado a su existencia un sentido nuevo. Han transformado el ancestral odio entre judíos y samaritanos en el reconocimiento de Jesús, un judío, como verdadero salvador.

d) Jesús perdona

La narración de Zaqueo muestra la forma en que Jesús confiere el perdón (Lc 19,1-10). Zaqueo era jefe de cobradores de impuestos y muy rico. El sistema impositivo era desorbitado y los recaudadores se enriquecían extorsionando al pueblo, por eso recibían el desprecio de las gentes y eran considerados pecadores. Zaqueo deseaba conocer a Jesús, pero el gentío y su baja estatura se lo impedían. Es Jesús quien se adelanta a mirarle y le dirige la palabra.

El verbo griego que traducimos con la palabra “mirar”, significa “mirar en lo más hondo del corazón”. Jesús no se limita a observar, su mirada transforma de raíz a la persona. Jesús no contempla sólo el mal que Zaqueo ha hecho sino el bien que todavía puede realizar. Jesús le dice: *“Baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa”* (Lc 19,5).

La mirada y la palabra de Jesús devuelven a Zaqueo la dignidad, pues *“se pone en pie ante el Señor”* (Lc 19,8). Sólo el perdón, manifestado en la mirada y la voz de Jesús, devuelven a Zaqueo la dignidad perdida. Quien se sabe perdonado puede gritar con el salmista *“mi refugio es el Señor y proclamaré sus maravillas”* (Sal 73,28). Por eso Zaqueo llama a Jesús “Señor” (Lc 19,8). Jesús no es un personaje curioso que atraviesa la ciudad, sino el único en quien vale la pena depositar la vida.

Zaqueo cuando ha experimentado el perdón se transforma en una persona convertida: *“Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y si engañé a alguno, le devolveré cuatro veces más”* (Lc 19,8). La conversión radica en cambiar de vida para proclamar las maravillas que Dios hace por nosotros (cf. Sal 73,28). Zaqueo hace mucho más de lo mandado en el Antiguo Testamento, donde se pedía que aquello que había sido robado debía devolverse con el recargo de una quinta parte (Lv 5,21-25). Quien recibe verdaderamente el perdón no pone límites al amor.

La mirada y la palabra, junto al deseo de alojarse en casa del cobrador, han otorgado el perdón a Zaqueo. El perdón le ha restituido la dignidad y le ha permitido ver en Jesús al único Señor de su vida. Una vez perdonado, Zaqueo se convierte y retorna al prójimo la misericordia recibida del Señor.

e) Jesús otorga la vida para siempre

El relato de la pasión que narra el evangelio de Lucas muestra la lucha interna de Jesús. El Señor sufre el dolor de la cruz sabiéndose en las manos del Padre que le otorgará la victoria final. "¡Ha resucitado!" es la Buena Nueva que anuncian los dos hombres con vestidos relucientes a las mujeres que acuden al sepulcro (Lc 24,6).

Jesús muestra una bondad que transforma a sus verdugos y a quienes lo condenan: Pilato lo proclama inocente tres veces (Lc 23,4.14.22), así como las mujeres y el pueblo (Lc 23,27-28), el buen ladrón (Lc 23,41), y el centurión (Lc 23,47).

En la narración de la crucifixión aparece el episodio del "buen ladrón" (Lc 23,32-33.39-43) que describe la última acción de Jesús en favor de los débiles: el Señor vierte su misericordia, convertida en esperanza, en el corazón del ladrón a quien promete el Paraíso. Toda la vida de Jesús es la manifestación de la misericordia de Dios entre los hombres. El buen ladrón se dirige a Jesús con una plegaria caracterizada por la humildad, la gratuidad y el sufrimiento.

El mismo ladrón reconoce que padece la cruz a causa de su propia culpa: "*Lo nuestro es justo, pues estamos recibiendo lo que merecen nuestros actos*" (Lc 23,41). La situación denota la humildad: la actitud de ser realista ante los avatares de la vida. No culpa de su situación a otra persona, él mismo asume la propia responsabilidad.

Al verse tal como es, nace en su corazón la capacidad de comprender a Jesús, y dice: "*éste no ha hecho nada malo*" (Lc 23,41). Cuando la muchedumbre se burla de Cristo, sólo él, prototipo de hombre humilde, reconoce la bondad de Jesús. ¿Qué mal había hecho Jesús? Sólo "*los ancianos del pueblo, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley*" (Lc 22,66) presentan ante Pilato acusaciones contra Él (Lc 23,1). Jesús no hizo nada malo. Su vida fue una denuncia contra todos los que, desde su condición de poder, obran mal, y por eso, estos mismos, lo han condenado a muerte.

Desde el sufrimiento en la cruz, la plegaria del ladrón llama a la puerta de la bondad de Cristo: "*Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey*" (Lc 23,42). Jesús entrega su vida por todos los hombres en la cima del Calvario. Los dos ladro-

nes padecen la cruz y, como los israelitas en Egipto, gritan su dolor, pero Jesús muere en la cruz por ellos y, sin que ellos lo sepan, inaugura el reino de Dios, la nueva tierra prometida.

Dios, en el Antiguo Testamento, acogía en sus manos al justo que sufría la persecución de los impíos como dice el libro de la Sabiduría: "*La vida de los justos está en las manos de Dios, y ningún tormento la alcanzará*" (Sab 3,1). Igualmente, el buen ladrón redimido por Jesús, es acogido a una vida nueva para siempre con Él: "*Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso*" (Lc 23,43). El buen ladrón alcanza la vida para siempre en las manos amorosas de Dios. La vida nueva, esa es la meta de todo cristiano.

5. Breve síntesis final

Dios, a lo largo del Antiguo Testamento, interviene especialmente en la historia de su pueblo propiciando la liberación. Los profetas son los mediadores privilegiados para manifestar la voluntad del Señor, quien no se cansó de acompañar a su pueblo mediante su voz enardecida y exigente. Ellos recordaron a Israel el camino que conduce al encuentro con Dios: la exigencia de la justicia y la vivencia de la ternura; la seguridad de saberse en manos de Dios y la certeza de que el Señor no falla nunca; la confianza de que Dios vierte constantemente en la vida humana la fuerza de su palabra y el vigor de su espíritu; y la convicción de que el Señor concede a la comunidad fiel la victoria final.

El Señor que en tiempos antiguos habló por los profetas, se dirige hoy a nuestra vida desde la Buena Noticia del Evangelio. El rostro de Dios que tantas veces se halla escondido entre las páginas del Antiguo Testamento, se manifiesta en la mirada de Jesús. Él es el Mesías prometido que ejerce su ministerio actuando como el Hijo del hombre, y entregándose por nosotros como el Siervo de Yavé.

Jesús no limita su mensaje a un modelo ético brillante, sino que nos quiere para sí. Tras la resurrección y el don del Espíritu Santo, los discípulos perciben plenamente la intimidad de Jesús. Él es la presencia encarnada de Dios entre nosotros que modela nuestra vida amándonos con un amor apasionado.

"No temas, basta con que tengas fe"

Ambientación

Finalizamos el recorrido por algunos profetas del Antiguo Testamento. Lo hacemos escuchando a Jesús, el gran profeta de todos los tiempos. En el texto de hoy se nos presenta como el Señor de la vida. Iniciamos nuestra sesión con un canto.

Antes de comenzar buscamos **Lc 8,40-56**.

Miramos nuestra vida

A veces la vida nos muestra su cara más dura: una enfermedad, la pérdida de un ser querido, una ruptura afectiva, la incertidumbre del futuro... Son momentos difíciles en los que se nos hace cuesta arriba el camino. La oscuridad y la desesperanza nos llevan, en cierto modo, a sentir una muerte anticipada. Entonces nos es de gran ayuda la cercanía de nuestras familias, la mano que un amigo nos tiende para no caer derrotados. Necesitamos a alguien que nos ayude a salir del abismo y nos haga recobrar, de nuevo, la esperanza, la vida.

- *¿Has pasado alguna vez por una experiencia similar? Puedes compartirla con el grupo.*

- *¿Qué o quién te ha ayudado a seguir caminando, a recobrar la vida?*

Escuchamos la palabra de Dios

Esta experiencia de la que hemos hablado es universal. Todo ser humano pasa por momentos de oscuridad y de

muerte. Lucas, el evangelista de la ternura de Dios, presenta a Jesús como la mano salvadora de la muerte, como el Señor de la vida, para dos personas que necesitaban de ella.

- Guardamos unos momentos de silencio. Nos hacemos conscientes de que el Señor, a través de su Palabra, quiere transmitimos algo importante.

- Una persona del grupo proclama Lc 8,40-56. Mientras todos escuchamos con atención.

- Cada uno vuelve a leer personalmente el pasaje e intenta comprender lo que dice, ayudado de las notas de su Biblia.

- Todos juntos tratamos de responder a las siguientes preguntas:

- Lee de nuevo Lc 8,42b-48.

- Para un judío la sangre era señal de vida. ¿Qué le pasa a esa mujer? ¿Qué busca en Jesús?

- La ley judía consideraba a la hemorroísa una persona impura y la alejaba de la vida social. ¿Qué hace Jesús con ella? ¿Con qué palabras la despide?

- ¿Ves algunos rasgos similares entre el pasaje de la hemorroísa y el de la hija de Jairo?

- ¿Cuál es el rostro de Jesús que se muestra en ellos?

Volvemos sobre nuestra vida

El pasaje del evangelio de Lucas que hemos leído ofrece luz sobre las preguntas que nos hacíamos al principio de este encuentro. Jesús libera a la mujer que, enferma de hemorragias, veía cómo se le estaba escapando la vida y salva de la muerte a la hija de Jairo. Él, fuente de vida, el auténtico rostro del Dios de la vida, quiere entrar también en nuestra existencia cotidiana.

- ¿En qué situaciones Jesús ha sido para ti fuente de vida?

- ¿De qué formas concretas transmitimos la vida que recibimos de Dios?

Oramos

Hacemos oración con lo que hemos escuchado y meditado en este encuentro en torno a la Palabra.

- Oramos personalmente. Podemos visualizar en nuestro interior nuestras muertes, nuestra sed de vida, las "enfermedades" de nuestra sociedad. Jesús pasa a nuestro lado. Le tocamos la orla del manto. Entra en nuestra casa y nos dice, como a la hija de Jairo: "levántate".

Pensamos después en las veces que, a lo largo de nuestra vida, el Señor se ha puesto a nuestro lado para darnos vida; por las personas y los acontecimientos que, en nuestro camino, han sido testigos de su bondad, ternura y misericordia.

- Cada uno expresa espontáneamente, en voz alta, su oración al Señor.

- Podemos formular un compromiso que nos ayude a vivir el mensaje del Dios de la vida que nos transmitieron los profetas del Antiguo Testamento y Jesús, el gran profeta.

- Podemos terminar cantando o escuchando la canción "Gracias a la vida", de Violeta Parra.

Los libros y materiales disponibles para profundizar la reflexión sobre los profetas son numerosos. Indicamos sencillamente una bibliografía orientativa que ordenamos según la fecha de publicación de cada libro.

- Alonso Schökel, L. - Sicre Díaz, J. L., *Profetas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1980. La obra se estructura en dos volúmenes. Presenta la historia de la investigación sobre los profetas hasta mediados de los años setenta. Seguidamente realiza una introducción a cada profeta, traduce el texto y realiza un comentario.

- Vaux, R. de, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Ed. Herder, Barcelona 1985. Obra clásica para conocer los elementos que conforman el Antiguo Testamento: profeta, rey, sabio, templo, guerra, familia, etc.

- Sicre Díaz, J. L., *Profetismo en Israel*, Ed. Verbo Divino, Estella 1992. Introducción global al profetismo. Comienza presentando el fenómeno profético en Israel comparándolo con las religiones del Próximo Oriente Antiguo, y continúa después describiendo cada uno de los libros proféticos.

- Sicre Díaz, J. L., *Introducción al Antiguo Testamento*, Ed. Verbo Divino, Estella 1992. Introducción pedagógica al Antiguo Testamento, con la ventaja que expone de manera novelada las cuestiones de comprensión difícil.

- Ábrego, J. M., *Los Libros Proféticos*, Ed. Verbo Divino, Estella 1993. Después de analizar el fenómeno profético en general, sintetiza el mensaje de cada libro.

- Bonora, A (ed.), *Espiritualidad del Antiguo Testamento*, Ed. Sígueme, Salamanca 1994. La sección correspondiente a los profetas, medita el mensaje de cada profeta aplicándolo a la vida cristiana.

- Casa de la Biblia, *Comentario al Antiguo Testamento II*, Ed. Verbo Divino, Estella 1997. Comienza con una introducción general a los libros proféticos, para describir luego cada uno de ellos. Su importancia radica en que comenta de forma clara y pedagógica cada pasaje de los libros proféticos.

- Farmer, W. R. (ed.), *Comentario Bíblico Internacional. Comentario Católico y Ecuménico para el siglo XXI*, Ed. Verbo Divino, Estella 1999. Muy útil para el estudio concreto de cada libro profético, pues presenta una síntesis amplia de cada profeta.

- Asurmendi, J. M., *Daniel y la Apocalíptica*, en Sánchez Caro, J.M. (ed.) *Historia, Narrativa, Apocalíptica*, Ed. Verbo Divino, Estella 2000. Presenta un estudio del libro de Daniel enmarcándolo en la corriente apocalíptica.

Presentación	5
Metodología para la lectura y el trabajo en grupo ...	9
BLOQUE INTRODUCTORIO	15
¿QUIÉNES SON LOS PROFETAS?	17
¿QUIÉN ES EL DIOS DEL QUE HABLAN LOS PROFETAS?	23
1. Yavé: El nombre más importante de Dios	25
2. Bondad y misericordia:	
Metáfora de las manos de Dios	27
3. Dios modela a su pueblo	31
Conclusión	40
I. ¿CÓMO ACTÚA EN LA HISTORIA HUMANA EL DIOS DE LA VIDA?	43
AMÓS. EL PROFETA DE LA JUSTICIA SOCIAL ...	45
1. Situación social y política en tiempo de Amós...	46
2. Lectura del texto (Am 7,10-17)	47
3. Posición de Am 7,10-17 en el conjunto del libro de Amós.....	48
4. Elementos del texto (Am 7,10-17)	50
	205

5. Síntesis final y aplicación a la vida	57
• <i>Guía de lectura: Am 8,4-11</i>	59
OSEAS. EL PROFETA DE LA MISERICORDIA DE DIOS	63
1. La situación religiosa de Israel en la época de Oseas	64
2. Lectura del texto: Os 1,2-2,3	67
3. Situación de Os 1,2-2,3 en el conjunto del libro de Oseas	68
4. Elementos del texto (Os 1,2-2,25)	69
5. Síntesis y aplicación a nuestra vida	76
• <i>Guía de lectura: Os 2,4-25</i>	79
II. ¿DE QUÉ MODO PERMANECE JUNTO A NOSOTROS EL DIOS DE LA VIDA?	83
ISAÍAS. NUESTRA VIDA REPOSA EN LAS BUENAS MANOS DE DIOS	85
1. Situación política y social en la época de Isaías	85
2. Lectura del texto Is 7,1-9.14	88
3. Situación de Is 7,1-9 en el conjunto del libro de Isaías	89
4. Elementos del texto	90
5. Síntesis y aplicación a nuestra vida	98
• <i>Guía de lectura: Is 7,1-9.14</i>	101
JEREMÍAS. DIOS ES EL ALMENDRO QUE VELA NUESTRA VIDA	105
1. Situación política, social y religiosa en la época de Jeremías	105

2. Lectura del texto Jr 1,4-12: Vocación y misión de Jeremías	108
3. La vocación y misión de Jeremías en el conjunto de su predicación	109
4. Elementos del texto	111
5. Síntesis y aplicación a la vida	118
• <i>Guía de lectura: Jr 1,4-12</i>	121
III. ¿CÓMO TRANSFORMA NUESTRA EXISTENCIA EL DIOS DE LA VIDA?	125
EZEQUIEL. EL SUFRIMIENTO: UN LUGAR PRIVILEGIADO PARA EL ENCUENTRO CON EL SEÑOR	127
1. Situación política, religiosa y social durante el tiempo del exilio	128
2. Lectura de Ez 37,1-14: Visión de los huesos secos	130
3. Situación del texto en el conjunto de la predicación de Ezequiel	131
4. Elementos del texto	132
5. Síntesis y aplicación a la vida	137
• <i>Guía de lectura: Ez 37,1-14</i>	141
SEGUNDO ISAÍAS. DIOS INTERVIENE EN LA HISTORIA CON SU FUERZA LIBERADORA	145
1. Situación política, social y religiosa en la época del Segundo Isaías	146
2. Lectura de Is 40,1-11: La palabra de Dios permanece para siempre	147
3. La misión de la palabra de Dios en el Segundo Isaías	148
	207

4. Elementos del texto	151
5. Síntesis y aplicación a la vida.....	157
• <i>Guía de lectura: Is 40,1-11</i>	159
IV. ¿HACIA DÓNDE NOS CONDUCE	
LA TRANSFORMACIÓN QUE REALIZA	
EN NOSOTROS EL DIOS DE LA VIDA?	163
DANIEL. LA CERTEZA DE LA VICTORIA FINAL ...	
1. Trasfondo político y social del libro de Daniel...	166
2. Lectura de Dn 7,1-14: El anciano y el Hijo de Hombre	168
3. Situación de Dn 7,1-14 en el conjunto del libro de Daniel.....	169
4. Elementos del texto (Dn 7,1-28).....	171
5. Síntesis y aplicación a la vida.....	177
• <i>Guía de lectura: Dn 7,1-14</i>	179
V. JESÚS DE NAZARET: EL AUTÉNTICO ROSTRO	
DEL DIOS DE LA VIDA	183
JESÚS DE NAZARET. LA PRESENCIA ENCARNADA	
DE DIOS ENTRE NOSOTROS.....	185
1. Jesús de Nazaret: El Mesías esperado y sorprendente	186
2. Jesús: El Hijo del hombre que actúa como Siervo de Yavé	188
3. Jesús: El Siervo de Yavé	190
4. Jesús de Nazaret: El Señor	191
5. Breve síntesis final	197
• <i>Guía de lectura: Lc 8,40-56</i>	199
BIBLIOGRAFÍA	203